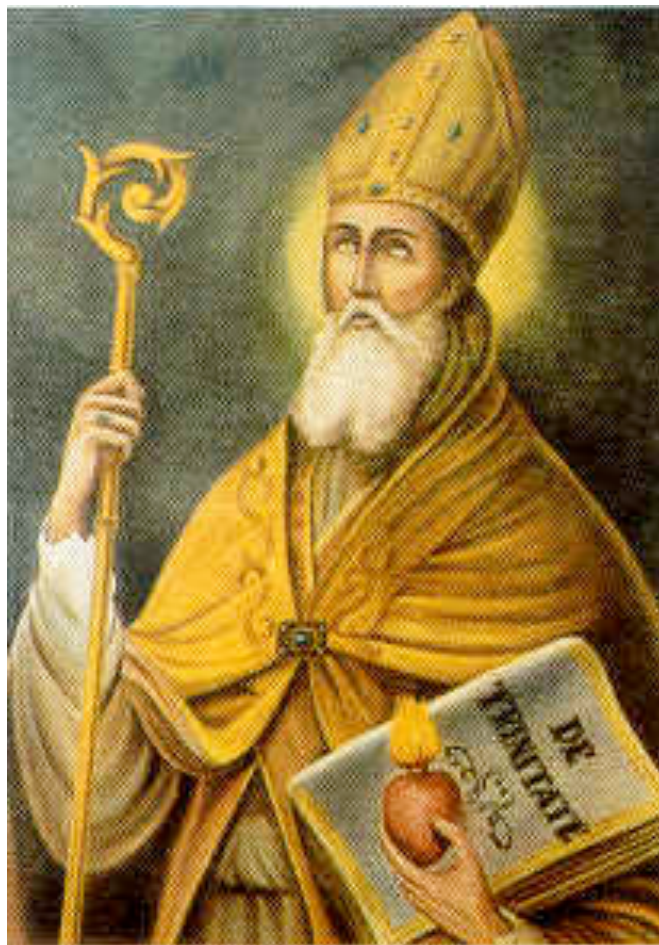

COMENTARIO A LA PRIMERA CARTA DE SAN JUAN

San Agustín



«Esta Carta es sobre todo un elogio de la caridad»
Agustín de Hipona

PRÓLOGO

Todos vosotros recordáis que solemos comentar la lectura continua del evangelio de Juan. Pero ahora la interrumpen las solemnidades de Pascua, durante las cuales se suelen leer en la iglesia textos específicos del evangelio, los mismos cada año, que no se pueden sustituir por otros. Dejaremos a un lado, pues, por algún tiempo el orden establecido, pero no lo abandonaremos.

Por eso me estaba preguntando qué parte de la sagrada Escritura, que esté a tono con la alegría de estos días, podría explicaros íntegramente, Dios mediante, durante las siete u ocho jornadas de la semana de pascua. Y se me ocurrió que podría ser la primera Carta de san Juan. Así pues, aunque no dispongamos del evangelio, al que abandonamos por algún tiempo, el comentario de esta carta permitirá que no nos alejemos de él. Pero la razón principal de escoger esta obra —tan dulce para quienes puedan saborear en su corazón el pan divino y tan digna de recuerdo en la Iglesia de Dios— es que es sobre todo un elogio de la caridad. En ella habla Juan mucho —la verdad es que casi siempre— del amor. ¡El que tenga oídos para oír no podrá sino alegrarse de lo que oye! Será para él este comentario como el aceite para la llama: le dará fuerza, le hará crecer y durar. Para otros, por el contrario, será como la llama para la leña: si están apagados, al contacto con estas palabras se encenderán. En unos se alimentará una llama que ya está ahí, en otros prenderá una llama que aún no está, de forma que todos hallemos nuestra alegría en un mismo amor. Ahora bien, donde hay amor hay paz, y donde hay humildad hay amor.

Y ahora dejemos que hable esta palabra, que comentaré según lo que el Señor me vaya sugiriendo para que vosotros la comprendáis.

PRIMER TRATADO

1 Jn 1, 1-2, 11

Resumen

1. En torno a la encarnación

1. La Palabra, que es la vida, se nos ha manifestado mediante la encarnación
2. Cristo, al manifestarse, se ha desposado con nuestra condición humana
3. Por la fe conocemos a Dios en el Hijo encarnado

2. En torno a Dios, que es luz

4. Dios es nuestra única luz y en él no hay tinieblas
5. La sangre de Cristo nos salva de los pecados que nos han sumido en las tinieblas
6. Si reconocemos nuestros pecados, él nos perdonará
7. El perdón no nos exime de la necesidad de cambiar nuestra vida
8. Cristo intercede por nosotros ante el Padre
9. La prueba de que hemos conocido a Dios es que amamos a los hermanos
10. El mandamiento antiguo y nuevo de Cristo: el amor mutuo
11. El amor al prójimo nos saca de las tinieblas y nos conduce a la luz
12. Para quien ama a Cristo y a la Iglesia, no hay escándalos
13. Separarse de la Iglesia es separarse de Cristo

1. ***En torno a la encarnación***

1. «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida». ¿Cómo podría tocar el Verbo con sus manos si no fuera porque el Verbo «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14)? El Verbo que se hizo hombre para que le palpasen nuestras manos, se hizo carne en el seno de María. Pero no fue entonces cuando empezó a existir el

Verbo, porque nos dice Juan que «ya existía desde el principio». Ved cómo su carta es corroborada por el evangelio, donde hace poco habéis escuchado: «En el principio ya existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios» (Jn 1, 1). Quizás haya alguien que trate de ver en las palabras «el Verbo de la vida» una expresión vaga para designar a Cristo y no al propio cuerpo de Cristo que las manos han palpado. Pero fijaos bien en lo que sigue: «Se manifestó la misma vida». Así pues, Cristo es el Verbo de vida. ¿Cómo se manifestó esta vida? Existía ya desde el principio, pero no se había manifestado a los hombres, aunque sí a los ángeles, que la veían y se alimentaban de ella como de su propio pan. Pero ¿qué dice la Escritura? «El hombre comió pan de los ángeles». Por tanto, la misma Vida se manifestó en la carne, y se manifestó en toda su plenitud, de modo que una realidad que sólo podía ver el corazón se hiciera visible también a los ojos para sanar el corazón. Pues sólo el corazón puede ver al Verbo, mientras que la carne es vista incluso por los ojos del cuerpo. Nosotros somos capaces de ver la carne, pero no de ver al Verbo. Y el Verbo se hizo carne para que pudiéramos ver y sanar en nosotros lo que nos capacita para ver al Verbo.

2. «Y nosotros hemos visto y somos testigos». Quizás algunos de nuestros hermanos que no saben griego se pregunten qué significa en este idioma la palabra «testes». Pues bien, se trata de un nombre que todo el mundo conoce y que tiene una acepción religiosa. A los que en latín llamamos «testigos», en griego los denominan «mártires». ¿Es que hay alguien que no haya oído hablar de los mártires, o labios cristianos que no estén acostumbrados a pronunciar todos los días la palabra «mártir»? ¡Quiera Dios que tengamos siempre en el corazón el nombre de los mártires para imitar su constancia y no conculcar sus ejemplos! «Y nosotros hemos visto —dice Juan— y somos testigos»; hemos visto y somos mártires. En efecto, ellos dieron testimonio de lo que vieron, han testificado lo que oyeron de boca de los que han visto. Y, como su testimonio no les gustó a los que se dirigían, han sufrido todo lo que padecieron los mártires. Testigos de Dios, eso son los mártires. Dios ha querido tener hombres como testigos para que, a su vez, los hombres le tengan a él como testigo.

«Nosotros le hemos visto —dice— y somos testigos». ¿Dónde le han visto? En su manifestación. Pero ¿qué significa en su manifestación? Pues bajo el sol, es decir, en esta luz visible. Pero ¿cómo es posible ver bajo el sol a quien hizo el sol, «si no hubiera preparado una tienda para él, como

un esposo que sale de su alcoba y se recrea como atleta corriendo su carrera» (Sal 18, 6)? Él, que ha hecho el sol, existe antes que el sol; él, que es el verdadero creador —porque «todo fue hecho por él y sin él no se hizo nada» (Jn 1, 3)—, existe antes que la estrella de la mañana, antes que todos los astros, antes que todos los hombres. Queriendo dejarse ver por nuestros ojos camales que ven la luz del sol, Dios ha plantado su tienda bajo el sol, es decir, ha dejado ver su carne manifestándose en esta luz terrena. Y el tálamo de este esposo fue el seno de la Virgen, porque en este seno virginal se han unido los dos, esposo y esposa, el Verbo como esposo y la carne como esposa. Porque está escrito: «Y serán dos en una sola carne» (Gn 2, 24). Y el Señor dice en el evangelio: «De manera que, en adelante, ya no son dos, sino una sola carne» (Mt 19, 6). Isaías dice de forma insuperable cómo esos dos no son más que uno cuando, hablando en nombre de Cristo, afirma: «Como un esposo, él me ha puesto la diadema, como a una esposa, él me adorna con joyas» (Is 61, 10). Parece que habla uno solo, que se presenta a la vez como esposo y como esposa; y es que ya no son dos, sino una sola carne, porque «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». A esta carne se une la Iglesia y resulta el Cristo total, cabeza y cuerpo.

3. «Y nosotros somos testigos —dice— y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y que se manifestó en nosotros». Es decir, que se ha manifestado entre nosotros o, más claro aún, que nos ha sido manifestada. Así pues, «lo que hemos visto y oído os lo anunciamos». Prestad, pues, atención: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos». Ellos vieron al mismo Señor presente en la carne, han oído de la boca del Señor sus palabras y nos las han anunciado. Y nosotros es cierto que hemos oído, pero no hemos visto. ¿Es que por eso somos menos felices que los que han visto y oído? Entonces, ¿por qué añadir «para que también vosotros estéis en comunión con nosotros»? Ellos han visto, nosotros no, y sin embargo estamos en comunión con ellos porque tenemos la misma fe. Es verdad que hubo un discípulo que, aunque vio, no creyó, sino que quiso tocar para creer y dijo: «Si no veo en sus manos las señales de los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré» (Jn 20, 25). Y en esta ocasión se deja tocar por las manos de los hombres el que siempre se deja ver a los ojos de los ángeles. Y este discípulo lo tocó y exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!». Tocó al hombre y confesó a Dios. Y para consolamos a nosotros, que no podemos tocar con nuestras manos al que desde ahora ya está sentado en el cielo,

pero al que sí podemos alcanzar por la fe, el Señor dijo a ese discípulo: «¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haberme visto» (Jn 20, 29). Es de nosotros de quienes habla, es a nosotros a quienes nos señala. ¡Cúmplase, pues, en nosotros esta bienaventuranza que el Señor ha prometido! Mantengamos con firmeza lo que no vemos porque nos lo anuncian los que lo han visto. «Para que también vosotros estéis en comunión con nosotros». ¿Acaso no es un gran milagro estar en comunión con otros hombres? Mucho cuidado con tomarte esto a la ligera, pues fíjate que añade: «Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos estas cosas para que vuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 34). Él pone la plenitud de este gozo en la misma comunión, en la misma caridad, en la propia unidad.

2. *En torno a Dios, que es luz*

4. «Este es el mensaje que le oímos y os anunciamos: Dios es luz y no hay en él tiniebla alguna». ¿De qué mensaje se trata? Ellos han visto y tocado con sus manos al Verbo de la vida. El Hijo único de Dios, que existía desde el principio, se ha dejado ver y palpar por cierto tiempo. ¿Para qué ha venido?, ¿qué cosas nuevas nos ha anunciado?, ¿qué nos ha querido enseñar?, ¿por qué ha hecho lo que ha hecho, por qué siendo Verbo se ha hecho carne, por qué siendo Dios ha sufrido el trato más indigno y ha permitido que le abofeteen las manos que él ha hecho?, ¿qué ha querido enseñarnos?, ¿qué ha pretendido mostrarnos?, ¿qué se ha propuesto anunciar? Escuchemos un momento, porque, sin el fruto de la enseñanza, el relato de los hechos —el nacimiento y la pasión de Cristo— es para el espíritu un entretenimiento y no una fuerza. ¿Cuál es el gran misterio que se te propone?, ¿para qué se te propone? Fíjate bien. ¿Qué te ha querido enseñar o anunciar? Te ruego que escuches: «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna». Está claro que habla de luz, pero sus palabras son oscura que esa misma luz de la que habla pueda iluminar nuestros corazones y nos haga comprender lo que dice. Esto es lo que os anunciamos: «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna». ¿Hay quien se atreva a decir que en Dios hay tinieblas o a preguntar cuál es esta luz o qué son estas tinieblas? Sería de temer que al plantear estas cuestiones nos refiriéramos a los ojos de la carne. Sí, por supuesto que «Dios es luz», pero la luna y el sol también lo son, y una lámpara también lo es. Y debe haber algo que supere en mucho a estas luces en grandeza, en fulgor y en calidad. En la medida en que Dios está por encima de la criatura, el autor

por encima de su obra y la sabiduría por encima de lo que se ha hecho sabiamente, en esa misma medida esta luz debe trascender a todas las demás. Y puede que nos acerquemos a ella si llegamos a saber en qué consiste. Porque por nosotros mismos no somos más que tinieblas, pero somos luz cuando la luz de Dios nos ilumina, y ella no nos confunde si nosotros no nos confundimos. ¿Quién es el que se confunde? El que se sabe pecador. ¿Y quién es el que no se confunde? El que ha sido iluminado por ella. Ahora bien, ¿en qué consiste ser iluminado por ella? Pues en que aquel que se vea oscurecido aún por el pecado quiera ser iluminado por esa luz y se acerque a ella. Por eso leemos en el salmo: «Mirad hacia él: quedaréis radiantes, y la vergüenza no cubrirá vuestros rostros» (Sal 34, 6). No, esta luz no te avergonzará si, cuando te permita ver tu fealdad, esta te desagrada para que percibas su hermosura. Esto es lo que nos quiere enseñar.

5. ¿Acaso no vamos demasiado aprisa al interpretar así su pensamiento? El mismo Juan lo explica a continuación. Recordad lo que ya dijimos al comenzar nuestra exposición: que esta carta es un elogio de la caridad. «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna». ¿Y qué había dicho antes?: «Para que también vosotros estéis en comunión con nosotros y para que nuestra comunión sea con Dios Padre y su Hijo Jesucristo». Ahora bien, si Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna, si además hemos de entrar en comunión con él, está claro que tenemos que expulsar las tinieblas de nosotros para que la luz surja en nuestro interior, ya que las tinieblas no pueden entrar en comunión con la luz. Y ahora fíjate bien en lo siguiente: «Si decimos que estamos en comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad» (1 Jn 1, 6). Esta misma afirmación la encuentras en el apóstol Pablo cuando dice: «¿Qué hay de común entre la luz y las tinieblas?» (2 Cor 6, 14). ¿Acaso pretendes estar en comunión con Dios cuando en realidad estás en las tinieblas?, ¿es que puede haber alguna comunión entre la luz y las tinieblas?

Que el hombre se pregunte a sí mismo: «¿Qué haré?, ¿cómo lograré ser luz? Pues vivo en el pecado y en la iniquidad, y tengo una especie de desesperanzada tristeza que me traspasa el alma». No hay más salvación que en la comunión con Dios: «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna». Pero los pecados son tinieblas, como dice el apóstol, que llama al diablo y sus ángeles «dominadores de este mundo tenebroso» (Ef 6, 12). No los llamaría dueños de las tinieblas si no fueran dueños de los pecadores, los dominadores de los que practican la iniquidad. ¿Qué hacer entonces,

hermanos? Es preciso que entremos en comunión con Dios, pues no hay otra esperanza de vida eterna. Pero «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna»; ahora bien, las iniquidades son tinieblas; nuestras iniquidades nos agobian y nos impiden entrar en comunión con Dios. Entonces, ¿cuál es nuestra esperanza?, ¿no había prometido dirigimos estos días unas palabras de alegría? Y ahora os parece lo contrario y por eso tenéis razón al sentir pena. «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna». Pero nuestros pecados son tinieblas. ¿Qué será, pues, de nosotros?

Escuchemos los textos siguientes a ver si nos consuelan, nos animan y nos dan esperanza para no desfallecer en el camino. Pues corremos, corremos hacia la patria. Si perdemos la esperanza de llegar a ella, es nuestra desesperanza lo que falla. Pero él quiere que la alcancemos y, para tenemos con él en la patria, nos alimenta mientras vamos de camino. Oigamos, pues: «Si decimos que estamos en comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad». No digamos que estamos en comunión con él si caminamos en tinieblas. Pero «si caminamos en la luz como él, que está en la luz, estamos en comunión unos con otros». Caminemos en la luz, como él mismo está en la luz, para poder estar en comunión con él. Escucha esto: «Y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado». Dios nos ha dado una gran seguridad. Con razón celebramos, pues, la pascua, en que fue derramada la sangre del Señor, que nos purifica de todo pecado. «Y la sangre de Jesús —dice— nos purifica de todo pecado». ¿Qué se quiere decir con «de todo pecado»? Escuchad con atención: justamente ahora, en nombre y por la sangre de Cristo que ahora han confesado, esos que llamamos «infantes»¹ son purificados de todos sus pecados. Ingresaron ancianos y salieron rejuvenecidos. ¿Qué significa tal cosa? Pues que entraron siendo viejos y salieron niños. Porque la ancianidad decrepita es la vida antigua, y la infancia regenerada la vida nueva. ¿Qué vamos, pues, a hacer? Tanto a ellos como a nosotros se nos han perdonado los antiguos pecados, pero es posible que, después de perdonados y eliminados, hayamos cometido otros nuevos al vivir en medio de las tentaciones de este mundo. A partir de ese momento, que cada uno haga lo que pueda: que se confiese a sí mismo lo que es para ser sanado por aquel que es siempre lo que es; porque él siempre ha existido y existe, mientras nosotros no existíamos y ahora existimos.

¹ El nombre de *infantes* se refiere a los nuevos bautizados, pues por el sacramento del bautismo se nace a una vida nueva.

6. Mirad lo que dice Juan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Por tanto, si dices que eres pecador, la verdad está en ti, porque la verdad es luz. Tu vida no ha alcanzado aún su máximo esplendor, porque en ella hay pecado; pero ya empiezas a ser iluminado, porque has confesado tus pecados. Fíjate en esto: «Si reconocemos nuestros pecados, Dios, que es justo y fiel, perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda iniquidad». No sólo perdona nuestros pecados pasados, sino también los que es posible que cometamos ahora, porque mientras el hombre vive en la carne no puede evitar todos los pecados, sobre todo los pecados leves. Pero a los pecados que llamamos leves no los tengas por insignificantes, porque si crees que es así cuando los ves uno a uno, échate a temblar cuando los cuentes todos juntos. Porque muchos objetos pequeños forman una gran masa; muchas gotas, un río, y muchos granos, un granero.

Así pues, ¿cuál es nuestra esperanza? Ante todo, la confesión. Que nadie se crea justo. A los ojos de Dios, que ve lo que es el hombre, no levante este la cabeza, porque antes no era y ahora es. Por tanto, primeramente la confesión, y a continuación el amor. ¿Y qué se nos dice del amor?: «El amor alcanza el perdón de muchos pecados» (1 Pe 4, 8).

Partiendo de aquí veamos si Juan nos recomienda este mismo amor cuando los pecados se cuelan subrepticamente en nosotros, porque sólo el amor borra los pecados. El orgullo extingue el amor y la humildad lo robustece; el amor borra los pecados. La confesión es realmente un acto de humildad, porque en ella nos reconocemos pecadores; un acto de auténtica humildad, no de esa que nos hace confesar de boca, a lo mejor por miedo de volvernó odiosos por nuestra arrogancia de creemos justos. Eso es precisamente lo que hacen los impíos y los insensatos, que piensan: «Sé muy bien que soy justo, pero ¿qué voy a decir delante de la gente? Si me creo justo, ¿quién me aguantará y me soportará? Que sea Dios quien conozca mi justicia. No es que yo sea pecador, pero diré que lo soy por temor a resultar odioso a fuer de arrogante». Di a los hombres lo que eres, y díselo también a Dios. Porque si no dices a Dios lo que eres, Dios condenará todo lo que encuentre en ti. ¿No quieres que te condene? Pues condénale tú. ¿Quieres que te perdone? Pues muéstrate tal como eres, de manera que puedas decirle: «Señor, aparta tu vista de mis pecados» (Sal 50, 1 l). Y dile también: «Porque yo reconozco mi culpa» (Sal 50, 5).

«Si reconocemos nuestros pecados, Dios, que es justo y fiel, perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda iniquidad. Si decimos que no

tenemos pecado, lo hacemos un embustero, y su palabra no está en nosotros». Si dices: «Yo no he pecado», haces a Dios un embustero, mientras proclamas que tú dices verdad. Pero ¿es posible que Dios sea un embustero y el hombre un dechado de verdad, cuando la Escritura dice todo lo contrario: «Dios es siempre veraz, aunque todo hombre sea mentiroso»? (Rom 3, 4). Dios es veraz por sí mismo y tú lo eres por Dios, porque por ti sólo eres embustero.

7. Pero no se te ocurra pensar que Juan promete la impunidad a los pecados cuando dice: «Dios, que es justo y fiel, perdonará nuestros pecados». Ni tampoco que los hombres puedan decir: «Entonces... ¡a pecar! Hagamos sin miedo lo que queramos, porque Cristo es fiel y justo, y nos purificará de toda iniquidad». Juan te quita esa falsa seguridad e introduce en ti un temor saludable. ¿Así que buscas una falsa seguridad? Pues ahora vas a estar inquieto. Dios es fiel y justo para perdonar nuestras faltas si dejas de disgustarse contigo mismo y si tratas de cambiar porque te das cuenta de que no eres perfecto. ¿Y qué dice a continuación?: «Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis». Pero si por casualidad o por debilidad humana el pecado penetra en ti, ¿qué hacer entonces? Escucha: «Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre un abogado, Jesucristo el justo. Él ha muerto por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero». Él es, pues, nuestro abogado. Haz todo lo posible por no pecar, pero si alguna vez, por la debilidad propia de esta vida, el pecado penetra en ti, reacciona enseguida, recházalo inmediatamente, condénalo a toda prisa. Porque si lo condenas, podrás ir completamente seguro al encuentro de tu juez. Él es tu abogado; no temas, pues, perder el juicio si has confesado tu falta. Suele pasar en esta vida que si alguien confía en una voz elocuente se salva. Confía tú en el Verbo y te salvarás. Grita: «¡Tenemos ante el Padre un abogado!».

8. Fijaos lo humilde que es Juan. Él era un hombre justo y muy santo que bebía el secreto de los misterios en el corazón del Señor. Él, que bebió en el corazón del Señor el misterio de su divinidad, nos repite como un eco: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios» (Jn 1, 1). Este hombre tan santo no dice: «Tenéis un abogado ante el Padre», sino: «Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre». No dice «tenéis», ni «me tenéis», ni «tenéis a Cristo en persona». Por un lado, ha puesto a Cristo por delante, no se ha puesto él, y, por otro, dice: «tenemos», y no dice: «tenéis». Ha preferido ponerse en el lugar de los

pecadores para tener a Cristo como abogado a ponerse como abogado en lugar de Cristo y estar así entre aquellos cuya soberbia los lleva a la condenación.

Hermanos, Jesús es el Justo, el que tenemos como abogado ante el Padre. Él ha muerto por nuestros pecados. El que mantiene esta verdad no ha caído en la herejía; el que mantiene esta verdad no se precipita en el cisma. Porque ¿de dónde vienen los cismas? Pues de que los hombres dicen: «Somos justos»; de que afirman: «Nosotros santificamos a los pecadores, justificamos a los impíos; nosotros pedimos y se nos da». Y ¿qué dice Juan?: «Pero si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo». Entonces se puede objetar: ¿es que los santos no oran por nosotros?, ¿es que los obispos y los jefes de las iglesias no rezan por el pueblo? Leed con atención las Escrituras y veréis que también los jefes de las iglesias se encomiendan a las oraciones del pueblo. Porque el apóstol dice a los fieles: «Orad también por nosotros» (Col 4, 3). El apóstol ora, pues, por el pueblo y el pueblo ora por el apóstol. Hermanos, nosotros oramos por vosotros, pero vosotros orad también por nosotros. Que todos los miembros oren unos por otros y que la Cabeza interceda por todos. No tienen, pues, por, qué extrañar las palabras siguientes, con las que Juan cierra la boca a los que dividen la Iglesia de Dios: «Tenemos a Jesucristo el justo: él ha muerto por nuestros pecados». Contra los que iban a separarse y decían: «Cristo está aquí o allí» (Mt 24, 23). Pretendían reducir a una parte a quien compró el todo y posee el todo. Por eso dice: «Y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero». ¿Qué significa esto, hermanos? Pues que, en realidad, «lo hemos encontrado por regiones dilatadas de los bosques» (Sal 131, 6), que hemos hallado la Iglesia en todas las naciones. Fíjate que Cristo «ha muerto por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero». Así es como encontramos la Iglesia en todo el mundo. Ten mucho cuidado con los que simulan ser artesanos de la justificación, cuando en realidad lo único que hacen es dividir. Asíéntate en esta montaña que abarca todo el mundo², porque Cristo «ha muerto por nuestros pecados; pero no solamente por nuestros pecados, sino también por los del mundo entero», que él ha comprado con su sangre.

9. «Sabemos que conocemos a Dios —dice Juan— si guardamos sus mandamientos». ¿Qué mandamientos? «El que dice: 'Yo lo conozco',

² Cf. Dn 2,35.

pero no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él». Pero tú sigues preguntando: «¿Qué mandamientos?». Mira lo que dice Juan: «El amor de Dios llega verdaderamente a su plenitud en aquel que guarda su palabra». Veamos, pues, si el mandamiento mismo no es el amor. Nosotros nos preguntamos cuáles son estos mandamientos y Juan nos dice: «El amor de Dios llega verdaderamente a su plenitud en aquel que guarda su palabra». Mira el evangelio; ¿es que no encuentras allí el mandamiento: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros» (Jn 13, 34)? «Esta es la prueba de que estamos en él, si somos perfectos en él». Es decir, si somos perfectos en el amor. ¿Dónde está la perfección del amor? Pues en amar incluso a nuestros enemigos, en amarles para que sean nuestros hermanos. Por tanto, nuestro amor no debe ser carnal. Está muy bien desear a los demás la salud corporal. Pero si ésta falta, ¡por lo menos que se salve el alma! ¿Quieres que tu amigo viva? Estupendo. ¿Te alegras de la muerte de tu enemigo? Muy mal. Pero puede que la vida que quieres para tu amigo sea nociva para él y que la muerte de tu enemigo, por la que te felicitas, le haya venido muy bien. Es imposible saber si la vida es un bien o un mal para unos y para otros, pero de lo que no cabe duda es de que la vida ante Dios es un bien. Ama a tus enemigos deseando que sean tus hermanos; ámalos pidiendo que sean llamados a entrar en comunión contigo. Así es como amó el que, colgado en la cruz, decía: «Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Cristo no dijo: «Padre, que vivan muchos años. A mí me condenan a muerte, pero ¡a ellos déjalos vivir!». No, no es eso lo que dice, sino: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Quería librarlos de la muerte eterna con un a oración llena de piedad y rebosante de poder. Muchos de ellos creyeron y se les perdonó que hubieran derramado la sangre de Cristo. Primero la derramaron ensañándose con Cristo, pero enseguida la bebieron creyendo en él. «Esta es la prueba de que estamos en él, si somos perfectos en él». Pues bien, a esta perfección del amor a los enemigos es a la que el Señor nos invita cuando dice: «Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Por consiguiente, «el que dice que permanece en él, tiene que vivir como vivió él». ¿Y de qué manera, hermanos? ¿Qué nos quiere enseñar? «El que dice que permanece en él —es decir, en Cristo— tiene que vivir como vivió él». ¿Será que nos invita a caminar sobre el mar? No, en absoluto, sino a caminar por el camino de la justicia. ¿Y cuál es ese camino? Lo acabo de decir: clavado en la cruz iba por ese camino, que es el camino del amor:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Así pues, si eres capaz de orar por tu enemigo, es que caminas por el camino del Señor.

10. «Queridos, el mandamiento acerca del que os escribo no es nuevo, sino un mandamiento antiguo, que tenéis desde el principio». ¿A qué mandamiento antiguo se refiere? «Al que tenéis desde el principio». Es antiguo, pues, porque ya lo habéis oído. Porque, si así no fuera, Juan contradiría al Señor, que dice: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros». Pero mandamiento antiguo, ¿por qué? No, desde luego, porque se refiera al hombre viejo. Pero entonces, ¿por qué? Porque es un mandamiento «que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que oísteis». Por tanto, es antiguo porque ya lo habéis oído. Y el mismo Juan explica que este mismo mandamiento es nuevo cuando dice: «Sin embargo, el mandamiento acerca del que os escribo es nuevo». No se trata de otro mandamiento, sino que el mismo mandamiento que él llama antiguo es también nuevo. Y eso, ¿por qué? Porque «se realiza en él y en vosotros». ¿Por qué es antiguo? Lo acabo de decir: porque ya lo conocéis. ¿Y por qué es también nuevo? «Porque las tinieblas pasan y ya brilla la luz verdadera». Esto es lo que hace que sea nuevo: que las tinieblas son la realidad del hombre viejo, mientras que la luz es la realidad del hombre nuevo. ¿Qué dice el apóstol Pablo?: «Despojaos del hombre viejo y revestíos del hombre nuevo» (Col 3, 9-10). Y todavía dice más: «En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» (Ef 5, 8).

11. «Quien dice que está en la luz...» Es ahora cuando Juan nos revela todo su pensamiento: «Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, todavía está en las tinieblas». Hermanos míos, ¿cuánto tiempo tendremos aún que decir que améis a vuestros enemigos? Evitad al menos lo más grave, que es odiar a vuestros enemigos. Si sólo amáis a vuestros hermanos, no sois todavía perfectos. Pero si odiáis a vuestros enemigos, ¿qué es lo que sois?, ¿dónde estáis? Que cada uno examine su corazón. Que nadie odie a su hermano por alguna palabra dura; que por una disputa terrena nadie se convierta en tierra. Que el que odia a su hermano no se engañe creyendo que camina en la luz. ¿Qué es lo que digo? Que no se engañe creyendo que camina en Cristo. «Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, todavía está en las tinieblas».

Supongamos que un pagano se hace cristiano. Fijaos bien: cuando era pagano estaba en las tinieblas; pues bien, ahora ya es cristiano. Todos se

alegran y dan gracias a Dios. Se recitan las palabras con las que el apóstol expresa su alegría: «En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» (Ef 5, 8). Antes adoraba a los ídolos, ahora adora a Dios; antes adoraba lo que él había hecho, ahora adora a quien le ha hecho a él. Ha cambiado. Todo el mundo se alegra y da gracias a Dios. Y eso, ¿por qué? Porque ahora es un hombre que adora al Padre, al Hijo y al Espíritu santo, y que maldice a los demonios y a los ídolos. Pero Juan está todavía inquieto por este asunto y, mientras todos se alegran, él sigue dudando. Hermanos, aceptemos de buen grado esta solicitud maternal. Pues no carece de sentido que nuestra madre se preocupe por nosotros mientras los demás se alegran. Cuando digo nuestra madre me refiero al amor, que es lo que había en el corazón de Juan cuando dijo estas palabras. ¿Y cómo se explica eso, sino porque teme algo en nosotros cuando los demás se regocijan? ¿Qué es lo que teme? «Quien dice que está en la luz...» ¿Qué quiere decir? Que quien dice que está en la luz «y odia a su hermano, todavía está en las tinieblas». Y basta ya de explicaciones. Por tanto, alegrémonos si no es así, y si lo es, deplorémoslo.

12. «Quien ama a su hermano permanece en la luz y en él no hay ningún motivo de escándalo». Por amor de Cristo os pido que, puesto que Dios nos alimenta, recuperemos nuestras fuerzas corporales en nombre de Cristo. Ya las hemos recuperado un poco y las recuperaremos todavía más. ¡Que nuestra alma esté bien alimentada! No digo esto para seguir hablando mucho tiempo aún —porque estamos ya a punto de terminar la explicación—, sino para que el cansancio no nos impida estar menos atentos a una enseñanza tan extraordinariamente importante.

«Quien ama a su hermano permanece en la luz y en él no hay ningún motivo de escándalo». ¿Quiénes son los que sufren o provocan el escándalo? Los que se escandalizan de Cristo o de la Iglesia. Los que se escandalizan de Cristo están como quemados por el sol; los que se escandalizan de la Iglesia están como quemados por la luna. Oigamos lo que dice el salmo: «No te quemará el sol de día, ni la luna de noche» (Sal 120, 6). Es decir, si amas, no te escandalizarás ni de Cristo ni de la Iglesia; no abandonarás ni a Cristo ni a la Iglesia. Porque, si alguien abandona la Iglesia, ¿cómo va a estar en Cristo, si ya no forma parte de los miembros de Cristo? Así pues, los que abandonan a Cristo o a la Iglesia esos sí se escandalizan. ¿Cómo entender que cuando dice el salmista: «No te quemará el sol de día, ni la luna de noche», se está refiriendo al escándalo con la palabra «quemadura»? Fíjate ante todo en la comparación misma.

Igual que aquel a quien le están cauterizando las heridas exclama: «¡No puedo más, no aguanto más!» y se aparta, también se escandalizan los que no aguantan determinadas cosas en la Iglesia y los que se alejan del nombre de Cristo o de la Iglesia.

Mirad cómo se escandalizaron, como quemados por el sol, los hombres camales cuando Cristo les dijo que les daría su carne: «Quien no come la carne del Hijo del hombre ni bebe su sangre, no tendrá vida en él». Unos setenta hombres dijeron: «Esta doctrina es inadmisibile» y se alejaron de él. No se quedaron más que los Doce. Todos los demás fueron quemados por el sol y se fueron al no poder soportar la fuerza de la palabra. Sólo se quedaron los Doce. Y para que nadie piense que hace un favor a Cristo creyendo en él —cuando sucede exactamente lo contrario—, el Señor les dice a los que se quedaron: «¿También vosotros queréis marcharos?». Para que sepáis que sois vosotros los que me necesitáis, y no al revés. Entonces, los que no habían sido quemados por el sol respondieron por boca de Pedro: «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna»³.

¿Y quiénes son esos a quienes quema la Iglesia, como la luna por la noche? Los que provocan algún cisma. Escucha lo que dice el apóstol: «¿Quién desfallece sin que desfallezca yo?, ¿quién es puesto en trance de pecar sin que yo me abraze por dentro?» (2 Cor 11, 29). ¿Y por qué no se escandaliza el que ama a su hermano? Porque el que ama a su hermano lo soporta todo por la unidad, porque el amor fraterno consiste en la unidad de la caridad. Supongamos que te ha ofendido alguien cualquiera, no sé, un hombre malvado o que tú crees que lo es, ¿y vas a abandonar por eso a tantos otros buenos?, ¿qué valor tiene este amor fraterno, tal como se manifiesta en esta gente (los donatistas)? Al enemistarse con los cristianos de África se han separado de todo el mundo. ¿Es que no había santos en todo el mundo?, ¿cómo los habéis condenado, pues, sin oírlos previamente? Si amarais a vuestros hermanos, no os habríais escandalizado. Escucha lo que dice el salmo: «Los que aman tu ley gozan de paz abundante, nada les escandaliza» (Sal 118, 165). Afirma que los que aman la ley de Dios gozan de una paz inmensa y que, por eso mismo, nada les escandaliza. Los que se escandalizan pierden, pues, la paz. ¿Y quiénes son, según el salmista, los que ni escandalizan ni se escandalizan? Pues los que aman la ley de Dios, los que viven en el amor. Se podrá objetar que el salmista habla de los que aman la ley de Dios y no de los que aman a sus

³ Cf. Jn 6,54-69.

hermanos. Escucha ahora lo que dice el Señor: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros». ¿Qué otra cosa es la ley, sino un mandamiento?, ¿y cómo evitar el escándalo si no es soportándonos mutuamente? Como dice san Pablo: «Soportaos los unos a los otros con amor. Esforzaos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4, 2-3). Que esta es la ley de Cristo lo sabes muy bien por boca de este mismo apóstol, al recomendarnos la observancia de esta ley: «Ayudaos mutuamente a llevar las cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6, 2).

13. «Porque el que odia a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas y no sabe adónde va». Estamos ante un tema muy importante. Por eso, hermanos, os pido que atendáis. «El que odia a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos». ¿Hay acaso alguien más ciego que el que odia a su hermano? Y una prueba de que están ciegos es que han chocado contra la montaña. Repito las cosas porque temo que se os olviden. Y la piedra que se desprende de la montaña sin que nadie la empuje, ¿no es Cristo, nacido de raza judía, sin que el hombre intervenga en su concepción? ¿No ha aniquilado esta piedra a todos los reinos de la tierra, es decir, a todos los dominios de los ídolos y demonios?, ¿es que esta piedra no ha crecido, es que no se ha convertido en una montaña enorme, es que no ha llenado toda la tierra?⁴, ¿es que no señalamos esta montaña con el dedo, como se muestra la luna al tercer día? Supongamos que alguien quiere ver la luna nueva. Entonces le decimos: «Mira la luna, fíjate dónde está». Y si alguien no acierta a dirigir su mirada, pregunta: «¿Dónde?». E inmediatamente se le señala con el dedo para que la vea. A veces sucede que, por miedo a que se les tenga por ciegos, dicen ver lo que no ven en absoluto. ¿Es así, hermanos, como presentamos a la Iglesia?, ¿es que no está al descubierto?, ¿es que no se ve bien?, ¿es que no se ha extendido por todas las naciones?, ¿es que no se ha cumplido la promesa que se hizo a Abrahán hace santísimo tiempo de que «todas las naciones alcanzarán la bendición por tu descendencia» (Gn 22, 18)? La promesa se hizo a un solo creyente y la tierra se ha llenado de una multitud de creyentes. He aquí la montaña que llena toda la tierra, he aquí el pueblo del que se dice: «No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte» (Mt 5, 14). Pero ellos han chocado contra el monte. Y cuando se les dice: «Subid», van y responden: «¡Si no hay ninguna montaña!». Les

⁴ Cf. Dan 2, 34-35.

resulta más fácil darse un golpe en la cabeza que buscar un refugio. Ayer se leyó un texto de Isaías. Si alguno de vosotros está alerta, no sólo con los ojos bien abiertos, sino también con sus oídos, y no solamente con los oídos del cuerpo, sino también con los oídos del corazón, que atienda bien a estas palabras: «Al final de los tiempos estará firme el monte del Señor; sobresaldrá sobre los montes, dominará sobre las colinas» (Is 2, 2). ¿Hay algo que se vea más que un monte? Es verdad que hay montañas que no se conocen porque sólo ocupan una porción muy concreta de terreno. ¿Alguno de vosotros conoce el Olimpo? Sin embargo, mucha gente de allí abajo no conoce nuestro monte Giddaba. Estos montes sólo ocupan un punto concreto de la tierra. Pero no pasa lo mismo con este monte, porque ocupa toda la faz de la tierra. De él es del que se dice: «Sobresaldrá sobre todos los montes». Este monte es más alto que todos los demás. «Y hacia él afluirán todas las naciones», afirma Isaías. ¿Quién se puede perder en este monte?, ¿quién se hace una brecha en la cabeza chocando con él?, ¿quién no conoce la ciudad situada en su cima? Pero no os extrañe que no la conozcan los que odian a sus hermanos, porque caminan en tinieblas y no saben adónde van, porque las tinieblas han cegado su corazón. No ven la montaña y no hay por qué extrañarse, ya que lo que les pasa en realidad es que no tienen ojos. ¿Y a qué se debe que no tengan ojos? Pues a que las tinieblas se los han cegado. ¿Y cómo lo sabemos? Pues porque odian a sus hermanos. Porque, al separarse de sus hermanos de África, se separan de toda la tierra. No soportan por la paz de Cristo a quienes difaman, y sin embargo sí aguantan a favor de Donato a los que condenan⁵.

⁵ Alusión al cisma de Maximiano, diácono donatista de Cartago, que se rebeló contra su obispo arrastrando con él a muchos obispos. Los donatistas condenaron el cisma, pero para conservar la paz en su partido, repusieron a los obispos cismáticos. Estos, contra sus propios principios, admitieron como válidos los bautismos de los no cismáticos.

SEGUNDO TRATADO

1 Jn 2, 12-17

Resumen

1. En torno a la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús
 1. Cristo muestra el sentido de las Escrituras para iluminar la fe de los discípulos en su resurrección
 2. La resurrección de Cristo pasa necesariamente por la cruz; en ambas tiene su nacimiento la comunidad de los creyentes
 3. La Iglesia es universal y no puede restringir la voz del Espíritu a un lugar o grupo
2. Sobre los diferentes miembros que componen la Iglesia
 4. El bautismo nos hace criaturas nuevas al perdonar nuestros pecados
 5. El conocimiento de Dios, principio de todo, es signo claro de nuestra madurez como creyentes
 6. La vida es una lucha espiritual que llevamos a cabo por la fuerza que Cristo nos concede
 7. Los cristianos son como hijos, padres y jóvenes en la Iglesia
3. Sobre el amor verdadero y el falso
 8. Incompatibilidad entre el amor a Dios y el amor al mundo
 9. ¡Vivid arraigados y fundamentados en el verdadero amor!
 10. Cristo es el modelo del creyente y su fundamento
 11. Las tendencias desordenadas
 12. Significados de la palabra «mundo»
 13. Los grandes peligros para el cristiano son la soberbia y la vanagloria
 14. Jesús supera las tentaciones del mundo y es para nosotros un ejemplo a seguir

1. En torno a la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús

1. Todos los textos de la Escritura que se nos leen son para nuestra instrucción y nuestra salvación, y deben escucharse con atención. Pero fijémonos sobre todo en los más decisivos contra los herejes, cuyas trampas constituyen una permanente amenaza para los cristianos un poco débiles y negligentes. Recordad que nuestro Señor Jesucristo murió y resucitó por nosotros; murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación⁶.

Acabáis de escuchar el relato de los dos discípulos que el Señor se encontró por el camino y que no le reconocieron porque tenían sus ojos velados⁷. Cuando los encontró, ya habían perdido la esperanza en la redención efectuada por Cristo. Creían que había muerto como un hombre cualquiera y no sabían que, por ser Hijo de Dios, nunca podría morir. Para ellos había muerto como un profeta más, es decir, corporalmente sin esperanza de resucitar. Esto era lo que pensaban, como acabáis de escuchar si habéis estado atentos. Entonces Cristo les muestra el sentido de las Escrituras y, empezando por Moisés y pasando por todos los profetas, les muestra que todo lo que había sufrido estaba ya predicho de antemano, porque cabía temer que la resurrección del Señor aumentara su confusión y agravara sus dudas si antes no se hubiera dicho todo eso de él. Porque la consistencia de la fe depende de que lo que le pasó a Cristo ya había sido anunciado. Así que los discípulos sólo lo reconocieron en la fracción del pan. Porque el que no come ni bebe ahí su condenación⁸, reconoce a Cristo en la fracción del pan.

Más tarde, también los Once creían ver un fantasma. El que se dejó crucificar se deja también tocar: crucificar por sus enemigos, tocar por sus amigos, porque es médico de todos, de la impiedad de unos y de la incredulidad de otros. Porque, como habéis escuchado en los Hechos de los apóstoles, muchos miles de hombres de los que mataron a Cristo creyeron en él⁹. Si quienes lo llevaron a la muerte creyeron después en él, ¿cómo no iban a creer los que dudaron sólo unos instantes? Y ahora os voy

⁶ Cf. Rom 4, 25.

⁷ Sermón predicado el lunes de pascua. El evangelio de ese día relata la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús (Lc 24, 1-35). Pero es posible que se leyera todo el capítulo 24, lo que explicaría las alusiones de Agustín a los vv. 44-49. Tal vez también se leyera el capítulo 1 de los Hechos de los apóstoles, al que remite el comentario de Agustín (11, 3).

⁸ Cf. 1 Cor 11, 29.

⁹ Cf. Hch 2, 41.

a decir algo que debéis entender correctamente y guardar en vuestra memoria, a saber, que a algunos errores insidiosos Dios les ha querido contraponer el muro de las Escrituras, que nadie se atreve a contradecir. Por tanto, al Señor no le parece suficiente dejarse tocar por los apóstoles y recurre a las Escrituras para confirmar sus corazones en la fe. No se veía de antemano a los que vendríamos después, que de Cristo tenemos ya poco que tocar, pero sí mucho que leer. Si los apóstoles creyeron porque le tocaron palparon, ¿qué podemos hacer nosotros? Porque Cristo está ya en el cielo y sólo vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos. ¿Dónde se apoyará, pues, nuestra fe, sino en lo mismo por lo que el Señor confirmó la fe de los apóstoles en el preciso instante en que le tocaban? Les mostró el sentido de las Escrituras y les manifestó que era necesario que Cristo sufriera y que se cumpliera todo lo que se había dicho de él en la ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos, abarcando así todo el Antiguo Testamento. En las Escrituras, todos los pasajes, sean los que sean, hablan de Cristo, siempre que haya oídos dispuestos a escuchar. Él mismo iluminó su inteligencia para que comprendieran las Escrituras. Pidámosle también nosotros que ilumine nuestra inteligencia.

2. Ahora bien, ¿qué nos dice el Señor de lo escrito en la Ley, en los Profetas y en los salmos?, ¿qué nos enseña? ¡Pero si él mismo lo dice! El evangelista nos lo ha transmitido brevemente para que, en unas Escrituras tan enormemente extensas, sepamos lo que debemos creer y comprender. Es verdad que son muchas las páginas y muchos los libros, y todos vienen a decir lo que el Señor dice a sus apóstoles en unas pocas palabras. ¿Y qué es lo que les dice? Pues que «era preciso que el Mesías sufriera todo esto y resucitara al tercer día». Ya sabes, pues, respecto al Esposo, que «era preciso que Cristo muriera y resucitara». Veamos ahora qué dice de la Esposa: Puesto que conoces al Esposo y a la Esposa, irás a las bodas sabiendo a dónde vas. Porque toda celebración es una celebración nupcial donde se celebran las bodas de la Iglesia. El Hijo del Rey debe tomar mujer, y el Hijo del Rey es también Rey, mientras que la Esposa es la que asiste a la boda. No es como en las bodas carnales, donde la gente que asiste y la esposa son distintas. En la Iglesia, si los asistentes están debidamente preparados, se convierten en la Esposa. Pues la Iglesia entera es la Esposa de Cristo, porque tanto su origen como sus primicias son la carne de Cristo y en ella es donde la Esposa se une al Esposo en la carne. De ahí que, al mostrarnos el precio de su carne, partió el pan; y por eso, al partir el pan, se iluminaron los ojos de los discípulos y le reconocieron.

¿Qué dijo el Señor que estaba escrito de él en la Ley, en los Profetas y en los salmos? Que «era preciso que el Mesías sufriera». Si no hubiera añadido «y resucitara», los que tenían sus ojos cerrados para reconocerlo harían muy bien en lamentarse; pero también está anunciado que resucitará. Y ¿por qué todo esto?, ¿por qué era preciso que Cristo muriera y resucitara? Lo dice muy bien el salmo 22, sobre el que llamamos vuestra atención el miércoles, en la primera reunión de la última semana¹⁰. ¿Por qué era preciso que Cristo muriera y resucitara? Pues porque «al recordarlo volverá al Señor la tierra entera, todas las naciones se postrarán ante él». Y, para que entendáis por qué era preciso que Cristo muriera y resucitara, ¿sirve de algo que después de haber fijado nuestra atención en el Esposo, nos fijemos también en la esposa? «Que en su nombre se predique la penitencia y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén».

Ya lo habéis oído, hermanos. ¡Grabadlo bien en vuestra memoria! Que nadie dude de la Iglesia, porque está presente en todas las naciones. Que nadie dude de que ha llegado a todas las gentes, empezando por Jerusalén. Sabemos dónde está el campo en que se plantó la viña; pero cuando esta creció, ya no la reconocemos, porque lo ha ocupado todo. ¿Dónde comenzó la Iglesia? «En Jerusalén». ¿Y hasta dónde ha llegado? «A todas las naciones». Son pocas las que aún están fuera de ella, y pronto estarán en su interior. Mientras tanto crecen en ese terreno sarmientos inútiles que el viñador cree que tiene que cortar, y que soplos que provocan los cismas y las herejías. No os dejéis seducir por estos sarmientos desgajados, si no queréis que os pase lo mismo. Invitadlos más bien a que vuelvan a la cepa. Que Cristo murió, resucitó y subió a los cielos es una realidad; y también lo que es la Iglesia existe y que en nombre de Cristo se predica la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones. ¿Dónde nació? «Comenzando por Jerusalén». Esto lo ve hasta el más tonto y superficial; y desde luego, ¡bien ciego está el que no ve una montaña tan grande y cierra sus ojos a la luz que está sobre el candelero!

3. Nosotros les decimos: «Si sois cristianos católicos, estad en comunión con la Iglesia por quien el Evangelio se ha extendido por todo el universo. Estad también en comunión con esta Jerusalén». Pues bien, cuando les decimos eso, ellos nos contestan: «No, nosotros no estamos en comunión con la ciudad donde ha sido asesinado nuestro rey, donde ha

¹⁰ Se refiere al salmo 22. De la segunda enarración al salmo 22 se sirve san Agustín para argumentar contra el particularismo de los donatistas. A la salvación sólo de algunos, san Agustín opone la universalidad de la redención.

sido muerto nuestro Señor». ¡Como si sólo sintieran odio por la ciudad donde fue muerto nuestro Señor! Los judíos mataron al que encontraron en la tierra, pero los donatistas se burlan sin piedad de aquel que reina en el cielo. ¿Quiénes son peores?, ¿los que le despreciaron porque no Caían en él más que un hombre o los que se burlan de los sacramentos de quien reconocen sin embargo como Dios? Dicen que odian la ciudad donde fue muerto el Señor. ¡Fijaos lo piadosos y compasivos que son esos hombres: les duele muchísimo haber matado a Cristo, pero no tienen ningún inconveniente en matarlo en el corazón de los hombres! Sin embargo, Cristo amó esta ciudad y se compadeció de ella. Desde ella quiso que empezara la predicación de su Evangelio: «Comenzando por Jerusalén». En ella es donde quiso que se empezara a predicar su nombre, ¡y te horroriza la idea de estar en comunión con esta ciudad! No es extraño que odies la raíz, pues al fin y al cabo estás talado de ella. ¿Qué dice él a sus discípulos?: «Vosotros quedaos en la ciudad, porque os enviaré lo que os he prometido» (Lc 24, 49). Esta es la ciudad que odian, ¡pero es posible que la amaran si vivieran en ella los judíos que mataron a Cristo! Porque todo el mundo sabe que los que mataron a Cristo, los judíos, han sido expulsados de esa ciudad¹¹. Antes había en ella furiosos enemigos de Cristo, ahora hay gente que lo adora. Queda ya bien claro por qué odian esta ciudad: porque hay cristianos en ella. Allí quiso que se establecieran sus discípulos y allí es donde les envió el Espíritu santo. ¿Pues dónde comenzó la Iglesia, sino donde el Espíritu santo vino del cielo y llenó a los ciento veinte discípulos que allí estaban? El número inicial de doce se ha multiplicado ya por diez. Allí había ciento veinte discípulos, y vino el Espíritu santo sobre ellos, llenó toda la casa, sonó un ruido como de un viento impetuoso y aparecieron lenguas divinas como de fuego. Habéis escuchado el texto de los Hechos de los apóstoles que hemos leído hoy: «Y empezaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu santo les movía a expresarse». Y de todos los judíos que estaban allí, que procedían de distintas naciones, cada uno oía en su propia lengua, y se admiraban de que aquella gente tan ignorante e inculta hubiera aprendido tan pronto no sólo una o dos lenguas, sino las lenguas de todas las naciones¹². Así pues, que en este lugar se escucharan todas las lenguas significaba que todas ellas debían abrazar la fe. Sin embargo, fijaos cómo honran a Cristo todos esos que le aman tanto y que se escudan en ello para negarse a entrar en

¹¹ Aluden a esta expulsión Eusebio (*Historia eclesiástica* IV 6) y Tertuliano (*Apologeticum*, cap. 21). Cf. también Juan Crisóstomo, *Homilía contra los judíos*.

¹² Cf. Hch 1, 15; 2, 1-12.

comunión con la ciudad que lo llevó a la muerte: ¡pretenden reducirlo a dos lenguas, el latín y el púnico, es decir, el africano! ¿Es que Cristo habla sólo dos lenguas? Los únicos que hablan dos lenguas son los partidarios de Donato, no saben ni una más.

Vamos, despertaos, hermanos, contemplemos el don del Espíritu santo, creamos lo que se ha dicho de antemano sobre él y comprobemos que ya se ha cumplido lo que decía el salmo: «No es un pregón, no son palabras, no es una voz que no se pueda escuchar». Y para que no creas que fueron las lenguas las que vinieron a un mismo lugar y que no fue Cristo el que vino a todas las lenguas, escucha lo siguiente: «Por toda la tierra se escucha su eco, y hasta los confines del mundo su mensaje». Y eso, ¿por qué? «Allá, en lo alto, preparó una tienda para el sol» (Sal 19, 4-6), es decir, a la vista de todos. Esa tienda es su carne; esa tienda es su Iglesia; una tienda plantada a pleno sol, no en la noche, sino durante el día. Pero, entonces, ¿cómo es que no la han reconocido? Volved al texto que leímos ayer y mirad por qué ha sido: «El que odia a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos». ¿Cómo evitaremos estar en las tinieblas? Amando a nuestros hermanos. ¿Y cuál será la señal de que amamos a nuestros hermanos? Que no rompemos la unidad, porque vivimos en caridad.

2. *Sobre los diferentes miembros que componen la Iglesia*

4. «Os escribo a vosotros, hijitos, porque os han sido perdonados vuestros pecados por el poder de su nombre». Os llama «hijitos» porque, perdonados vuestros pecados, habéis vuelto a nacer. ¿Pero en nombre de quién han sido perdonados los pecados?, ¿acaso en nombre de Agustín? Por supuesto que no, pero tampoco en nombre de Donato. Ni siquiera en el nombre de Pedro o Pablo. Frente a los que dividen a la Iglesia y se empeñan en crear partidos en la unidad, la caridad del apóstol, como una madre que da a luz a sus criaturas, abre sus entrarías y en cierto modo desgarrar su seno con sus palabras, llora a sus hijos forzados a ir lejos, convoca a la unión bajo un solo nombre a los que querían dividirse en varios partidos, prohíbe que le amen a él para que amen a Cristo y dice: «¿Acaso ha sido crucificado Pablo por vosotros o habéis sido bautizados en su nombre?» (1 Cor 1, 13). No quiero que seáis míos para que estéis conmigo. Estad conmigo, sí, pero todos somos del que murió y resucitó

por nosotros. Por eso se dice: «Os han sido perdonados vuestros pecados por el poder de su nombre», y no por el de cualquier hombre.

5. «Os escribo a vosotros, padres». ¿Por qué primero a los hijos? «Porque os han sido perdonados vuestros pecados por el poder de su nombre» y sois regenerados a una nueva vida, y por eso sois hijos. ¿Y por qué a los padres? «Porque habéis conocido al que es desde el principio», y el principio pertenece a la paternidad. Cristo es nuevo según la carne, pero es antiguo según la divinidad. ¿Cómo de antiguo creemos que es?, ¿cuántos años nos parece que tiene?, ¿acaso pensamos que es mayor que su madre? Pues claro que lo pensamos, porque «todo ha sido hecho por él». Y si todo ha sido hecho por él, el antiguo hizo a su misma madre, para nacer de ella nuevo. ¿Acaso pensamos que sólo es mayor que su madre? Pues no, porque también es más antiguo que los abuelos de su madre. Todavía más, existe antes que el abuelo de Abrahán. Porque dice el Señor: «Os aseguro que antes que Abrahán naciera, yo soy». ¿Decimos antes de Abrahán? El cielo y la tierra fueron hechos antes de que existiera el hombre. Y antes que ellos fue el Señor, mejor, él es antes que ellos. Por eso, fijaos bien que no dice: «Antes de Abrahán yo era», sino: «Antes de Abrahán Yo soy». Pues cuando se dice de algo que fue, ya no es; y cuando se dice será, todavía no es; pero él no sabe más que ser. En cuanto Dios, no sabe más que ser; desconoce por completo lo que es haber sido o tener que ser. En él no hay más que un solo día, pero es un día eterno. Y es un día que no está entre el «hoy» y el «mañana», porque el ayer ya acabado y el hoy que comienza terminarán en el mañana que ha de venir. Allí no hay más que día, sin tinieblas, sin noche, sin intervalos, ni medidas, ni horas. Llámalo como quieras: o día, o año; pero si lo prefieres, llámalo años. Porque de él se ha dicho: «Tus años no tienen fin» (Sal 102, 28). ¿Y cuándo se le llamó día? Cuando se le dijo al Señor: «Yo te he engendrado hoy» (Sal 2, 7). Engendrado por el Padre eterno, engendrado desde toda la eternidad, engendrado en la eternidad: sin comienzo, sin fin, sin intervalo temporal, porque es lo que es porque es el que es. Este es el nombre que le dio Moisés: «Hablarás así a los israelitas: El que es me envía a vosotros» (Ex 3, 14). ¿Cuándo?, ¿antes de Abrahán?, ¿antes de Noé?, ¿antes de Adán? Escucha lo que dice la Escritura: «Te engendré antes de la aurora». Todavía más: antes del cielo y la tierra. ¿Por qué? Porque «todo fue hecho por él y sin él no se hizo nada» (Jn 1, 3). Reconocedle, pues, padres, porque se es padre cuando se reconoce al que es desde el principio.

6. «Os escribo a vosotros, jóvenes». Tenemos hijos, padres y jóvenes. Hijos porque nacen, padres porque conocen el principio, y jóvenes, ¿por qué tenemos jóvenes? «Porque habéis vencido al maligno». En los niños el nacimiento; en los padres la ancianidad; en los jóvenes la fuerza. Si el maligno es vencido por los jóvenes, es que lucha con nosotros. Lucha, pero no vence. ¿Y por qué no vence? ¿No vence porque somos fuertes, o porque es fuerte en nosotros el que ha sido débil en manos de sus perseguidores? El que nos ha hecho fuertes es el mismo que no ha resistido a sus perseguidores. Porque fue crucificado en su debilidad, pero ahora vive por la fuerza de Dios¹³.

7. «Os escribo a vosotros, hijos». ¿Por qué «hijos»? «Porque habéis conocido al Padre. Os escribo a vosotros, padres —vuelve a insistir y repetir—, porque habéis conocido al que es desde el principio». Recordad que sois padres y, si os olvidáis del que es desde el principio, perderéis la paternidad. «Os escribo a vosotros, jóvenes». No olvidéis jamás que sois jóvenes: combatid para vencer; venced para ser coronados; sed humildes para no caer en el combate. «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno».

8. Y todas estas cosas, hermanos, es decir, que hayamos conocido lo que es desde el principio, que seamos fuertes, que hayamos conocido al Padre, que nos muestran el precio del conocimiento, ¿no nos van a revelar el precio de la caridad? Si es verdad que conocemos, entonces, ¡amemos! Porque el conocimiento sin la caridad no trae la salvación. La ciencia envanece, el amor aprovecha» (1 Cor 8, 1). Pues si queréis confesar, pero no amar, os empezáis a parecer al demonio. Los demonios confesaban al Hijo de Dios y decían: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo?» (Mt 8, 29). Y fueron expulsados. Confesadle y abrazadle. Porque ellos le temían por sus iniquidades; vosotros, en cambio, ¡amad al que os redimió de las vuestras!

3. *Sobre el amor verdadero y el falso*

¿Pero cómo podremos amar a Dios si amamos al mundo? Dios prepara en nosotros la morada de su amor. Hay dos amores: amor al mundo y amor a Dios. Que desaparezca el amor al mundo y venga el amor

¹³ Cf. 2 Cor 13,4.

de Dios; que el mejor ocupe el puesto. Amabas al mundo, ¡pues no le ames más! A medida que tu corazón se vacíe del amor terreno, se irá llenando de amor divino. Y empezará a habitar la caridad, de la que ningún mal podrá venir. Escuchad, pues, las palabras del que sólo desea purificar. El corazón humano es para él como un campo. Pero ¿cómo lo ha encontrado? Si como una selva, la elimina; si como un campo roturado, planta. ¿Y cuál es la selva que quiere eliminar? Pues el amor al mundo. Escucha en el versículo siguiente al que elimina la selva: «No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él».

9. Habéis oído que «si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». Hermanos, que nadie diga en su corazón que esto no es verdad. Porque es Dios quien lo dice, el Espíritu santo ha hablado por boca del apóstol, y nada hay más verdadero: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». ¿Quieres tener el amor del Padre para ser coheredero con el Hijo? Pues no ames al mundo. Elimina el mal amor del mundo y llénate del amor de Dios. Eres un vaso que todavía está lleno. Vacíate de lo que tienes para recibir lo que no tienes. Es verdad que nuestros hermanos, ya han renacido por el agua y el Espíritu; también renacimos nosotros hace ya algunos años. Es bueno, pues, que no amemos al mundo para que los sacramentos no sean para nuestra condenación, sino una fuerza salvadera. El fundamento de la salvación es tener la raíz de la caridad, la virtud de la piedad, y no sólo su forma externa¹⁴. Una forma buena, incluso santa, pero ¿de qué vale la forma si no tiene raíz?, ¿no se echa al fuego el sarmiento que se ha podado de la vid? Ten la forma, pero en la raíz. Pero ¿cómo tenemos que enraizarnos para no ser desenraizados? Pues teniendo caridad, como dice el apóstol Pablo: «Vivid arraigados y fundamentados en el amor» (Ef 3, 17). Ahora bien, ¿cómo podrá arraigar el amor en medio de un amor al mundo tan selvático? Está claro, eliminando la selva. La semilla que vais a sembrar es una semilla preciosa: ¡que no haya nada en ese campo que ahogue la semilla! Y tan eficaz para eso como las palabras de Juan: «No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él».

10. «Porque todo lo que hay en el mundo —los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana— no viene del Padre sino del mundo. El mundo y todos sus atractivos pasan. Pero el que hace la

¹⁴ En este pasaje, Agustín apunta a los donatistas. Lo dicho vale tanto para las formas de vida de los herejes como de los cismáticos, que guardan las apariencias aunque estén separados de la Iglesia: piedad, sacramentos, formas de culto. En ellos son formas privadas de vida.

voluntad de Dios permanece para siempre, como él permanece para siempre».

Pero, ¿por qué no voy a amar lo que Dios ha hecho? Vamos a ver, ¿qué es lo que quieres: amar lo temporal y pasar con el tiempo, o no amar al mundo y vivir eternamente con Dios? Nos arrastra el torrente de las cosas temporales, pero nuestro Señor Jesucristo ha nacido como un árbol al borde de las aguas. Se encamó, murió, resucitó y subió al cielo. Quiso plantarse de algún modo en la orilla del río de las cosas temporales. ¿Que te arrastra la corriente? Agárrate al árbol. ¿Que el amor al mundo te envuelve en su torbellino? Afírmate bien en Cristo. Pues él se ha hecho temporal para que tú seas eterno; porque se ha hecho temporal, pero sin dejar de ser eterno. Ha asumido algo temporal, pero sin alejarse de la eternidad. Tú, en cambio, has nacido temporal y por el pecado te has hecho temporal. Tú te has hecho temporal por el pecado, pero Cristo se hizo temporal por su misericordia para librarte del pecado. ¡Cuánta diferencia hay entre un acusado y quien le viene a visitar, aunque ambos estén en la misma cárcel! A veces alguien va a ver a un amigo, a hacerle una visita. Resulta que los dos están en la cárcel, ¡pero qué distinta y diferente es su situación! Uno está allí porque ha sido acusado, el otro ha venido por amistad. Pues lo mismo nos pasa a nosotros, que estamos presos en esta vida mortal por nuestros pecados, mientras que él ha bajado por su misericordia. Ha venido para redimir al cautivo, no para acusarlo. El Señor ha derramado su sangre por nosotros, nos ha comprado con ella, ha transformado nuestro destino en esperanza. Todavía llevamos la mortalidad de nuestra carne, pero tenemos ya la prenda de nuestra futura inmortalidad. Somos zarandeados por el mar, pero ya hemos lanzado el ancla de nuestra esperanza.

11. No amemos al mundo, ni lo que hay en el mundo. Porque lo que hay en el mundo son «los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana». ¡Las tres concupiscencias! Que nadie diga: «Dios ha hecho todo lo que hay en el mundo: el cielo y la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, todo lo que hay en los cielos. ¿Qué hay en el mar? Todo lo que nada. ¿Y en la tierra? Animales, árboles, pájaros. Todos ellos son seres que hay en el mundo y Dios los ha hecho. ¿Por qué no voy a amar lo que Dios ha hecho?». Que el Espíritu santo esté en ti para que te haga ver que todo eso es bueno. Pero ¡ay de ti si amas a las criaturas y abandonas al Creador! ¿Te parecen bellas? ¡Pues el que las ha hecho lo es mucho más! Estad bien atentos. Que las comparaciones sirvan para instruimos, para

que Satanás no penetre en vuestro interior y os repita lo de siempre: «Poned en la criatura todo vuestro bien. Porque ¿para qué las ha hecho Dios sino para que encontréis en ellas todo vuestro bien?». Y entonces los hombres se dejan seducir, se pierden y olvidan a su Creador. Y cuando no se sirven de las criaturas con mesura, sino con pasión, menosprecian a su Creador. De ellos es de quienes dice el apóstol: «Han adorado y dado culto a la criatura en vez de al Creador» (Rom 1, 25). Dios no te prohíbe amar estas cosas, pero sí amarlas hasta poner en ellas tu felicidad. Estímalas y alábalas, pero por amor al Creador.

Supongamos que un novio regala una sortija a su prometida y que esta prefiere la sortija a su novio, que la ha encargado para ella. ¿No se vería en este apego al regalo del novio un corazón adúltero, aun cuando a la joven le guste lo que le ha regalado su novio? A ella le gusta, por supuesto, lo que su novio le ha regalado. Pero si dijera: «Me basta con la sortija, a él no quiero verlo más», ¿qué clase de mujer sería?, ¿quién no condenaría esta locura?, ¿quién no la tendría por un corazón adúltero? Porque prefieres el oro al hombre, la sortija a tu novio. Pero si eso es lo que sientes y prefieres, la sortija a tu novio, y a este ya no lo quieres ver, eso significa que la prenda que te ha dado no es ya lazo de amor, sino motivo de aversión. Porque, al darte esta prenda, tu novio esperaba que le amaras a él a través de ella. Por tanto, si Dios te ha dado todas estas cosas, ámale a él, que las ha hecho. Pero si las amas a ellas y desprecias a tu Creador amando al mundo, ¿no verá él en tu amor un adulterio?

12. Llamamos mundo no sólo al universo que Dios ha hecho, cielo y tierra, mar, seres visibles e invisibles, sino también a los que habitan el mundo, igual que llamamos casa tanto a la construcción material como a los que viven en ella. Pero a veces hablamos bien de la casa y ponemos verdes a los que viven en ella. Y es que decimos: «¡Qué casa tan estupenda, vaya mármol que tiene y vaya decoración tan magnífica!». Pero también decimos en otro sentido: «Es una casa estupenda, porque en ella a nadie se le trata injustamente, a nadie se le roba, a nadie se le hace violencia». Lo que alabamos en este caso no son las paredes, sino a quienes viven entre ellas. Y, sin embargo, en ambos casos decimos «casa». Del mismo modo, a los que aman al mundo —y a los que, alamarlo, viven en él, igual que aman el cielo los que tienen su corazón en las alturas aunque su cuerpo esté en la tierra— se les llama también mundo. Esos sólo codician estas tres cosas: los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana. Lo que quieren es comer, beber, acostarse juntos y

entregarse a este tipo de placeres. ¿Significa eso que no se pueden hacer todas estas cosas con mesura? O que cuando se dice: «No améis estos placeres», ¿es que no hay que comer ni beber ni engendrar hijos? ¡Nada de eso! Lo que el Creador quiere es que hagáis todas esas cosas con mesura y que no os dejéis llevar por el amor de esas cosas. Es decir, que no améis para disfrutar lo que sólo se os ha dado para usar. Sólo se os somete a prueba cuando os encontráis ante una alternativa: o esto o aquello. ¿Qué prefieres, la justicia o el dinero? «Es que no tengo con qué vivir, ni con qué comer ni beber». Pero ¿y si no puedes conseguir todo eso a no ser con el pecado?, ¿es que no prefieres un bien que no pierdes al pecado que cometes? Lo único que ves es el oro que consigues, no que arriesgas tu fe. Eso es lo que Juan nos dice que son «los deseos desordenados», esto es, la codicia de cosas que tienen que ver con la carne, con el alimento, con los placeres del lecho y con otras cosas similares.

13. «La codicia de los ojos». Así llama Juan a toda clase de curiosidad. ¿Hasta dónde llega? Los espectáculos, los teatros, los ritos demoníacos, los artificios mágicos, ¡todo esto es curiosidad! Incluso a veces llega a tentar a los servidores de Dios y les induce a hacer algo parecido a los milagros y a probar si Dios los escuchará mediante los milagros. En esto consiste la curiosidad, o sea, la codicia de los ojos, y está claro que no viene del Padre. Si Dios te ha dado poder, ejércelo. Porque, si te lo ha dado, es para que lo ejerzas. Pero eso no significa que quienes no lo tengan no pertenecerán al reino de Dios. Cuando los apóstoles estaban alegres porque los demonios se les sometían, ¿qué les dijo el Señor?: «No os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo» (Lc 10, 20). El Señor quiso que los apóstoles se alegraran de ese don. Alégrate tú también. Pero ¡ay de ti si tu nombre no está escrito en el cielo! Es decir, ¡ay de ti si no resucitas de entre los muertos! ¡Ay de ti si no caminas sobre el mar! ¡Ay de ti si no expulsas demonios! Si has recibido el poder de realizar estos prodigios, utilízalo con humildad y sin orgullo. Porque nos dice el Señor que incluso falsos profetas harán signos y prodigios¹⁵. Guárdate, pues, de la ambición del mundo, pues la ambición del mundo es el orgullo. Uno quiere vanagloriarse con los honores; se cree alguien o porque es rico o porque tiene algún poder.

¹⁵ Cf. Mt 24, 24.

14. Estas son las tres codicias, los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana, y no hay ninguna otra capaz de tentar a la concupiscencia humana. Para tentar al Señor, el diablo echó mano de las tres.

De la primera, es decir, de los apetitos desordenados, cuando le dijo: «Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes». El Señor acababa de ayunar y tenía hambre. ¿Y cómo rechazó al tentador y enseñó a luchar al soldado? Fíjate cómo le responde: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

También fue tentado por la codicia de los ojos, por el milagro, cuando le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: 'Daré órdenes a sus ángeles para que te lleven en brazos'». Resiste al tentador, porque si hubiera hecho un milagro, habría parecido o que hacía caso al demonio o que obraba por curiosidad. Él hizo milagros cuando quiso y como Dios que era, pero siempre para curar enfermedades. Si ahora hubiera hecho un milagro, se podría creer que lo único que buscaba era llamar la atención. Pero para prevenir esta ilusión, fíjate en lo que responde: «Retírate de mí, Satanás, porque también está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios'» (si alguna vez sientes esta tentación, di tú también estas palabras). Es decir: «Si hago eso, tiento a Dios». Dijo lo que quiere que tú digas. Si alguna vez tu enemigo te sugiere: «¡Vaya hombre y vaya cristiano que eres! ¿Es que no has hecho en tu vida ni un solo milagro?, ¿es que tus oraciones no han resucitado muertos ni curado gente con fiebre? Si realmente fueras alguien, harías algún milagro». Pues bien, entonces vas y le respondes: «Está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios'. Yo no tentaré a Dios. ¡Como si hacer un milagro fuera la señal de que pertenezco a Dios y no hacerlo significara que no le pertenezco! ¿Dónde quedarían sus palabras: 'Alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo'?»

¿Cómo tentó al Señor con el afán de grandeza humana? Cuando lo llevó a un monte muy alto y le dijo: «Todo esto te daré si te postras y me adoras». ¡Con el señuelo de un reino terreno pretende tentar al rey de los siglos! Pero el Señor que hizo el cielo y la tierra pisoteó al diablo. ¿Resulta tan extraordinario que el diablo haya sido vencido por el Señor? Con su respuesta al diablo, Dios ha querido que sepas bien cómo responderle: «Está escrito: 'Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él le darás culto'»¹⁶.

¹⁶ Cf. Mt 4, 1-10.

Si sois fieles a estas palabras, eludiréis la codicia del mundo. Si eludís la codicia del mundo, no caeréis bajo el yugo ni de los apetitos desordenados, ni de la codicia de los ojos, ni del afán de grandeza humana, y abriréis camino a la venida de la caridad, que hará que améis a Dios. Porque donde hay amor al mundo no puede haber amor a Dios. Dedicaros más bien a amar a Dios, para que igual que Dios es eterno, también vosotros viváis eternamente, porque uno es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Pues eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Voy a decir acaso que eres también Dios? Yo no me atrevería a decirlo, pero escucha lo que dice la Escritura: «Yo dije: 'Sois dioses e hijos del Altísimo todos'» (Sal 81, 6). Por tanto, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, «no améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo —los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana— no viene del Padre, sino del mundo», es decir, de los que aman al mundo. Y «el mundo y sus atractivos pasan. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

TERCER TRATADO

1 Jn 21, 18-27

Resumen

1. Ha comenzado la última hora
 1. Es tiempo para crecer espiritualmente
 2. Es ocasión para creer en Jesús hecho hombre y en su divinidad
 3. Es momento para prestar atención y no dejarse engañar por los anticristos
2. Los anticristos de la última hora
 4. ¿Quién es un anticristo?
 5. Aunque los anticristos no se distinguen al principio de los demás creyentes, son un perjuicio para la Iglesia
 6. Cristo pondrá de manifiesto y condenará las mentiras de los anticristos el día del juicio
 7. Los anticristos deshacen la unidad de la Iglesia y rechazan la herencia de Cristo
 8. Confiesan a Cristo con su boca, pero lo rechazan con sus obras
 9. Aparentemente aceptan a Cristo, pero se resisten a ser corregidos y a cambiar de conducta
 10. Que cada uno examine su conciencia y cambie para no ser un anticristo
3. Dificultades y tentaciones de la vida cristiana
 11. Que la esperanza en la vida eterna te ayude a perseverar en la fe
 12. No te dejes seducir por lo que el mundo promete, desea más bien la vida eterna y la caridad
 13. El Espíritu santo es el maestro interior que hace fructificar en nosotros la predicación que recibimos

1. *Ha comenzado la última hora*

1. «Hijos míos, estamos en la última hora». En este pasaje, Juan invita a los niños a que se den prisa en crecer, porque estamos en la última hora. La edad corporal no depende de la voluntad. Por consiguiente, nadie crece cuando quiere, como nadie nace cuando le apetece. Si se nace cuando se quiere, también se crece cuando se quiere. Nadie nace del agua y del Espíritu santo si no quiere. Por tanto, si quiere crece, y si quiere decrece también. ¿Qué es crecer? Crecer es avanzar. ¿Y decrecer? Retroceder. El que sabe que ha nacido, es un niño y un infante; que mame ávidamente en los senos de su madre y crezca con rapidez. Esa madre es la Iglesia y sus dos senos son los dos Testamentos de las Escrituras divinas. Que se nutra con la leche de todos los misterios que se han realizado en el tiempo para nuestra salvación eterna, para que alimentado y fortalecido así, sea capaz de comer el alimento sólido, es decir, a aquel que «desde el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios» (Jn 1, 1). Nuestra leche es el Cristo humilde; nuestra comida, el mismo Cristo, que es igual al Padre. Te alimenta con leche para saciarte de pan, pues acercarse espiritualmente a Cristo con el corazón significa conocer que es igual al Padre.

2. Por eso no dejó que María le tocara: «No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre». ¿Qué quiere decir?, ¿no se dejó tocar por los discípulos el que no se deja tocar por María?, ¿no es el mismo que le dijo al discípulo que dudaba: «Acerca tus dedos y toca mis cicatrices»? (Jn 20, 17.27). ¿Acaso había ya subido al Padre? Entonces, ¿por qué le prohíbe tocarlo a María y le dice: «No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre»? ¿es que hemos de decir que no tuvo ningún inconveniente en que le tocaran los hombres, pero sí que lo hicieran las mujeres? Sin embargo, el contacto con él limpia toda carne. ¿Acaso tuvo miedo de que le tocaran aquellas a las que primero quiso manifestarse?, ¿acaso no les anunció su resurrección por las mujeres, para vencer a la serpiente con el mismo método, pero con resultados contrarios? Porque ella anunció la muerte al primer hombre mediante la mujer; pero ahora es la misma mujer la que anuncia la vida a los hombres. ¿Por qué, pues, no se dejó tocar?, ¿no sería porque quería enseñarnos qué es el contacto espiritual? El contacto espiritual es el de un corazón puro. Y toca a Cristo con un corazón puro el que entiende que es igual al Padre. El que todavía no entiende la divinidad de Cristo, llega hasta la carne, pero no hasta la

divinidad. ¿Es que tiene algún mérito llegar al mismo sitio que quienes lo crucificaron? En cambio, sí lo tiene entender que el Verbo de Dios estaba en el principio junto a Dios, por el que todo fue hecho. Así es como quería que se le entendiera cuando dice a Felipe: «Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9).

3. Para que nadie sea negligente a la hora de progresar, escuche esta advertencia: «Hijos míos, estamos en la última hora». Aprovechad, corred, creced, que estamos en la última hora. Es verdad que es larga, pero es la última hora. La palabra «hora» significa «los últimos tiempos», porque en ellos vendrá nuestro Señor Jesucristo. Pero habrá quien se pregunte: «¿Cómo serán los últimos tiempos?, ¿y la última hora? Sabemos que primero vendrá el anticristo y en seguida el día del juicio». Juan previó esta objeción y, para denunciar la falsa seguridad de que no es la última hora porque todavía no ha venido el anticristo, les dice: «Habéis oído que iba a venir un anticristo; pues bien, han surgido muchos anticristos». Ahora bien, si no fuera la última hora, ¿podría haber muchos anticristos?

2. Los anticristos de la última hora

4. ¿A quiénes llama anticristos? Juan continúa y explica: «Esta es la prueba de que ha llegado la última hora». ¿Cuál? «Que han surgido muchos anticristos. Han salido de entre nosotros» y vosotros los veis. «Han salido de entre nosotros». Lloremos, pues, nuestra pérdida. Y escucha también este consuelo: «Pero no eran de los nuestros». Todos los herejes y cismáticos han salido de entre nosotros, es decir, de en medio de la Iglesia; pero no saldrían si fueran de los nuestros. Por tanto, antes de salir ya no eran de los nuestros. Y si antes de salir ya no eran de los nuestros, es que muchos de los que están dentro y aún no han salido son también anticristos. Nos atrevemos a decir: ¿Y por qué? Para que todos los que están dentro de la Iglesia se cuiden mucho de no ser anticristos. Juan va a describir y señalar a los anticristos, y entonces veremos quiénes son.

Cada uno debe preguntarse en conciencia: ¿Soy acaso un anticristo? «Anticristo» significa, en latín, «el que está contra Cristo». Y no, como algunos creen, alguien que tiene que venir antes de Cristo o, viceversa, que Cristo vendrá después de él. Pero ni se dice ni se escribe así. Anticristo es lisa y llanamente «el que está contra Cristo». Ahora bien, ¿quién es el que

está contra Cristo? Lo veréis porque él mismo va a decirlo y comprenderéis que nadie puede salir afuera sino los anticristos, porque los que no están contra Cristo es imposible que salgan. Pues los que no son contrarios a Cristo están adheridos a su cuerpo y se consideran miembros suyos. Los miembros nunca están unos contra otros. La integridad es el conjunto de todos los miembros. ¿Y qué dice el apóstol sobre la concordia de los miembros?: «¿Que un miembro sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Que un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría» (1 Cor 12, 26). Por consiguiente, si un miembro es agasajado y todos los miembros comparten su alegría, y si un miembro sufre, todos sufren con él, es que la concordia de los miembros no admite el anticristo. Como este cuerpo necesita cuidados y sólo logrará la santidad perfecta tras la resurrección de los muertos, resulta que dentro del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo hay algunos que son como una especie de humores malignos. Cuando se evacuan estos humores, el cuerpo se alivia, del mismo modo que cuando se salen los malos, la Iglesia se calma. Y cuando el cuerpo los evacua y expulsa, dice: «Estos humores salen de mí, pero no eran parte de mí». ¿Qué significa «no eran parte de mí»? Pues que no han sido extraídos de mi carne, sino que oprimían mi pecho cuando estaban dentro de mí.

5. «Han salido de entre nosotros, pero...», no os entristezcáis, «no eran de los nuestros». ¿Cómo lo pruebas? «Porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros». Contemplad, pues, queridos hermanos, cómo muchos que no son de los nuestros reciben con nosotros los sacramentos, el bautismo, lo que los fieles saben que reciben¹⁷: la bendición, la eucaristía y todo lo que contienen los santos misterios. Incluso reciben con nosotros la comunión del altar y, sin embargo, no son de los nuestros. La prueba muestra que no lo son, pues cuando llega, vuelan lejos como arrastrados por un golpe de viento, porque no eran granos. Sí, todos volarán —repitámoslo a menudo— cuando el día del juicio empiece a soplar el aire del Señor. «Han salido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros».

¿Queréis saber, queridos hermanos, cómo se puede decir con toda certeza que los que han salido por casualidad y han vuelto a entrar no son anticristos, no están contra Cristo? Es intolerable que los que no son anticristos permanezcan fuera. Ser anticristo o estar en Cristo es cosa de

¹⁷ Alusión a la eucaristía, misterio velado a los paganos y también a los catecúmenos.

cada uno. O estamos entre los miembros o entre los malos humores. El que cada vez es mejor, es miembro del cuerpo; pero el que sigue siendo malo, es humor maligno, y cuando se vaya se sentirán aliviados los que estaban oprimidos. «Han salido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero así ha quedado claro que no todos son de los nuestros». Añadió «así ha quedado claro» porque, aunque están dentro, no son de los nuestros. Pero no se ven, y sólo se manifiestan al salir.

«Vosotros, en cambio, tenéis la unción del Espíritu que viene de Dios y lo sabéis todo». La unción espiritual es el mismo Espíritu santo, cuyo sacramento está en la unción visible¹⁸. Todos los que tienen esta unción están capacitados para saber quiénes son los malos y los buenos. No necesitan, pues, que se les instruya, porque es la misma unción quien les enseña.

6. «No os he escrito porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad». Se nos ha advertido sobre cómo podemos conocer al anticristo. ¿Qué es Cristo? Cristo es la verdad, pues él mismo dijo: «Yo soy la verdad». «Ninguna mentira procede de la verdad». Por tanto, los que mienten todavía no son de Cristo. No dijo que hay mentiras que proceden de la verdad y otras que no proceden. Escuchad esta sentencia para que no os aduléis, ni os dejéis seducir, ni os extraviéis, ni os hagáis ilusiones: «Ninguna mentira procede de la verdad». Veamos, pues, cómo mienten los demonios, porque no hay una sola clase de mentira.

«¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Mesías?» Una cosa es lo que significa Jesús y otra lo que significa Cristo. Aunque Jesucristo, nuestro salvador, sea uno, Jesús también es su nombre propio. Igual que a Moisés, a Elías y a Abrahán se les llamó por su nombre propio, nuestro Señor también tiene un nombre, que es Jesús. Cristo es un nombre que designa una función sagrada. Del mismo modo que se dice de alguien que es un profeta o un sacerdote, «Cristo» significa «el Ungido», en el que se consumará la redención de todo el pueblo de Israel. El pueblo judío esperaba la venida de este Cristo, pero como se presentó humilde no le reconocieron; como era una piedra pequeña, tropezaron con ella y se destrozaron. Pero esa piedra creció y se convirtió en un monte inmenso.

¹⁸ Se refiere al sacramento de la confirmación, que en la iglesia latina se confería entonces juntamente con el bautismo, como ahora en las Iglesias orientales. San Agustín distingue entre ambos.

¿Y qué dice la Escritura?: «El que caiga sobre esta piedra quedará deshecho, y a quien le caiga encima, quedará aplastado» (Lc 20, 18). Distingamos bien las palabras. La Escritura dice que el que caiga sobre esta piedra quedará deshecho y que a quien le caiga encima quedará destrozado. Como fue humilde en su primera venida, los hombres tropezaron con él, y como vendrá glorioso el día del juicio, destrozará a quien le caiga encima. Pero, cuando vuelva, no destrozará al que no haya tropezado con él en su primera venida. Quien no haya tropezado con el Cristo humilde, no temerá al Cristo glorioso. Sí, hermanos, así de simple: quien no haya chocado contra el Cristo humilde, no temerá al Cristo glorioso. Pues, para todos los malos, Cristo es piedra de tropiezo. Todo lo que dice es muy amargo para ellos.

7. Escuchad, pues, y ved. Los que salen de la Iglesia y se desgajan de su unidad son anticristos. Que nadie lo dude, pues él mismo lo dice: «Han salido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Porque si hubieran sido de los nuestros, hubieran permanecido con nosotros». Por tanto, los que no permanecen con nosotros, sino que salen de entre nosotros, está claro que son anticristos. ¿Y cómo se sabe que son anticristos? Porque mienten. Ahora bien, «¿quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?». Preguntemos a los herejes. ¿Conoces algún hereje que niegue que Jesús es el Cristo? Hermanos, nos encontramos ante un gran misterio. Estad atentos a lo que me ha inspirado el Señor y que quiero que vosotros comprendáis.

Hay algunos que han salido de entre nosotros y se han hecho donatistas. Les preguntamos si Jesús es Cristo e inmediatamente responden que sí. Ahora bien, si anticristo es el que niega que Jesús es Cristo, ellos no pueden llamarnos anticristos a nosotros, ni nosotros a ellos, porque ambos confesamos lo mismo. Y como ellos no nos llaman así ni nosotros a ellos, eso significa que ni ellos han salido de entre nosotros, ni nosotros de entre ellos. Ahora bien, si no hemos salido de entre nosotros, es que estamos en unidad. Y si estamos en unidad, ¿qué pintan en esta ciudad dos altares?, ¿qué hacen las casas y los matrimonios divididos?, ¿cómo se explica un lecho común y un Cristo partido? Juan nos amonesta, quiere que confesemos la verdad: que ellos han salido de entre nosotros, o nosotros de entre ellos. Pero —Dios no lo quiera— no somos nosotros los que hemos salido de entre ellos, porque tenemos el Testamento de la herencia del Señor, lo leemos y allí encontramos: «Te daré en herencia las naciones, en posesión los confines del mundo» (Sal 2, 8). Nosotros tenemos la herencia

de Cristo y ellos no la tienen; ellos no están en comunión con toda la tierra, no están en comunión con el universo redimido por la sangre del Señor. Tenemos al mismo Señor resucitado de entre los muertos, que se hizo palpar por las manos de los que dudaban. Y, como seguían dudando, les dijo: «Estaba escrito que el Cristo tenía que sufrir y resucitar al tercer día de entre los muertos, y que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados». ¿Dónde?, ¿cómo?, ¿a quién? «A todas las naciones, comenzando por Jerusalén» (Lc 24, 46-47). Si alguien no está en comunión con esta herencia, es que se ha salido fuera.

8. Pero no nos pongamos tristes, porque «han salido de entre nosotros, pero no son de los nuestros. Porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros». Por tanto, si han salido de entre nosotros, son anticristos; y si son anticristos, son unos mentirosos; y si son unos mentirosos, niegan que Jesús es el Cristo. Nos encontramos una vez más ante el nudo del problema. Si les preguntas uno a uno, confiesen que Jesús es Cristo. En esta carta, nuestra inteligencia se queda pequeña ante un pasaje realmente difícil. Veis claramente la cuestión, una cuestión que también nos preocupa a nosotros si no se resuelve. Porque o nosotros somos anticristos o lo son ellos. Ellos dicen que los anticristos somos nosotros porque hemos salido de entre ellos, pero nosotros decimos lo mismo de ellos. Sin embargo, aquí está esta carta, que especifica quiénes son los anticristos. Y anticristo es el que niega que Jesús es Cristo. Preguntémonos, pues, quién es el que niega. Y no atendamos a las palabras, sino a los hechos.

Y cuando se les pregunta, todos confiesen al unísono que Jesús es el Cristo. Deja por un momento tranquila la lengua y pregunta a la vida. Y si encontramos en la Escritura algún pasaje que diga que se puede negar no sólo con la boca, sino también con los hechos, es indudable que hay muchos anticristos que confiesen a Cristo con su boca, pero que en sus costumbres se apartan de él. ¿Dónde se dice esto en la Escritura? Escucha al apóstol Pablo, que, refiriéndose a ellos, afirma: «Dicen que conocen a Dios, pero sus obras lo desmienten» (Tit 1, 16). Estos son los anticristos, porque el que niega a Cristo con sus hechos es un anticristo. Para mí no cuenta lo que dicen, sino que veo cómo viven. Las obras hablan, ¿para qué, pues, buscar palabras?, ¿es que hay algún malvado que no quiera hablar bien? Vamos a ver: a la gente de esta calaña, ¿qué les dice el Señor?: «¡Hipócritas!, ¿cómo podéis vosotros decir cosas buenas, siendo malos?

(Mt 12, 34). Vuestras palabras suenan en mis oídos, pero yo escruto vuestros pensamientos. En ellos veo vuestra malicia y cómo los frutos que mostráis son engañosos. Sé muy bien dónde buscar lo que quiero recolectar: no iré a buscar higos en las zarzas ni uvas en los espinos. A los árboles se les conoce por sus frutos». Mentiroso consumado es el anticristo que confiesa con su boca que Jesús es Cristo y lo niega con sus hechos. Y es mentiroso porque una cosa es lo que dice y otra lo que hace.

9. Hermanos, si hemos de juzgar por las obras, no sólo nos encontraremos con muchos anticristos que ya han aparecido, sino también con muchos otros que aún no se han manifestado, que todavía no han salido a la superficie. Todos los perjuros, defraudadores, adúlteros, borrachos, usureros, traficantes que hay en la Iglesia y todas las cosas que no podemos enumerar, todo ello se opone a la doctrina de Cristo, es contrario a la palabra de Dios. Y como el Verbo de Dios es Cristo, todo lo que se opone a él pertenece al anticristo, porque el anticristo es el que se opone a Cristo. ¿Queréis saber hasta qué punto se resisten a Cristo? Hay veces que hacen alguna cosa mala y empiezan a corregirse. Como no se atreven a blasfemar de Cristo, blasfeman de ministros de este que se atreven a corregirlos. Y si les muestras que las palabras que les dices no son tuyas sino de Cristo, hacen todo lo que pueden para convencerte de lo contrario: de que lo que dices es cosa tuya, no de Cristo. Pero todavía más: si es evidente que dices las palabras de Cristo, también se meten con él y empiezan a recriminarle diciendo: «Entonces ¿cómo y por qué nos ha hecho así?». ¿Es que no hablan así normalmente los hombres convencidos de sus propios hechos? Los que por su mala voluntad se han hecho perversos acusan a su Creador. Y entonces responde el Creador desde el cielo —el que nos hizo y nos ha restaurado—: «¿Qué fue lo que hice al crearte? Yo creé al hombre, no la avaricia; creé al hombre, no el latrocinio; creé al hombre, no el adulterio. Has oído que me alaban mis obras». El himno que salía de la boca de los tres jóvenes era el que los libraba del fuego. Las obras del Señor alaban al Señor. Lo alaba el cielo, la tierra y el mar. Lo alaba todo lo que hay en el cielo: los ángeles, las estrellas, los grandes astros. Lo alaba todo lo que vuela, lo que anda, lo que rept. Todo eso alaba al Señor. ¿Acaso has oído alguna vez que lo alabe la avaricia?, ¿o la ebriedad?, ¿o la lujuria?, ¿o la frivolidad? Si hay algo a lo que no oyes alabar al Señor, es que no lo ha hecho el Señor. Corrige, pues, lo que tú has hecho para que se salve lo que hizo el Señor en ti. Y si no te da la gana hacerlo, y amas y admities tus pecados, es que te opones a Cristo. Y

entonces serás un anticristo tanto si estás dentro como si estás fuera. Dentro o fuera, serás una pura mota de paja. ¿Y por qué no estás fuera? Simplemente porque no ha soplado el viento.

10. Ahora todo está claro, hermanos. Que a nadie se le ocurra decir: «No honro a Cristo, pero sí a Dios su Padre». Pues «todo el que niega al Hijo se queda sin el Padre; y todo el que acepta al Hijo tiene también al Padre». A vosotros, que sois granos, es a quienes se dirige; los que son paja, que lo escuchen con atención y se conviertan en granos. Que cada uno examine su conciencia y, si ama al mundo, que cambie. Que ame a Cristo y deje de ser un anticristo. Si alguien le dice que es un anticristo, se enfada porque cree que se le injuria. Puede, incluso, que le amenace con acudir a la justicia si en una discusión alguien le llama anticristo. Pues bien, a este le dice Cristo: «Ten paciencia. Y si has oído algo falso, alégrate conmigo, porque yo también oigo muchas cosas falsas de los anticristos. Pero si lo que has oído es verdad, admítelo en tu conciencia. Y si tienes miedo de oírlo, ten mucho más miedo de serlo».

3. *Dificultades y tentaciones de la vida cristiana*

11. «Vosotros debéis permanecer fieles a lo que oísteis desde el principio. Si sois fieles a lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que nos ha hecho: la vida eterna». Es posible que busques una recompensa y digas: «Yo ya soy fiel a lo que he oído desde el principio y lo obedezco. Para ser fiel soporto toda clase de peligros, trabajos y tentaciones. ¿Qué fruto, qué recompensa puedo esperar?, ¿qué me dará después, ya que lo único que veo en este mundo es una vida llena de penalidades y tentaciones? Aquí abajo no hay lugar para el descanso. El hecho de ser mortal es un peso para el alma, y el cuerpo que se corrompe la arrastra hacia las cosas terrenas. Pero todo lo soporto para ser fiel a lo que he oído desde el principio. Y diré a mi Dios: 'He cumplido tus mandatos, me he mantenido en tus sendas' (Sal 17, 4). ¿Cuál será, pues, mi recompensa?».

Escucha y no desfallezcas. Y si flaqueas en medio de la prueba, ¡que te dé fuerza la promesa de la recompensa! ¿Hay alguien que esté trabajando en la viña y se olvide del salario que va a recibir? Haz que olvide su recompensa, y le fallarán las manos. El recuerdo de la recompensa hace que se persevere en el trabajo, y eso que el que promete es un hombre y puede fallar. Pues ¡cuánto más fuerte debes ser en el campo de Dios, ya

que tienes la promesa de la Verdad que no puede ser sustituida, ni morir, ni fallar a aquel a quien le ha prometido! ¿Y qué es lo que te ha prometido? Veámoslo. ¿Es acaso oro, eso que tanto desean los hombres aquí abajo, o es acaso plata?, ¿son acaso propiedades que se compren a precio de ese oro que tanto aman los hombres aquí abajo?, ¿son grandes fincas en el campo, amplias casas, muchos criados, gran cantidad de animales? No, no es esta la recompensa que nos promete para que sigamos trabajando. Entonces, ¿cuál es? La vida eterna. Al oírlo habéis gritado de alegría¹⁹. Amad lo que habéis oído y seréis liberados de vuestras penas en el descanso de la vida eterna. Fijaos bien en lo que Dios promete: la vida eterna. Y fijaos también en aquello con lo que Dios amenaza: el fuego eterno. ¿Qué les dice a los que están a su derecha?: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo». ¿Y a los que están a su izquierda?: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25, 34.41). Si todavía no amas lo primero, teme al menos lo segundo.

12. Recordad pues, hermanos míos, que Cristo nos ha prometido la vida eterna. «Y esta es la promesa que él nos ha hecho: la vida eterna. Os he escrito estas cosas para ponerlos en guardia contra los que intentan seducirnos», nos dice Juan. Que nadie os seduzca para llevaros a la muerte. Desead la promesa de vida eterna. ¿Qué es lo que el mundo puede prometer? Que prometa lo que quiera, pero lo promete a alguien que puede morir al día siguiente. ¿Cómo te presentarás, al salir de esta vida, al que permanece para siempre? Me amenaza un hombre poderoso para que haga algo malo. ¿Con qué me amenaza?, ¿con cárceles, cadenas, fuego, tormentos y fieras?, ¿pero me puede amenazar con fuego eterno? Teme de verdad aquello con lo que el Omnipotente te amenaza y desea lo que el Omnipotente te promete. Y entonces el mundo perderá totalmente su valor, tanto si promete como si amenaza.

«Os he escrito estas cosas para ponerlos en guardia contra los que intentan seducirnos; para que sepáis que tenéis la unción, y para que la unción que hemos recibido de él permanezca en nosotros». El efecto sacramental de la unción es la virtud invisible, la unción invisible, el Espíritu santo. La unción invisible es la misma caridad que, esté en quien esté, será para él

¹⁹ Alude a cualquier tipo de manifestación de reconocimiento expresada públicamente por los fieles, probablemente aplausos, mientras predicaba san Agustín.

como una raíz que el sol no podrá secar por mucho que queme. Todo lo que tiene raíces profundas se alimenta con el calor del sol y no se seca.

13. «Vosotros no necesitáis que nadie os enseñe, porque su unción os enseña todas las cosas». ¿Qué hacemos, pues, nosotros cuando os enseñamos? Si su unción os enseña todas las cosas entonces estamos trabajando en vano. Entonces, ¿por qué gritamos tanto? Será mejor que os dejemos en manos de su unción y que sea ella la que os enseñe. Sólo me hago una pregunta, y también se la hago al apóstol —que se digne escuchar a este párvulo que le interroga—. Le pregunto al propio Juan: ¿Tenía la unción la gente a la que hablabas? Tú dijiste que «su unción os enseña todas las cosas». Entonces, ¿por qué escribes esta carta?, ¿por qué les enseñas?, ¿por qué les instruyes?, ¿por qué les edificas?

Hermanos, ¡qué gran misterio para meditar! El sonido de nuestras palabras golpea vuestros oídos, pero el maestro está dentro. No creáis que se aprende algo de otro hombre. Puede que logremos vuestra atención por el ruido de nuestra voz, pero si no está dentro el que instruye, de nada sirve el ruido de nuestras palabras. Hermanos, ¿queréis una prueba?, ¿no habéis entendido todos este sermón?, ¿cuántos saldrán de aquí sin haber comprendido nada? Por lo que de mí depende, he hablado a todos. Pero a quienes esta unción no les hable desde dentro, a quienes el Espíritu santo no les instruya desde dentro, se irán sin haber entendido absolutamente nada. Las enseñanzas externas son una ayuda, una invitación a estar atentos. Pero el que instruye los corazones tiene su cátedra en el cielo. Por eso dice en el evangelio: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, Cristo» (Mt 23, 8-9). Que hable, pues, desde dentro, desde ese lugar adonde nadie entra; porque aunque haya gente a tu alrededor, nadie está en tu corazón. Pero que nunca suceda que no haya «nadie» en tu corazón, sino que Cristo esté en él, que su unción esté en tu corazón, para que no sea un corazón sediento en la soledad, sin fuentes que puedan regarlo. Por consiguiente, el maestro interior es el que enseña: Cristo es quien enseña, su inspiración es quien enseña. Y cuando falta su inspiración y su unción, las palabras que vienen de fuera no sirven para nada.

Hermanos: las palabras que vienen de fuera son lo que el campesino para el árbol, que trabaja externamente, trae el agua y cultiva con esmero. Es cierto que pone algo desde fuera, pero ¿genera por eso el fruto?, ¿acaso reviste la desnudez de las ramas con la sombra de las hojas?, ¿hace acaso algo desde dentro? Entonces, ¿quién lo hace? Escuchad al apóstol,

convertido ahora en campesino, ved lo que somos y oíd al maestro interior: «Yo planté y Apolo regó, pero el que hizo crecer fue Dios. Ahora bien, ni el que planta ni el que riega son nada: Dios, que hace crecer, es el que cuenta» (1 Cor 3, 6-7). Por tanto, os decimos lo siguiente: Tanto si plantamos como si regamos con nuestras palabras, no somos nada. El que hace crecer es Dios, esto es, su unción que os enseña todas las cosas.

CUARTO TRATADO

1 Jn 2, 27-39 9

Resumen

1. La fe es un combate

1. Tanto Cristo como el diablo intentan ocupar nuestro corazón; hagámosle sitio al primero para que expulse al segundo
2. Creed a los testigos de Cristo y sed perseverantes en la fe
3. La vida justa surge de la fe, comienza con la confesión de los pecados y se desarrolla combatiendo contra el demonio

2. Somos hijos de Dios

4. Los hijos de Dios y los hijos del mundo
5. Somos hijos de Dios y, cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a él
6. Preparemos nuestras almas para su venida ensanchándolas y purificándolas mediante el deseo de Dios
7. La esperanza nos lleva a purificarnos. Necesidad de la paciencia y del auxilio divino
8. Iluminados por la fe, permanezcamos en Cristo y evitemos el pecado
9. La fe y la vida justa nos asemejan a Dios
10. El pecado nos asemeja al diablo
11. Nacimos de Adán en pecado, renacemos de Cristo libres del pecado

3. Una pregunta paradójica

12. ¿Cómo es que, siendo de Dios, aún pecamos?

1. ***La fe es un combate***

1. Recordad, hermanos, que ayer terminamos la lección en: «No necesitáis que nadie os enseñe, sino que esa unción os enseña todas las

cosas»²⁰. Estoy seguro de que recordáis que os dijimos que nosotros hablamos a vuestros oídos desde fuera y que somos una especie de hortelanos que cultivan el árbol desde fuera, pero no podemos hacer que crezca ni podemos generar sus frutos. Y que si el que os creó, redimió y llamó, y que habita en vosotros por la fe y el Espíritu santo no os habla desde dentro, nuestro esfuerzo no sirve para nada. ¿Y esto cómo se ve? En que, aunque sean muchos los que escuchan, lo que se dice no convence a todos, sino exclusivamente a aquellos a los que habla el Señor. Y el Señor habla por dentro a los que le hacen sitio, y le hacen sitio los que no se lo hacen al diablo. Pues el diablo quiere habitar en el corazón de los hombres y decirles allí todo lo necesario para seducirlos. ¿Qué dice en cambio el Señor Jesús?: «El príncipe de este mundo ha sido arrojado fuera». ¿Adónde ha sido arrojado?, ¿fuera del cielo y de la tierra?, ¿fuera de los límites de este mundo? No, fuera de los corazones de los creyentes. Expulsado ya el invasor, habite el redentor, porque ha redimido el mismo que ha creado. Y una vez que el diablo está fuera, ya no puede vencer al que reina por dentro. Él ataca fuera lanzando al asalto diferentes tentaciones, pero el que escucha la voz de Dios desde dentro y la unción de la que hemos hablado no cede en absoluto.

2. Y dice Juan que esta unción «es fuente de verdad». Es decir, el mismo Espíritu del Señor que instruye a los hombres no puede mentir. «No es fuente de mentira y os enseña todas las cosas. Así pues, permaneced en él, conforme a lo que os enseñó. Sí, hijos míos, permaneced en él para que, cuando se os manifieste, tengamos plena confianza y no nos veamos avergonzados ante él el día de su gloriosa venida». Mirad, hermanos, nosotros creemos en Jesús, al que no hemos visto y que nos han anunciado los que le vieron, le tocaron y escucharon las palabras de su boca. Estos fueron enviados por él a enseñar al género humano estas verdades, no es que se atrevieran a ponerse en marcha por propia iniciativa. ¿Y adónde han sido enviados? Lo habéis oído cuando se os ha leído el evangelio: «Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura» (Mc 16, 7). Luego los discípulos fueron enviados a todo el mundo, acompañados de signos y prodigios para que se les creyera, porque decían lo que habían visto. Y creemos en alguien que no hemos visto y que esperamos que venga. Todos los que esperan con fe se alegrarán cuando venga, pero los que no creen gritarán cuando venga el

²⁰ Se refiere a la predicación del miércoles de pascua, después de haber cantado el salmo 117.

que ahora no ven. Y esa confusión no durará un solo día, como suele suceder cuando a alguien se le sorprende en alguna falta y es insultado por la gente. Esa confusión situará a los confundidos a la izquierda para que oigan: «Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25, 41). Permanezcamos, pues, en su palabra si no queremos vernos confundidos cuando venga. Pues dijo en el evangelio a los que habían creído en él: «Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente discípulos míos». Y como si le preguntaran cuál sería el fruto, añade: «Así conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32). En efecto, ahora nuestra salvación la tenemos en esperanza, no en realidad, porque aún no poseemos lo que se nos ha prometido, sino que lo esperamos en el futuro. El que lo ha prometido es fiel y no te falla. No desfallezcas tú tampoco y espera la promesa, pues la verdad no puede engañarle. No seas mentiroso. No digas una cosa y hagas otra. Permanece en la fe, que él mantendrá la promesa. Pero si no permaneces en la fe, quien te engañas eres tú, no el que prometió.

3. «Si sabéis que él es justo, reconoced también que todo el que practica la justicia ha nacido de él». Ahora nuestra justicia procede de la fe. Sólo en los ángeles hay justicia perfecta, y casi tampoco en los ángeles si se les compara con Dios. Por tanto, si existe alguna justicia perfecta en las almas y espíritus que Dios ha creado, está en los ángeles, santos, justos y buenos. Estos no se han apartado de Dios por el pecado ni han caído por la soberbia. Han permanecido siempre en la contemplación del Verbo de Dios; sólo hallan dulzura en aquel que los creó. En ellos la justicia es perfecta; en nosotros, en cambio, se encuentra en los comienzos, recién nacida de la fe por obra del Espíritu.

Habéis oído durante la lectura del salmo: «Empezad a cantar al Señor en la confesión» (Sal 146, 7). Fijaos que se dice: «Empezad». Por tanto, nuestra justicia empieza con la confesión de los pecados. Empiezas por no justificar ya tu pecado, y eso es ya un comienzo de la justicia, que alcanzará en ti su perfección cuando ya no te guste hacer otra cosa, cuando la muerte se absorba en la victoria²¹, cuando ya no hormigueo en ti ninguna clase de codicia, cuando ya no tengas que luchar contra la carne ni la sangre, cuando llegue la corona de gloria, el triunfo sobre el enemigo, entonces sí, entonces tu justicia será perfecta. De momento nos toca luchar. Y si luchamos, es que estamos en el estadio. Damos golpes y

²¹ Cf. 1 Cor 15, 54.

también los recibimos. ¿Quién vencerá? Todavía no lo sabemos. Pero vencerá el que, aunque golpee, no confía en sus propias fuerzas, sino en Dios que le exhorta al combate. El diablo nos combate él solo. Si nosotros estamos con Dios, le venceremos. Pero si combates tú solo contra él, te vencerá. Es un enemigo aguerrido. ¿Cuántos trofeos ha ganado? Fijaos dónde nos ha precipitado. Para que naciéramos mortales, expulsó del paraíso a nuestros primeros padres. ¿Qué podemos hacer contra un enemigo tan aguerrido? Pues invocar al Omnipotente contra él. Que habite en ti el Invencible, y vencerás con toda seguridad al que suele vencer. ¿Pero a quiénes suele vencer? A aquellos en los que Dios no habita. Ya sabéis, hermanos, cómo Adán, en el paraíso, despreció el precepto de Dios y alzó su cabeza queriendo ser de algún modo dueño de sí mismo y rehusando someterse a la voluntad de Dios. Pues bien, eso es lo que le hizo perder aquella inmortalidad y felicidad. Pero hubo un hombre muy experto que, aunque era mortal y estaba sentado en un estercolero cubierto de pútridos gusanos, venció al diablo. El propio Adán lo venció, pero fue en la persona de Job, porque Job era de su raza. Así, el Adán vencido en el paraíso triunfó en el estercolero. Estando en el paraíso, oyó la sugerencia de la mujer que le había enviado el diablo. Pero, estando en el estercolero, dijo a la mujer: «Hablas como una mujer estúpida» (Job 2, 10). Allí escucha; aquí responde. Cuando estaba alegre escuchó; y cuando sufría, venció. Fijaos, pues, hermanos, en lo que se dice a continuación en esta carta, porque nos aconseja que venzamos al diablo, pero no por nosotros mismos: «Si sabéis que él es justo, reconoced también que todo el que practica la justicia ha nacido de él», es decir, de Dios, de Cristo. Al decir que «ha nacido de él», nos anima. Porque por haber nacido de él somos perfectos.

2. *Somos hijos de Dios*

4. Escuchad lo siguiente: «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos en verdad». Pues si se les llama y no lo son, ¿de qué les sirve el nombre si detrás no hay ninguna realidad?, ¿a cuántos se les llama médicos y no saben curar?, ¿a cuántos se les llama vigilantes, y se pasan toda la noche durmiendo? Pues también hay muchos que se llaman cristianos, pero que en realidad no lo son porque no son lo que se llaman ni en su vida, ni en sus costumbres, ni en su fe, ni en su esperanza, ni en su caridad. Pero hermanos, ¿qué dice el texto que acabáis de oír?: «Mirad qué amor tan

grande nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos en verdad. El mundo no nos conoce porque no lo ha conocido a él». Todo el mundo es cristiano y también impío. Porque impíos los hay en todo el mundo, y píos también. Y, sin embargo, aquellos no conocen a estos. ¿Y eso cómo lo sabemos? Porque insultan a los que viven como debe ser. Estad alerta y tened los ojos bien abiertos, porque es posible que también los haya entre vosotros. Porque si alguno de vosotros vive santamente, desprecia las cosas de este mundo, no asiste a los espectáculos, no quiere emborracharse a pesar de la costumbre —que ha llegado a ser una especie de rito— y se niega a mancillarse los días santos, cuando se celebra la fiesta de un santo patrón²², lo que es todavía más grave, ¿a qué burlas no se expone de parte de los que hacen todo eso?, ¿se burlarían de él si lo conocieran? Ahora bien, ¿por qué no lo conocen? ¡Pues porque el mundo no lo conoce! ¿Y quién es el mundo? Los que habitan en él, igual que se dice «la casa» para referirse a los que habitan en ella. Ya lo hemos dicho muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo. Cuando tomamos la palabra «mundo» en su mal sentido, no vemos en ella más que a los que aman al mundo. Y, alamarlo, se convierten en sus habitantes. Y siendo sus habitantes, merecen que se les llame así. El mundo no nos conoce porque no conoce a Dios. El Señor Jesús pasó también por este mundo. Era un Dios en la carne, escondido en la debilidad. ¿Y por qué no se le conoció? Porque a todos les echaba en cara sus pecados. Y como ellos amaban las delicias del pecado, no reconocieron a Dios. Y al amar lo que les sugería la fiebre, despreciaban olímpicamente al médico.

5. ¿Y para nosotros, quién es él? De él hemos nacido; pero, como todavía estamos en estado de esperanza, Juan nos dice: «Queridos, desde ahora ya somos hijos de Dios». ¿Desde ahora?, ¿qué más podemos esperar, si somos ya hijos de Dios? Y continúa: «Y aún no se ha manifestado lo que seremos». ¿Es que vamos a ser otra cosa distinta que hijos de Dios? Escuchad lo que sigue: «Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es». ¡Ojalá fuéramos capaces de entender, queridos hermanos! Se trata de un gran misterio: «Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es». Fijaos bien en ese que llama «es», porque sabéis perfectamente quién se llama así. Ese a quien se llama «es» —y que no sólo se llama así, sino que es de verdad— es inmutable. Permanece para

²² Concretamente en Hipona, estando allí san Agustín como sacerdote y luego como obispo, celebraban la fiesta de san Leoncio, fiesta llamada «laetitia», en la que la gente se solía emborrachar.

siempre, no sabe lo que es cambiar, no se corrompe por ningún lado. No progresa, porque es perfecto; ni perece, porque es eterno. ¿Quién es, pues? «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios». ¿Y quién es este? «El que, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable ser igual a Dios» (Flp 2, 6). A este Cristo de condición divina, Verbo de Dios, Hijo único del Padre, los malos no pueden verlo bajo este primer modo de ser. Pero sí pueden verlo en cuanto que el Verbo se hizo carne. Lo verán el día del juicio, porque vendrá para juzgar como vino para ser juzgado. En esta misma forma de hombre, pero Dios: «Porque imaldito quien confía en el hombre!» (Jr 17, 5). Como hombre vino para ser juzgado y como hombre vendrá también para juzgar. Y si no fuese posible verlo, ¿cómo podría decir la Escritura: «Verán al que traspasaron»? (Jn 19, 37). Pues de los impíos se dijo que verán y serán confundidos. ¿Cómo no van a ver los impíos si a unos los pone a la derecha y a otros a la izquierda? A los de la derecha les dice: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo». Y a los de la izquierda: «Id al fuego eterno». Le verán, pero sólo como servidor; como Dios no le verán jamás. ¿Y por qué? Porque son impíos, y el mismo Señor dice: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Veremos, pues, hermanos, algo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar²³: una visión que supera todas las bellezas de la tierra, del oro, de la plata, de los bosques y campos, del mar y del aire, del sol y de la luna, de las estrellas y de los ángeles. Una belleza que todo lo trasciende, porque de ella todas las cosas reciben su belleza.

6. ¿Qué seremos nosotros cuando le veamos?, ¿qué es lo que se nos ha prometido?: «Seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es». La lengua se expresó como pudo; ique el corazón se imagine lo demás! ¿Qué podía decir Juan en comparación con el que es?, ¿qué podremos decir nosotros, hombres con unos méritos que tan poco tienen que ver con los suyos?

Volvamos, pues, a la unción de Cristo, volvamos a esa unción que nos enseña desde dentro lo que nosotros no podemos expresar. Y como no podéis ver desde ahora, que vuestros esfuerzos se conviertan en deseo. Toda la vida del cristiano es un santo deseo. Es indudable que lo que deseas todavía no lo ves, pero el deseo te capacita para acoger en plenitud,

²³ Cf. 1 Cor 2, 9.

cuando venga, a aquel que vas a ver. Supongamos que quieres meter algo en un saquito y que sabes lo grande que es lo que vas a recibir. Entonces vas y agrandas ese saco, una bolsa, un odre o cualquier otro objeto parecido. Sabes muy bien lo grande que es lo que vas a meter y ves que el saquito es pequeño. Entonces lo agrandas y aumentas su capacidad. Pues Dios hace lo mismo. Nos hace esperar y así aumenta el deseo; al aumentar el deseo agranda el alma, y agrandando el alma la hace más capaz. Deseemos, pues, hermanos, porque seremos llenados hasta rebosar. Contemplad cómo Pablo agranda su saquito para poder meter en él lo que ha de venir. Porque afirma: «No pretendo decir que haya alcanzado la meta o haya conseguido la perfección». ¿Qué haces entonces en la vida si no has alcanzado ninguna de esas dos cosas? «Pero, eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante y corro hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto por medio de Cristo Jesús» (Flp 3, 12.13-14). Dice que se lanza de lleno y que corre con toda su alma hacia la meta que tiene que alcanzar. Se sentía demasiado pequeño para captar «lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar». Nuestra vida consiste justamente en eso, en ejercitarnos en desear. Y tanto más nos ejercitaremos en desear cuanto más desprendamos nuestros deseos del amor al mundo. Ya hemos dicho anteriormente: «Vacía totalmente lo que tienes que llenar». Tienes que llenar tu alma del bien, pues vacíala del mal. Imagina que Dios te quiere llenar de miel. Si estás lleno de vinagre, ¿dónde se va a meter la miel? Primero hay que vaciar el recipiente de lo que tiene y dejarlo bien limpio. Hay que esforzarse en fregarlo bien para poder meter en él otra cosa. Puede que no demos a esa realidad su nombre correcto, puede que la llamemos oro o incluso vino; puede que intentemos decir lo que no se puede decir. Pues bien, al margen del nombre que le queramos poner, esa realidad se llama Dios. Y cuando decimos Dios, ¿qué es lo que decimos?, ¿acaso es este vocablo todo lo que esperamos? Todo lo que nosotros podemos decir se queda muy corto en comparación con la realidad: hagámonos, pues, más grandes para que nos llene cuando venga. «Seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es».

7. «Todo el que tiene en él esta esperanza...». Fijaos cómo Juan nos sitúa en la esperanza. Observad cómo el apóstol Pablo coincide con su hermano en el apostolado: «Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza, pues ¿quién espera lo que tiene ante los ojos? Pero si esperamos lo que no vemos, estamos aguardando con paciencia» (Rom 8,

24-25). La paciencia estimula el deseo. Permanece tú, pues él también permanece. Y sigue adelante hasta que llegues, porque el lugar adonde vas no se moverá. Fijaos: «Todo el que tiene en él esta esperanza se purifica a sí mismo, como él es puro». Mirad cómo no desdena el libre albedrío, puesto que dice: «Se purifica a sí mismo». ¿Quién nos purifica, sino Dios? Pero Dios no te purifica si tú no lo quieres. Por tanto, sólo puedes purificarse uniendo tu voluntad a la de Dios. Te purificas, aunque no por ti mismo, sino por el que viene a habitar en ti. Pero como también haces algo con tu voluntad, algo también se te atribuye. Por eso también participas, de manera que puedes decir con el salmista: «Sé mi auxilio, ioh Dios, salvador mío!» (Sal 26, 9). Si dices: «Sé mi auxilio», es que vas a hacer algo. Porque si no vas a hacer nada, ¿cómo va a ayudarte?

8. «Todo el que peca, se hace culpable de la iniquidad». Que nadie diga: «Una cosa es el pecado y otra la iniquidad». Que nadie afirme: «Soy pecador, pero no inicuo»²⁴. Porque «todo el que peca, se hace culpable de iniquidad. Porque el pecado es la iniquidad». ¿Qué haremos de nuestros pecados y de nuestras iniquidades? Escucha lo que dice Juan: «Sabéis que él se ha manifestado para borrar los pecados, y que en él no hay pecado». El que no tiene pecado vino para eliminar el pecado. Pues si en él hubiera pecado, habría que quitárselo a él, y él no lo podría quitar. «El que permanece en él no peca». En la medida en que permanece en él, en esa misma medida no peca. «Todo el que peca, ni lo ha visto ni lo ha conocido». He aquí un gran problema: «Todo el que peca, ni lo ha visto ni lo ha conocido». ¿No es sorprendente? Nosotros no lo hemos visto, pero lo veremos; no lo conocemos, pero lo conoceremos. Creemos en alguien que no conocemos. ¿Diremos que lo conocemos por la fe, pero todavía no por la visión? Pero la fe nos permite verlo y conocerlo. Si realmente la fe no ve aún, ¿por qué se nos llama «iluminados»? Hay una iluminación que viene de la fe y otra de la visión. Mientras somos caminantes, caminamos en la fe y no en la visión²⁵. Por tanto, nuestra justicia procede también de la fe y no de la visión. Nuestra justicia será perfecta cuando gocemos de la visión. Pero, de momento, procuremos no abandonar esta justicia que viene de la fe, porque «el justo vive de la fe» (Rom 1, 17), como nos dice el apóstol. «El que permanece en él, no peca». Porque «todo el que peca, ni lo ha visto ni

²⁴ San Agustín trata de evitar que se confundan pecado e iniquidad. Combate el error de los llamados «misericordiosos».

²⁵ Cf. 2 Cor 5, 7.

lo ha conocido». El que peca, no cree. Porque si cree, no peca, mientras dependa de su fe.

9. «Hijos míos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como él es justo». Cuando oímos que somos justos «como él es justo», ¿es que vamos a creer que somos iguales a Dios? Tenemos que entender lo que significa ese «como». Hace un instante Juan nos ha dicho: «Se purifica a sí mismo, como él es puro». ¿Es que nuestra pureza va a ser igual e idéntica a la de Dios, y nuestra justicia también?, ¿quién se atreverá a decirlo? No, en el lenguaje normal «como» no se utiliza siempre para significar la igualdad. Aclarémoslo con un ejemplo: supongamos que alguien que ha visto esta iglesia grande quiere construir otra más pequeña, pero respetando su proporción y sus medidas. Es decir, si esta es el doble de larga que de ancha, construirá otra que sea la mitad de larga que de ancha. Podremos decir, en este caso, que ha construido una iglesia *como* aquella. Pero esta tenía, por ejemplo, cien codos y aquella treinta. Resulta que es a la vez igual y desigual. Por consiguiente, «como» no siempre implica paridad o igualdad. Otro ejemplo: fijaos en la diferencia que existe entre el rostro del hombre y su imagen en un espejo. En un caso, es el rostro en imagen; en el otro, el rostro en el cuerpo; en el primero, una imagen que reproduce la realidad; en el segundo, el cuerpo de verdad. ¿Y qué decimos nosotros? Pues que aquella tiene ojos *como* este; aquella tiene orejas *como* este. La realidad es distinta, pero el adverbio «como» denota semejanza.

Nosotros también tenemos la imagen de Dios, pero no la misma que tiene el Hijo igual al Padre. Por tanto, si también nosotros, en la medida de nuestras pobres posibilidades, no fuéramos «como» él, no se podría decir de ningún modo que somos semejantes a él. Él, pues, nos purifica, «como» él es puro. Pero él es puro desde toda la eternidad y nosotros somos puros por la fe. Somos justos «como» él es también justo. Pero él es justo en su duración inmutable, mientras nosotros lo somos creyendo en aquel a quien no vemos para poderlo ver un día. Pero incluso cuando nuestra justicia sea perfecta y cuando seamos iguales a los ángeles, tampoco entonces será igual a la de Dios. ¡Mucha distancia nos separa de Dios, pues ni siquiera entonces habrá igualdad!

10. «El que peca pertenece al diablo, porque el diablo peca desde el principio». Sabéis muy bien lo que significa «pertenece al diablo»: que lo imita. Porque el diablo no ha hecho, ni engendrado, ni creado a nadie;

pero el que lo imita es como si hubiera nacido de él, se hace su hijo porque lo imita y no, en sentido propio, porque ha nacido de él. ¿Cómo eres tú hijo de Abrahán?, ¿es porque descienes de Abrahán? De ningún modo, sino igual que los judíos, que son hijos de Abrahán sin imitar su fe y se han convertido por ello en hijos del diablo. Han nacido de la carne de Abrahán, pero no han imitado su fe. Ahora bien, si todos los hijos de Abrahán han sido desheredados por no imitar su fe, tú, que no has nacido de él, puedes ser hijo suyo si lo imitas. Y si imitas al diablo, siendo soberbio como él e impío con el Señor, serás hijo del diablo porque lo imitas y no porque te haya creado o engendrado.

11. «Y el Hijo de Dios se manifestó...». Sí, hermanos, todos los pecadores, en cuanto pecadores, han nacido del diablo. Adán fue creado por Dios, pero cuando hizo caso al diablo, nació del diablo, y todos los de su raza son como él. Hemos nacido con la concupiscencia. Y antes de que le añadamos nuestras culpas, ya nacemos como hijos de esta condena. Pues si no nacemos con pecado, ¿por qué nos damos tanta prisa en bautizar a los niños para librarlos de él? Hermanos, considerad, pues, atentamente estos dos nacimientos: Adán y Cristo. Los dos son hombres, pero uno es hombre-hombre y el otro es hombre-Dios. Por el hombre-hombre somos pecadores y por el hombre-Dios somos justificados. El primer nacimiento nos condujo a la muerte; el segundo, nos trajo la vida. Aquel nacimiento lleva consigo el pecado; este libra de él. Cristo vino para quitar los pecados del hombre. «Y el Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del diablo».

3. *Una pregunta paradójica*

12. Todo lo demás, queridos hermanos, lo dejo a vuestra consideración, porque tengo miedo de cansaros. Pero hay una cuestión que nos esforzamos en resolver, y es que nos confesamos pecadores, pues si alguien dice que no tiene pecado es un mentiroso. En la carta del mismo Juan se dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Acordaos también de lo anterior: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Y a continuación oyes lo siguiente: «El que ha nacido de Dios no peca. El que comete pecado no le vio ni conoció. Todo el que comete pecado pertenece al diablo». El pecado no viene de Dios. Una vez más, Juan nos pone en apuros. ¿Cómo es

posible que hayamos nacido de Dios y nos confesemos pecadores?, ¿o es que hemos de decir que no hemos nacido de Dios? Y entonces, ¿para qué sirven los sacramentos en los niños? Pero, ¿qué fue lo que dijo Juan?: «El que ha nacido de Dios no peca». Y también dijo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». ¡Enorme y angustiosa cuestión! Queridos hermanos, os la planteo para que tratéis de resolverla.

QUINTO TRATADO

1 Jn 3, 9-17

Resumen

1. ¿Cómo es posible que quienes somos cristianos sigamos pecando?
 1. ¿Cómo conciliar la afirmación de que todos somos pecadores con la de que quien ha nacido de Dios no peca?
 2. La raíz de todo pecado es la falta de amor al hermano
 3. El único pecado que no puede perdonarse es no amar al Prójimo
 4. Nuestro amor debe crecer hasta que se haga perfecto y nos capacite para dar la vida por los hermanos, como Cristo hizo
 5. Varios personajes de la Escritura ejemplifican el amor que Cristo nos enseña
 6. Por el bautismo nacemos a la nueva vida del amor perfecto
2. El amor es la característica primera de los hijos de Dios
 7. Quien ama es hijo de Dios, quien no ama es hijo del demonio
 8. El amor es incompatible con la envidia, pues ésta produce odio
 9. Los que aman el mundo no pueden amar a sus hermanos
 10. Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien odia a su hermano es un asesino y permanece en la muerte
3. Origen y primeros pasos del amor
 11. Cristo ha dado su vida por nosotros; nosotros debemos darla por los hermanos.
 12. Compartir los bienes con los necesitados es el comienzo del amor

13. Exhortación a no olvidar lo que se ha escuchado y a estar atentos a lo que todavía queda por decir

1. *¿Cómo es posible que quienes somos cristianos sigamos pecando?*

1. Os ruego que me prestéis toda vuestra atención, porque lo que vamos a tratar no es un tema baladí. Ayer me escuchasteis atentamente y no tengo la menor duda de que hoy todavía lo vais a hacer mejor.

No es nada fácil conciliar lo que dice ahora Juan en esta carta: «El que ha nacido de Dios no peca», con lo que ha dicho antes en la misma carta: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1, 8). ¿Qué puede hacer el que se encuentra atrapado entre estas dos afirmaciones? Porque si dice que es pecador, teme que se le pueda replicar: «Luego no has nacido de Dios, porque está escrito: 'El que ha nacido de Dios no peca'». Y si dice que es justo y que no tiene pecado, choca con este otro pasaje de la carta: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Se halla, pues, entre dos fuegos y no sabe qué decir, ni qué confesar, ni qué profesar. Pues profesar que no se tiene pecado es realmente peligroso. Y no sólo peligroso, sino que es también mentira, pues: «Nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros si decimos que no tenemos pecado». ¡Ojalá no tuvieras pecado y pudieras decirlo! Porque entonces dirías la verdad y no temerías manifestar sombra alguna de iniquidad. Pero haces mal si lo dices, porque eso es mentira. Y es que Juan dice: «La verdad no está en nosotros si decimos que no tenemos pecado». No dice «no hemos tenido», para que no parezca que nos referimos a nuestra vida pasada. Este hombre tuvo pecados, pero desde que ha nacido de Dios, ha empezado a no tenerlos. Si así fuera, no nos preocuparía tanto esta cuestión. Porque diríamos: «Hemos sido pecadores, pero ya hemos sido justificados; hemos tenido pecado, pero ya no lo tenemos». Pero no dice esto. ¿Qué dice entonces? «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Y un poco después: «El que ha nacido de Dios no peca». ¿Es que el propio Juan no había nacido de Dios? Si no ha nacido de Dios el que reclinó su cabeza, como sabéis, sobre el pecho del Señor, ¿habrá alguien que se atreva a decir que ha recibido la regeneración que no habría merecido el que reclinó su cabeza en el pecho del Señor?,

¿acaso el que el Señor amaba más que a los otros, es el único que el Espíritu no ha regenerado?

2. Atended a lo que os voy a decir. Os confío mi perplejidad para que por vuestra intención, que es una oración por mí y por vosotros, Dios nos ilumine y abra una puerta de salida. Que la palabra que se ha predicado y escrito exclusivamente para nuestra medicina y salvación no sea para nadie motivo de caída.

Dice Juan: «Todo el que peca se hace culpable de la iniquidad». Puede ser que pienses: «El pecado es la iniquidad». O que digas: «Soy pecador, pero no inicuo». «Porque el pecado es la iniquidad. Sabéis que él se ha manifestado para borrar los pecados, y que en él no hay pecado». ¿Pero de qué nos sirve que él haya venido sin pecado? «El que permanece en él, no peca. Todo el que peca, ni lo ha visto ni lo ha conocido. Hijos míos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como él es justo». Ya hemos dicho que, normalmente, el adverbio «como» significa cierta semejanza, no igualdad. «El que peca pertenece al diablo, porque el diablo peca desde el principio». Dijimos eso porque el diablo no ha creado ni engendrado a nadie, pero quienes lo imitan es como si nacieran de él. «Y el Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del diablo». El que no tiene pecado es el que ha venido para borrar los pecados.

Se dice a continuación: «El que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla divina permanece en él; no puede pecar, porque ha nacido de Dios». Esta afirmación nos atañe profundamente. ¿Cabría pensar que, al decir «no peca», Juan alude a un pecado concreto y no a todos los pecados? Porque, al decir: «El que ha nacido de Dios no peca», es posible que quepa pensar en un pecado que no pueda cometer el que ha nacido de Dios. Y que se trate de un pecado que, si se le comete, consolida a los demás; y si no se le comete, destruye a los otros. ¿Qué pecado es este? Obrar contra el mandamiento. ¿Y cuál es este mandamiento?: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros» (Jn 13, 34). Estad atentos. Este mandamiento de Cristo se llama amor, y este amor borra los pecados. Si no se tiene este amor se comete un pecado grave, que es además la raíz de todos los pecados.

3. Hermanos, poned atención. Os hemos propuesto algo que, si se entiende bien, resuelve el problema. ¿Pero vamos a caminar solamente con los que van más aprisa? No, porque no hay que abandonar a los que

van más despacio. Tratemos de decir eso mismo de forma que todo el mundo lo pueda comprender.

Hermanos, creo que nadie entra en la Iglesia porque sí, que nadie busca en ella intereses temporales, que no ingresa en ella por asuntos seculares, sino porque le preocupa salvar su alma. Si entra en ella es para conseguir el bien eterno que se le ha prometido y tener los medios para lograrlo. Ha de pensar, pues, muy bien cómo andar por el camino para no quedarse, para no retroceder, para no perderse, no sea que claudique y no llegue. El que está preocupado por llegar, tanto si es lento como si es rápido, que no se aparte del camino. Os he dicho que las palabras «el que ha nacido de Dios no peca» tal vez Juan quiso entenderlas en referencia a algún pecado concreto. Porque, de no ser así, se opondrían a estas otras: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Así se puede resolver el problema. Hay un pecado concreto que no puede cometer el que ha nacido de Dios y que, si no se comete, se borran todos los demás, y si se comete se consolidan todos los otros.

¿De qué pecado se trata? Actuar contra el mandamiento de Cristo, contra la alianza nueva. ¿Cuál es el mandamiento nuevo? «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros».

Que no se atreva a gloriarse y a decir que ha nacido de Dios el que actúa contra la caridad y el amor fraterno. Porque no es posible que pueda cometer determinados pecados quien ha sido constituido en el amor fraterno, sobre todo el de odiar a su hermano. ¿Pero qué pasa con los demás pecados, de los que se dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros»? La Escritura nos asegura en otro pasaje: «El amor alcanza el perdón de muchos pecados» (1 Pe 4, 8).

4. Recomendamos, pues, el amor, que es lo que también recomienda la carta. La pregunta «¿Me amas?», ¿no fue la que Jesús le hizo a Pedro después de la resurrección? Y no sólo se la hizo una vez, sino dos y hasta tres. Ciertamente que a la tercera vez Pedro se puso triste pensando que el Señor no se fiaba de él, como si ignorase lo que pasaba en su corazón. No obstante, el Señor le hizo tres veces la misma pregunta. Tres veces negó el temor; tres veces confesó el amor²⁶. Es evidente que Pedro

²⁶ Cf Jn 21, 15-17.

ama al Señor. ¿Qué va a darle Pedro?, ¿no estaba turbado también el salmista cuando se preguntaba: «Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho»? El que así se expresaba en el salmo veía todo lo que Dios le había dado y se preguntaba cómo pagarle al Señor. Pero no sabía cómo. Pues todo aquello con lo que quieras pagarle, lo has recibido de él para que lo devuelvas. ¿Qué se le ocurrió para pagarle? Como ya hemos dicho, hermanos, se le ocurrió pagarle con lo que había recibido: «Levantaré la copa de la salvación invocando su nombre» (Sal 116, 12-13). Pues ¿quién le había dado el cáliz de salvación sino el mismo a quien quería pagar? Ahora bien, levantar la copa de la salvación e invocar el nombre del Señor es rebosar de amor, estar tan rebosantes que no sólo no odias a tu hermano, sino que estás dispuesto a morir por él. Es un amor tan perfecto, que estás dispuesto a morir por el hermano. Es el mismo amor que el Señor manifestó al morir por todos, al orar por los que le crucificaban y al decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Ahora bien, si él fue el único que lo hizo, no fue realmente un maestro, porque no tuvo discípulos. Pero sí los tuvo, porque lo hicieron después. Mientras le apedreaban, Esteban cayó de rodillas y dijo: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hch 7, 60). Amaba a quienes le mataban, porque moría por ellos. Escucha también al apóstol Pablo: «Así que gustosísimamente me gastaré y me desgastaré por vosotros» (2 Cor 12, 15). Recordad que él era uno de aquellos por los que Esteban oraba mientras moría por sus manos.

Este es el amor perfecto. Pues si hay alguien que ama tanto que está dispuesto incluso a morir por sus hermanos, es que su amor es perfecto. ¿Acaso es ya perfecto desde que nace? Nace para perfeccionarse. Primero nace, luego se alimenta, a continuación se fortalece con el alimento y, una vez fortalecido, se perfecciona. Y cuando ya está perfeccionado, ¿qué es lo que dice?: «Para mí la vida es Cristo y morir significa una ganancia. Por una parte, deseo la muerte para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; por otra, seguir viviendo en este mundo es más necesario para vosotros» (Flp 1, 21-24). Quiere vivir por los mismos por los que está dispuesto a morir.

5. Y para que sepáis que ese es el amor perfecto, que no viola ni peca contra él quien ha nacido de Dios, el Señor dice a Pedro: Pedro, ¿me amas?». Y Pedro responde: «Sí, te amo». No le dice: «Si me amas, obedéceme». Pues cuando el Señor vivía en carne mortal tuvo hambre y sed. Y en ese tiempo en que tenía hambre y sed se le dio hospitalidad. Los

que tenían le dieron de sus bienes, como leemos en el evangelio²⁷. Zaqueo lo recibió en su casa y, al recibir al médico, se salvó de su enfermedad. ¿De qué enfermedad? De la avaricia. Zaqueo era muy rico y jefe de los publicanos. Miradlo bien, ya está curado de la enfermedad de la avaricia:

«Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más» (Lc 19, 6-8).

Guarda la mitad de sus bienes no para disfrutar de ellos, sino para pagar sus deudas. Zaqueo da hospitalidad al médico, porque el Señor ha asumido la flaqueza de la carne para que los hombres puedan prestarle estos servicios materiales. Así podía obsequiar a los que le ayudaban, que eran los que salían beneficiados y no él. ¿Acaso necesita la ayuda de los hombres aquel a quien sirven los ángeles? Incluso Elías, su servidor, podía prescindir de esta ayuda, cuando una vez el Señor le envió pan y carne por medio de un cuervo. También envió el Señor al siervo de Dios para bendecir a una viuda religiosa y fue alimentado por la viuda a la que Dios alimentaba en secreto²⁸. Por tanto, aunque en la asistencia que ellos prestan a los servidores de Dios cuya indigencia socorren, los hombres tienen su propia ventaja en virtud de la recompensa que el Señor promete tan claramente en el evangelio: «El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo; y quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños por ser discípulo mío, os aseguro que no se quedará sin recompensa» (Mt 10, 41-42), hay algunos servicios que no podrían prestar a quien iba a subir al cielo. ¿Qué podía hacer por él ese Pedro que tanto le amaba? Fijaos en lo que escucha: «Apacienta mis ovejas». Es decir: «Haz por tus hermanos lo que yo he hecho por ti. A todos les he redimido con mi sangre. No dudéis en morir confesando la verdad para que os imiten los demás».

6. Ya hemos indicado, hermanos, que este es el verdadero amor. Lo tiene el que ha nacido de Dios. Estad atentos; fijaos en lo que voy a decir.

Cuando un bautizado recibe el sacramento del nacimiento, recibe un sacramento, un gran sacramento divino, santo e inefable. Fíjate bien: tan grande que crea un hombre nuevo por el perdón de todos sus pecados. Pero que escrute bien su corazón para comprobar si en él se ha realizado lo

²⁷ Cf. Lc 8, 3.

²⁸ Cf. 1 Re 17, 4-9.

que ha acontecido en su cuerpo. Que mire si tiene amor y, si es así, que diga: «He nacido de Dios». Y si no lo tiene, está ciertamente en posesión del carácter del sacramento que se le ha administrado, pero no deja de ser un desertor. Que tenga amor; y si no lo tiene, que no diga que ha nacido de Dios. Pero dice que tiene el sacramento. Escucha al apóstol: «Aunque conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy» (1 Cor 13, 2).

2. *El amor es la característica primera de los hijos de Dios*

7. Ya os dije cuando empezamos a comentar esta carta que lo que más nos recomienda es el amor. Y si parece que dice alguna otra cosa, es siempre para volver al mismo sitio, porque quiere referir al amor todo lo que dice. Veamos si en este caso hace lo mismo. Atiende: «El que ha nacido de Dios no peca». Nos preguntamos qué pecado, porque si se tratara de cualquier clase de pecado, entraría en contradicción con este otro pasaje: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Que nos diga, pues, de qué pecado se trata, ¡que nos instruya! Tal vez yo me haya precipitado al decir que este pecado era una trasgresión del amor, ya que Juan ha dicho antes: «El que odia a su hermano está en las tinieblas y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado sus ojos» (1 Jn 2, 11). Pero es posible que precisara algo más a continuación, al decir expresamente que se trata del amor. Ved dónde termina ese meandro de palabras, a qué conclusión llega. «El que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla divina permanece en él». La semilla de Dios, o sea, la palabra de Dios, lo que hace decir al apóstol: «He sido yo el que os he hecho nacer a la vida cristiana por medio del Evangelio» (1 Cor 4, 15). «Y no puede pecar, porque ha nacido de Dios». ¡Pues bien, que ahora nos diga y nos haga ver en qué no puede pecar! «La distinción entre los hijos de Dios y los hijos del pecado es esta: quien no practica Injusticia, y quien no ama a su hermano, no es de Dios». La respuesta está ya bien clara en estas palabras: «Quien no ama a su hermano». El amor es, pues, lo único que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Puede que todos se persignen con la señal de la cruz, puede que todos respondan amén, que todos canten aleluya, que se bauticen, que entren en las iglesias, que construyan los muros de las basílicas. Pero, a la hora de la verdad, el amor es lo único que distingue a

los hijos de Dios de los hijos del diablo. Los que tienen amor han nacido de Dios, los que no lo tienen no han nacido de él. He aquí el gran signo, he aquí el gran discernimiento. Ten lo que quieras, pero si esto te falta, lo demás no te servirá para nada. En cambio, si te falta todo lo demás, pero tienes amor, has cumplido la ley. Dice el apóstol: «El que ama al prójimo ha cumplido la ley»; y continúa: «En resumen, el amor es la plenitud de la ley» (Rom 13, 8. 10).

Creo que esta es la perla que buscaba el comerciante del evangelio. La encontró y vendió todo lo que tenía para comprarla²⁹. El amor es esa perla preciosa que, si no la tienes, de nada te sirve todo lo demás; y si es lo único que tienes, con eso te basta. Ahora ves con la fe, entonces verás con la visión. Y si ahora que no vemos nos amamos, ¿cómo serán nuestros abrazos cuando veamos? ¿Pero en qué nos hemos de ejercitar? En el amor fraterno. Porque tú me puedes decir: «No he visto a Dios». ¿Pero acaso me podrás decir que no has visto al hombre? Ama al hermano. Pues si amas al hermano a quien ves, verás al mismo tiempo a Dios, porque verás al amor mismo, y Dios habita en él.

8. «Quien no practica la justicia y quien no ama a su hermano no es de Dios. Porque el mensaje —fijaos dónde lo sustenta—, porque el mensaje que hemos recibido desde el principio es que debemos amarnos los unos a los otros». Nos hace ver aquí de dónde saca su enseñanza: el que actúa contra este mandamiento comete aquel pecado criminal en el que caen los que no han nacido de Dios. «No como Caín, que era del maligno, y mató a su hermano. Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas». Luego donde hay envidia es imposible que haya amor fraterno. Prestad atención, hermanos. El que envidia, no ama. El pecado del diablo está en él, porque el diablo hizo caer al hombre por envidia. Pues él cayó y tuvo envidia del que se mantenía en pie. No lo hizo caer, pues, para mantenerse él en pie, sino para no caer él solo. Tened bien claro en vuestro corazón, por este ejemplo, que en el amor no puede haber envidia. Se ve claramente en el elogio que hace Pablo del amor: «El amor no tiene envidia» (1 Cor 13, 4). Caín no tuvo amor, y si Abel no lo hubiera tenido, Dios no hubiera aceptado su sacrificio. Los dos ofrecieron un sacrificio: uno, los frutos de la tierra; el otro, los corderos. ¿Creéis, hermanos, que Dios despreció los frutos de la tierra y apreció los corderos? Dios no miró las manos, sino el

²⁹ Cf. Mt 13,46.

corazón. Al ver que uno hacía la ofrenda con amor, miró favorablemente su sacrificio. Y al ver que el otro la hacía con envidia, aparta los ojos de su sacrificio. Por tanto, lo que Juan llama obras buenas de Abel no es sino el amor, y lo que llama obras malas de Caín no es sino el odio contra su hermano. No le bastaba con odiar a su hermano y tuvo envidia también de sus obras buenas. Y como no quería imitarlo, lo quiso matar. Esto demuestra que él era hijo del diablo y que su hermano era hijo de Dios. Hermanos míos, esto es lo que distingue a los hombres. Que nadie se fije en las palabras, sino en los hechos y en el corazón. Si no hace el bien a sus hermanos, está bien claro qué hay dentro de él. La tentación es lo que pone a prueba a los hombres.

9. «No os extrañéis, hermanos, si el mundo os odia». ¿Será preciso que os vuelva a repetir quién es el mundo? No es el cielo, ni la tierra, ni estas obras que Dios hizo, sino aquellos que aman al mundo. Puede que al repetir estas cosas tantas veces a algunos le resulte un poco pesado, pero no las repito en vano, porque resulta que si les preguntara si las he dicho, seguramente no responderían. Las repetiré, pues, para que los oyentes retengan algo en sus corazones. ¿Quién es el mundo? En sentido negativo, mundo son aquellos que aman al mundo; cuando se alaba al mundo, sin embargo, se trata del cielo y la tierra y las obras de Dios que hay en ellos. Por eso se dice: «El mundo fue hecho por él» (Jn 1, 10). Pero el mundo es también la plenitud de la tierra, como dice el mismo Juan: «Él ha muerto por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo» (1 Jn 2, 2). Del mundo, es decir, de todos los fieles repartidos por la tierra. Pero en sentido negativo, mundo son los que aman al mundo. Los que aman al mundo no pueden amar a su hermano.

10. «Sabemos que el mundo nos odia». ¿Qué es lo que sabemos? «Que hemos pasado de la muerte a la vida». ¿Y por qué lo sabemos? «Porque amamos a nuestros hermanos». No hay por qué preguntar a nadie, que cada uno penetre en su corazón y, si allí encuentra amor fraterno, es que ha pasado de la muerte a la vida. Ya está a la derecha, que no se preocupe si su gloria está todavía oculta, porque, cuando venga el Señor, él aparecerá en la gloria. Está en pleno vigor, pero todavía es invierno; la raíz está pletórica de fuerza, pero las ramas son como madera seca; la savia tiene fuerza dentro del árbol, las hojas y los frutos están también dentro de él, pero esperan que llegue el verano. Por tanto, «sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El

que no ama, permanece en la muerte». No creáis, hermanos, que es irrelevante odiar o no amar. Escuchad lo que sigue: «Todo el que odia a su hermano es un homicida». Pues si alguien toma a la ligera el odio a su hermano, ¿no tomará también a la ligera el homicidio en su corazón? Todavía no ha movido sus manos para matar a nadie y el Señor ya lo considera un homicida; aún vive aquel, y este ya es considerado un asesino. «Todo el que odia a su hermano es un homicida, y sabéis que ningún homicida posee vida eterna».

3. *Origen y primeros pasos del amor*

11. «En esto hemos conocido lo que es el amor». Se refiere a la perfección del amor, esa perfección que ya os recomendamos. «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros hemos de dar la vida por nuestros hermanos». Esto es lo que explica: «Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas». Pero para que sepáis que quería que apacentara a sus ovejas hasta dar su vida por ellas, le dijo a continuación: «Te aseguro que, cuando eras más joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas donde querías; mas, cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te conducirá a donde no quieras ir. Jesús dijo esto —prosigue el evangelista— para indicar la clase de muerte con la que Pedro daría gloria a Dios» (Jn 21, 15-19). Y todo eso para enseñar a aquel a quien le había dicho: «Apacienta mis ovejas», que había de morir por ellas.

12. Hermanos, ¿dónde empieza el amor? Atended todavía un poco. Ya sabéis dónde está la perfección, pues el mismo Señor nos dice en el evangelio cuál es su finalidad y su medida: «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Él nos dice, pues, en el evangelio dónde está la perfección y aquí, en esta carta, nos invita a alcanzarla. Pero vosotros os preguntáis diciendo: «¿Cuándo podremos tener este amor?» ¡No te desesperes tan pronto de ti mismo! Puede que el amor ya haya nacido en ti, pero que todavía no sea perfecto. Aliméntalo para que no se ahogue. Pero me dirás: «¿Y cómo lo sé?» Ya sabemos dónde está la perfección, veamos ahora cómo comienza.

Juan sigue diciendo: «Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?». Aquí es donde comienza el amor. Si todavía no estás dispuesto a morir por tu hermano, sé al menos capaz de darle tus bienes. Que el amor conmueva tus entrañas para que no lo hagas por ostentación,

sino por la sobreabundancia de misericordia que brota de tu corazón. Que ella te haga estar siempre alerta a la necesidad de tu hermano. Pues si no eres capaz de darle a tu hermano de lo que te sobra, ¿cómo vas a dar la vida por él? Los ladrones pueden robarte el dinero que atesoras. Y si no te lo roban los ladrones, cuando te mueras lo dejarás ahí, si es que no lo pierdes ya mientras vives. ¿Qué vas, pues, a hacer? Tu hermano tiene hambre, pasa necesidad; puede que esté esperando ansioso, agobiado por algún acreedor. Él no tiene, pero tú sí. Es tu hermano, los dos habéis sido comprados a la vez por el mismo precio, ambos habéis sido redimidos por la sangre de Cristo. Venga, hombre, compadécete si tienes bienes materiales. Quizás digas: «¿Y qué tengo yo que ver con esto?, ¿voy a darle mi dinero para quitarle un problema?». Si es esto lo que te responde tu corazón, es que el amor de Dios no está en ti. Y si el amor de Dios no está en ti, es que no has nacido de Dios. ¿Por qué estás entonces orgulloso de ser cristiano? De cristiano tienes el nombre, pero no los hechos. Mas si al nombre le siguen los hechos, aunque te puedan llamar pagano, tú estarás demostrando con tus hechos que eres cristiano. Pues si no demuestras con tus hechos que eres cristiano, ¿de qué te sirve que todos te llamen cristiano, que te den ese nombre, si tras de él no hay nada? «Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?». Y continúa: «Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad».

13. Creo que os he mostrado, hermanos, lo grande y necesaria que es esta misteriosa realidad. Toda la Escritura insiste en lo mucho que vale el amor, pero dudo que haya otro sitio en que lo subraye más que en esta carta. Os rogamus y suplicamos en el Señor que conservéis en vuestra memoria las verdades que habéis oído, pero que sigáis estando muy atentos y escuchéis con mucha atención lo que todavía nos queda por decir hasta que se acabe esta carta. Abrid vuestro corazón a las buenas semillas. Arrancad los espinos para que no sofoquen en vosotros lo que se siembra, sino que crezca la mies. Que se alegre el agricultor y os prepare el granero como al trigo, no el fuego como a la paja.

SEXTO TRATADO

1 Jn 3, 18-4, 3

Resumen

1. Sobre el amor auténtico

1. Es necesario alimentar el amor para que llegue a la perfección
2. Algunos hacen cosas por Dios o por el prójimo sin que su motivo real sea el amor
3. Debemos examinar nuestra conciencia ante Dios para descubrir nuestras verdaderas motivaciones
4. Quien actúa por un amor auténtico y tiene la conciencia tranquila puede acercarse a Dios con total confianza

2. Sobre la oración auténtica

5. El problema de la eficacia de la oración
6. Nuestra oración siempre es escuchada cuando versa sobre la salvación eterna
7. Dios nos escucha no atendiendo a nuestros deseos, sino a nuestra salvación
8. Confíemos en Dios, porque, aunque no nos dé lo que queremos, nos da lo que nos conviene para nuestra salvación

3. Sobre la fe auténtica

9. Quien cumple el mandamiento de Cristo tiene el Espíritu santo
10. El signo de la presencia del Espíritu no son los milagros, sino el amor que crea comunión
11. Es necesario discernir quién es el que tiene realmente el Espíritu
12. Un criterio de discernimiento: quien cree que Cristo se hizo hombre es de Dios
13. Hemos de fijarnos en las obras de los herejes, no en sus palabras. Cree realmente en Cristo quien actúa con el amor que tuvo él

14. Quien divide a la Iglesia no posee el amor de Cristo

1. Sobre el amor auténtico

1. Si os acordáis, hermanos, nuestro sermón de ayer terminó en esta frase que estoy seguro que ha debido permanecer en vuestro corazón, pues fue la última que escuchasteis: «Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad». Y Juan continúa: «En esto sabremos que somos de la verdad y tendremos la conciencia tranquila ante Dios, porque si ella nos condena, Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todas las cosas». Ya había dicho: «No amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad». La cuestión es saber en qué actos y en qué verdad se reconoce al que ama a Dios o al que ama a su hermano. Un poco antes, Juan nos ha dicho hasta dónde tiene que llegar el amor para ser perfecto. Es lo mismo que nos dice el Señor en el evangelio: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Juan dice a su vez: «Él ha dado su vida por nosotros, y nosotros tenemos que dar la vida por nuestros hermanos». Este es el amor perfecto y es imposible que haya otro mayor.

Pero el amor no es perfecto en todos, y por eso el que todavía tiene un amor imperfecto no debe desanimarse si ya ha nacido en él para tender a la perfección. Por eso, una vez nacido hay que nutrirlo con alimentos capaces de llevarlo a la perfección que le corresponde. Hemos buscado dónde empieza este amor incipiente y he aquí la respuesta: «Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (1 Jn 3, 16-17). Luego este amor empieza, hermanos, cuando se da de lo que sobra al necesitado que lo está pasando mal. El que da de los bienes temporales que tiene en abundancia, libra a su hermano de los apuros de aquí abajo. Así empieza el amor. Y una vez que ha empezado, si lo nutres con la palabra de Dios y la esperanza de la vida futura, lograrás la perfección que te dispone para dar la vida por tus hermanos.

2. Pero como, al hacer esta clase de actos, hay algunos que buscan otras cosas y que no aman a los hermanos, remitámonos al testimonio de la conciencia. ¿Cómo probamos que muchas de esas cosas las hacen los que no aman a los hermanos? ¡Cuántos que están en la herejía y en el cisma se consideran mártires! Imaginan que dan su vida por sus

hermanos³⁰. Si dieran la vida por sus hermanos, no se separarían de la comunidad universal de estos. Además, hay mucha gente que distribuye y da muchas cosas sólo por figurar, y lo único que buscan es la alabanza de los hombres y la popularidad vana y sin ninguna consistencia. Si existe este tipo de personas, ¿dónde encontrar la prueba del amor fraterno? Porque Juan quiere que se pruebe y por eso advierte: «Hijos míos, no amemos de palabra y con la boca, sino con obras y de verdad». Y ahora nos preguntamos: ¿qué obras y qué verdad?, ¿es que hay alguna obra más clara que socorrer a los pobres? Muchos lo hacen por figurar y no por amor. ¿Hay algún acto más heroico que morir por los hermanos? Muchos, al hacerlo, quieren ganarse fama de héroes, quieren hacerse un nombre, no lo hacen por el amor que brota del fondo del corazón. Lo realmente serio es que el que ama a su hermano se asegure y pregunte en su corazón, ante Dios y sólo allí donde penetra su mirada, si es el amor fraterno lo que realmente le mueve a obrar; y el ojo que penetra el corazón, donde la mirada humana no puede llegar, dará testimonio de él. Por eso el apóstol Pablo, que estaba dispuesto a morir por los hermanos, dice lo siguiente: «Así que gustosísimamente me gastaré y me desgastaré por vosotros» (2 Cor 12, 15). Pero para que Dios sea el único que vea en su corazón, y no los hombres a quienes se dirige, les dice: «En cuanto a mí, bien poco me importa ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano» (1 Cor 4, 3). Y en otro pasaje nos muestra cómo esas obras pueden hacerse por pura vanagloria, sin cimentarse en el amor. En su elogio de este mismo amor afirma: «Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve» (1 Cor 13, 3). ¿Puede haber alguien que haga esto sin amor? Sí, por supuesto que sí. Pues los que no tuvieron amor dividieron la unidad. Fijaos bien en ellos y veréis cómo muchos dieron muchas cosas a los pobres; veréis a otros dispuestos a morir hasta el punto de que, a falta de perseguidores, se den la muerte a sí mismos. Está claro que estos actúan sin amor.

Penetremos en nuestra conciencia, de la que dice el apóstol: «Porque si de algo estamos orgullosos es de que nuestra conciencia nos asegura que nos hemos comportado en todo lugar, y particularmente entre vosotros, con la sencillez y sinceridad que Dios nos ha dado» (2 Cor 1, 12). Penetremos en nuestra conciencia, de la que el mismo Pablo sigue diciendo: «Que cada uno examine su conducta y sea ella la que le

³⁰ Alusión a los donatistas. De ellos algunos se suicidaban arrojándose por precipicios, a estanques de agua o al fuego, para mostrar la autenticidad de su fe y la ortodoxia de la Iglesia donatista frente a los idólatras o los católicos.

proporcione motivos de satisfacción, pero sin apropiarse méritos ajenos» (Gál 6, 4), pues entonces será su propia conciencia la que dé testimonio de él y no testigos ajenos.

3. Mirad lo que Juan nos recomienda: «En esto sabremos que somos de la verdad», cuando amamos con obras y de verdad y no solamente de palabra y con la lengua, «y tendremos la conciencia tranquila ante Dios». ¿Qué quiere decir «ante Dios»? Donde Dios ve. Por eso, el propio Señor dice en el evangelio: «No hagáis el bien para que os vean los hombres, porque entonces vuestro Padre celestial no os recompensará». ¿Qué significa el precepto «que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha» (Mt 6, 1.3), sino que la derecha es la conciencia pura mientras que la izquierda es la codicia? Mucha gente hace muchas cosas admirables por codicia de los ojos; entonces actúa la mano izquierda, no la derecha. La derecha es la que tiene que actuar, pero sin que lo sepa la izquierda, para que la codicia de los ojos no intervenga para nada cuando hagamos algo bueno por amor. ¿Y cómo lo sabemos? Ponte ante Dios e interroga a tu corazón; mira lo que has hecho y si lo que pretendías con ello era tu salvación o pura vanagloria humana. Mira por dentro, pues el hombre no puede juzgar al que no puede ver. Si apaciguamos nuestro corazón, apacigüemoslo ante Dios.

Porque «si nuestra conciencia nos condena», es decir, si nos acusa por dentro porque no hacemos las cosas como las debíamos hacer, «Dios es más grande que nuestra conciencia y lo conoce todo». Tú que eres capaz de esconder a los demás el fondo de tu corazón, intenta hacerlo con Dios, a ver si puedes. ¿Cómo vas a ocultárselo a aquel de quien decía un pecador lleno de miedo y de arrepentimiento: «¿Adónde podré ir lejos de tu espíritu, a dónde escaparé de tu mirada?». Buscaba adónde huir para escapar al juicio de Dios, y no lo encontraba, pues ¿hay algún sitio donde no esté Dios? «Si subo hasta los cielos, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro» (Sal 138, 7-8). ¿Adónde irás?, ¿adónde huirás?, ¿quieres un consejo? Si quieres huir de él, huye hacia él. Huye hacia él confesándote a él, no escondiéndote de él, pues no puedes esconderte de él, pero sí confesarle todos tus pecados. Dile: «Tú eres mi refugio» (Sal 31, 7) y alimenta en ti el amor, lo único que conduce a la vida. Que tu conciencia te dé testimonio de que es de Dios. Y si es de Dios, no te quieras jactar ante los hombres, porque ni las alabanzas de estos te elevarán al cielo, ni sus censuras te harán bajar de él. Busca la mirada del que te

corona, procura tener por testigo al juez por el que serás coronado. «Dios es más grande que nuestra conciencia y lo conoce todo».

4. «Queridos míos, si nuestra conciencia no nos condena, podemos acercarnos a Dios con confianza». ¿Qué significa «si nuestra conciencia no nos condena»? Si ella nos responde que amamos de verdad y que el amor fraterno está en nosotros: amor no fingido, sino sincero, que nos mueve a buscar la salvación de nuestros hermanos, que la única paga que espera de ellos es su salvación. «Podemos acercarnos a Dios con plena confianza, y lo que pidamos lo recibiremos de él porque guardamos sus mandamientos». Por tanto, no a la vista de los hombres, sino donde Dios ve, en el corazón. «Podemos acercarnos a Dios con plena confianza, y lo que pidamos lo recibiremos de él», pero «porque guardamos sus mandamientos». ¿Cuáles son sus mandamientos? ¿Acaso es preciso repetirlos una y otra vez? «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros» (Jn 13, 34). Habla del amor, el amor es lo que nos recomienda. Por tanto, el que tiene amor fraterno, el que lo tiene ante Dios, donde Dios ve, y el que somete su corazón a un examen riguroso, no recibe otra respuesta que la certeza de tener en él la raíz del amor, de donde brotan los frutos de las buenas obras. Ese tiene la plena seguridad ante Dios y todo lo que le pida lo recibirá de él porque guarda sus mandamientos.

2. *Sobre la oración auténtica*

5. Aquí se plantea una cuestión. Y no sobre una persona concreta, sobre ti o sobre mí. Porque si pido cualquier cosa al Señor, nuestro Dios, y no lo recibo, cualquiera podrá decir de mí fácilmente: «No tiene amor», cosa que se podrá decir siempre de cualquiera de nuestros contemporáneos. Se opine lo que se opine sobre las personas, estamos seguros de que esta cuestión sólo se va a plantear correctamente cuando se refiere a quienes fueron considerados santos entonces y lo siguen siendo ante Dios. ¿Quién tendrá amor, si Pablo no lo tenía cuando decía: «Nos hemos desahogado con vosotros, corintios, y se nos ha ensanchado el corazón. No os amamos con un corazón estrecho» (2 Cor 6, 11-12); y continuaba: «Así que gustosísimamente me gastaré y desgastaré por vosotros» (2 Cor 12, 15)? ¿Quién tendrá amor si él tenía tanta gracia y era evidente que tenía también mucho amor? Sin embargo sabemos que él pidió y no recibió. ¿Qué estamos diciendo, hermanos? La cuestión es la

siguiente: ¡Prestad atención a Dios! Estamos ante una cuestión importante, como fue la cuestión del pecado, cuando Juan decía: «El que ha nacido de Dios no peca» (1 Jn 3, 9). Dijimos entonces que se trataba del pecado contra el amor, y que era este el pecado que se señalaba en aquel lugar. Ahora nos volvemos a preguntar lo que Juan ha querido decir aquí. Si te fijas en las palabras, todo parece claro; pero si atiendes a los ejemplos, todo se vuelve oscuro. Pues nada hay más claro que estas palabras: «Y lo que le pidamos lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y, bajo su mirada, hacemos lo que le agrada». «Lo que le pidamos lo recibiremos de él», dice Juan.

Estas palabras nos plantean una gran dificultad, igual que nos la plantearía el texto anterior si se tratara de cualquier pecado. Pero entonces encontramos un principio de explicación e insistimos en que no se trataba de cualquier pecado, sino de un pecado concreto, de un pecado que no comete el que ha nacido de Dios, de un pecado que es la trasgresión del amor. En el evangelio tenemos un ejemplo claro cuando el Señor dice: «Si yo no hubiera venido, no tendrían pecado» (Jn 15, 22). ¿Qué pasa?, ¿significan estas palabras que eran inocentes los judíos a los que había venido el Señor?, ¿es que no tendrían pecado si él no hubiera venido?, ¿es que la presencia del médico no sólo no quitó la fiebre sino que trajo la enfermedad?, ¿quién puede decir esto sino un loco? Pues Cristo no vino sino para curar y sanar a los enfermos. Entonces, ¿por qué dijo: «Si yo no hubiera venido, no tendrían pecado»? ¿no será porque se refiere a un pecado bien concreto? Se trata de un pecado que ciertamente no han cometido los judíos. ¿Qué pecado? El de no creer en él, el de menospreciar su presencia. E igual que cuando en este pasaje habla de pecado, no hay por qué entender que se trata de cualquier pecado, sino de uno muy concreto, tampoco se trata aquí de cualquier pecado, porque de otro modo se entraría en contradicción con este texto: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1, 8). Estamos, pues, ante un pecado muy concreto, ante un pecado contra el amor. Pero aquí el problema es más difícil de solucionar, porque dice Juan que si oramos y nuestra conciencia no nos condena y nos asegura en presencia de Dios que tenemos verdadero amor, «lo que le pidamos, lo recibiremos de él».

6. Ya os he comentado, hermanos, que no somos nosotros los cuestionados. Pues ¿qué somos nosotros?, ¿o qué sois vosotros?, ¿qué somos, sino la Iglesia de Dios que todos conocen? Si Dios quiere,

permaneceremos en ella. Y los que permanecemos en ella por el amor, hemos de perseverar en ella si queremos mostrar hacia fuera el amor que tenemos. Además, ¿podemos sospechar de la santidad del apóstol Pablo?, ¿podemos dudar de que amaba a sus hermanos?, ¿es que su conciencia no daba testimonio ante Dios?, ¿es que Pablo no tenía la raíz del amor de donde proceden todos los frutos buenos?, ¿hay alguien tan loco que se atreva a decir algo así?, ¿dónde vemos, pues, que el apóstol haya pedido y no haya recibido? Él mismo dice: «Para que no me sobreestime a causa de tan sublimes revelaciones, tengo un aguijón clavado en mi carne, un agente de Satanás encargado de abofetearme para que no me enorgullezca. He rogado tres veces al Señor para que apartase esto de mí, y otras tantas me ha dicho: 'Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad'» (2 Cor 12, 7-9). Así pues, no ha sido escuchado cuando pide que se aparte de él el ángel de Satanás. ¿Y por qué? Porque no le convenía. Luego fue escuchado para su salvación, aunque no según su deseo. Comprended este gran misterio. Más aún, os pedimos que no lo perdáis de vista en medio de vuestras tentaciones. Los santos siempre son escuchados en todo lo relacionado con su salvación eterna. Sí, cuando se refiere a su salud, siempre son escuchados.

7. Pero hay que distinguir entre las diversas formas que Dios tiene de escuchar. Vemos, en efecto, que unos no son escuchados según su deseo, pero sí para su salvación, y que otros son escuchados para su salvación y no según su deseo. Distinguid ambas cosas y quedaos con el ejemplo del que no fue escuchado según su deseo, pero sí para su salvación. Escucha al apóstol Pablo, porque Dios le revela que ha sido escuchado para su salvación: «Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad. Rogaste tres veces, clamaste tres veces. Cada una de ellas escuché lo que clamaste, no te cerré mis oídos. Sé lo que hago: tú querías evitar la medicina que te quema, pero yo sé la enfermedad que te abruma». Luego este fue oído para su salvación y no según su deseo.

¿A quiénes se les escucha para su salvación y no según su deseo?, ¿pensamos acaso que existe algún pecador, algún impío al que Dios haya escuchado según su deseo y no para su salvación? Si pusiera algún ejemplo, quizás me dirías: «Tú dices que es malo, pero era bueno; porque si no fuera bueno, Dios no lo habría escuchado». Pues bien, te voy a poner como ejemplo a uno sobre cuya impiedad y maldad no quepa ninguna duda. Ni más ni menos que el mismo diablo pidió tentar a Job y se le

concedió. ¿No habéis oído que de ese mismo diablo se dijo?. «El que peca pertenece al diablo» (1 Jn 3, 8)? No porque el diablo lo haya creado, sino porque lo imita. ¿No se ha dicho de él: «Nunca se mantuvo firme en la verdad» (Jn 8, 44)?, ¿no es la antigua serpiente que se sirvió de la mujer para dar el veneno al primer hombre?³¹. Él fue también el que le conservó al mismo Job una mujer para que tentara a su marido y no para consolarlo³². El propio diablo pidió poder tentar a un santo varón y lo consiguió; pidió el apóstol que se le quitara un aguijón que tenía clavado en su carne, y no se le concedió. Y, sin embargo, se escuchó más al apóstol que al diablo. Pues al apóstol se le escuchó para su salvación, no según su voluntad; y al diablo se le escuchó según su voluntad, pero para su condenación. Se le permitió que pudiera tentar a Job, para que su constancia en la prueba fuera para el diablo un tormento. Pero esto, hermanos, no sólo lo vemos en los libros del Antiguo Testamento sino también en el evangelio, cuando los demonios pidieron al Señor, al expulsarlos de un hombre, que les permitiera entrar en los cerdos³³. ¿Acaso no podía el Señor impedirles también esto? Si se lo hubiera impedido, no se habrían rebelado contra el Señor del cielo y de la tierra. Pero por una misteriosa economía de la gracia los deja entrar en los cerdos para mostrar que el diablo es dueño de los que viven como los cerdos. ¿Hemos de concluir, pues, que el diablo fue escuchado y no el apóstol?, ¿o no hemos de concluir lo contrario, que a quien se escuchó de verdad fue al apóstol y no a los demonios? Pues se cumplió el deseo de los demonios, pero la salvación del apóstol fue total.

8. Esto nos debe llevar a comprender que Dios nos da lo que conduce a nuestra salvación aunque no nos dé lo que queremos. ¿Qué pasaría si pidieras una cosa que te perjudica y que el médico sabe que te perjudica? No podrás decir que el médico no te escucha si, cuando le pides agua fría, te la da inmediatamente si te va a hacer bien y te la niega si cree que te va a perjudicar. ¿Es que no te ha escuchado o es que, al no hacer lo que quieres, lo que busca es precisamente tu salud? Hermanos, que el amor esté en vosotros. Porque si está, tened la seguridad de que sois escuchados incluso cuando no se os concede lo que pedís, aunque no sepáis por qué. Muchos han sido entregados a sus propias manos para su desgracia. Son esos de los que dice el apóstol: «Por eso Dios los ha

³¹ Cf. Gn 3, 1.6.

³² Cf. Job 2, 9.

³³ Cf. Lc 8, 32.

entregado al impulso de sus apetitos» (Rom 1, 24). Alguien pidió ser muy rico y se le concedió, pero para su desgracia. Porque, cuando no era rico, vivía tranquilo; pero cuando empezó a serlo, se convirtió en presa de otro más fuerte. ¿O es que no ha sido oído para su desgracia el que, cuando era pobre, nadie se fijaba en él, y cuando quiso tener riquezas empezó a ser objetivo de los ladrones? Aprended a pedir a Dios que os ponga en manos de un médico que sepa bien lo que hace. Que tú sepas explicarle la enfermedad que tienes y que él sepa recetarte la medicina adecuada. Tú, ten sólo amor. Puede que él quiera cortar o quemar. Y si, a pesar de tus gritos, él no te escucha y sigue cortando o quemando aun cuando sufras, es que sabe hasta dónde llega la gangrena. Tú querías que detuviese su mano de una vez, pero él ve hasta dónde llega tu mal y se propone ir hasta el final. No te escucha según tu deseo, pero sí para tu salud.

Estad seguros, hermanos, de que es cierto lo que dice el apóstol: «Asimismo el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables, que intercede por los santos» (Rom 8, 26-27). ¿Qué significa «que el mismo Espíritu intercede por los santos», sino el mismo amor que el Espíritu te ha infundido? Por eso dice el mismo apóstol: «El amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5). El propio amor gime, el propio amor ora; y el que lo da no sabría cerrarle sus oídos. Ten la seguridad de que, si el amor ora, Dios escucha. No hará lo que quieres, sino lo que te conviene. Luego «lo que le pidamos, lo recibiremos de él». Ya he dicho que, si te lo planteas desde el punto de vista de la salvación, no hay ningún problema; pero si no te lo planteas desde ahí, sí lo hay, y grande, porque tachas de calumniador al apóstol Pablo. «Lo que le pidamos, lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y, bajo su mirada, hacemos lo que le agrada». «Bajo su mirada», es decir, dentro, donde Dios ve.

3. *Sobre la fe auténtica*

9. ¿Y cuáles son sus mandamientos? «Su mandamiento —dice Juan— es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que él nos dio». Ya veis, pues, de qué mandamiento se trata y veis también que el que trasgrede este mandamiento comete un pecado que evita el que ha nacido de Dios. «Según el mandamiento que él nos dio», es decir, que nos

amemos los unos a los otros. «Y el que guarda su mandamiento»: está claro que lo único que manda es que nos amemos los unos a los otros. «El que guarda su mandamiento permanece en Dios y Dios en él. Por eso sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado». ¿No queda ya bien claro que es el Espíritu el que hace que en el hombre haya amor y caridad?, ¿no es evidente que, como dice el apóstol Pablo, «el amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que se nos ha dado»? Antes hablaba del amor y decía que debíamos interrogar a nuestra conciencia ante Dios. «Y si ella no nos condena», es decir, ella testifica que el amor fraterno es la fuente de todo lo que hay de bueno en nuestra obras. Añadamos que, cuando Juan habla de este mandamiento, dice lo siguiente: «Su mandamiento es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que él nos dio. El que guarda su mandamiento permanece en Dios y Dios en él. Por eso sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado». Por tanto, si ves que tienes amor, es que tienes el Espíritu santo para entender, algo que realmente es necesario.

10. En los primeros tiempos, el Espíritu santo descendía sobre los creyentes, que hablaban en lenguas para ellos desconocidas, según les inspiraba el Espíritu. Estos signos tenían entonces su razón de ser. Pues convenía que el Espíritu santo estuviera simbolizado por todas las lenguas, porque el Evangelio se había de servir de todas ellas para difundirse por todo el mundo. Una vez que ese signo se realizó, desapareció. ¿Acaso se espera hoy que aquellos a los que se les imponen las manos para que reciban el Espíritu santo se pongan a hablar en lenguas? Y cuando nosotros imponemos las manos a los que se han bautizado, ¿espera alguno de vosotros que se pongan a hablar en otras lenguas? Y cuando visteis que no lo hacían, ¿acaso alguno de vosotros dijo con mala idea: «Es que no han recibido el Espíritu santo»? Porque, si lo hubieran recibido, ¿no hablarían en lenguas como entonces sucedió? Entonces, si la presencia del Espíritu santo no es hoy atestiguada por medio de milagros, ¿cómo se sabe que alguien lo ha recibido?

Que cada uno examine su conciencia. Y, si ama a su hermano, es que el Espíritu santo está en él. Que mire, que se pruebe a sí mismo ante Dios, que vea si ama la paz y la unidad, si ama a la Iglesia extendida por todo el mundo. Que no mire solamente si ama al hermano que tiene cerca, porque no vemos a muchos de nuestros hermanos, y sin embargo estamos vinculados en la unidad del Espíritu santo. ¿Por qué extrañarse si no están

con nosotros? Pertenece a un mismo cuerpo, tenemos en el cielo la misma cabeza. Hermanos, cada uno de nuestros ojos no ve al otro, digamos que casi no se conocen. ¿Habremos de decir que no se conocen en el amor que une todo el cuerpo? La prueba de que se conocen en la unión del amor es que, cuando los dos están abiertos, es imposible que el ojo derecho mire a un determinado punto y que el ojo izquierdo no mire a la vez a ese mismo punto. Prueba a ver si puedes dirigir la línea visual del ojo derecho sin implicar al otro ojo. Verás que convergen, que se centran en el mismo objeto. Ven el mismo punto, aunque desde lugares distintos. Por consiguiente, si todos los que aman al mismo Dios que tú tienen tu misma intención, no te preocupe lo más mínimo el hecho de que su cuerpo esté en otros lugares, porque fijáis al mismo tiempo la mirada de la conciencia en la luz de la verdad. Luego si quieres saber si has recibido el Espíritu, examina tu conciencia, no sea que tengas el sacramento pero no la fuerza del sacramento. Pregúntale a tu conciencia y, si tienes amor, quédate tranquilo. Porque, como grita Pablo, sin el Espíritu de Dios no puede haber amor: «Por eso sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado».

11. «Queridos míos, no deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu». «Sabemos que permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado». Pero fijaos cómo se puede saber que se trata del Espíritu: «Queridos míos, no deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu. Haced, más bien, un discernimiento para ver si viene de Dios». Pero, ¿cómo hacer ese discernimiento? Hermanos, nos propone algo difícil y es bueno que él mismo nos diga cómo discernir. No tengáis miedo, que nos lo dirá, pero primero abrid los ojos, estad atentos y comprobaréis que es aquí donde se fundan los herejes para formular sus vanas acusaciones. Ojo, fijaos en lo que dice: «Queridos míos, no deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu. Haced, más bien, un discernimiento para ver si viene de Dios».

En el evangelio se utiliza el agua para referirse al Espíritu santo cuando el Señor afirma solemnemente: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba; de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva». Luego nos explica el evangelista a qué se refiere el Señor, y por eso añade: «Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él». ¿Por qué el Señor no bautizó a mucha gente?, ¿qué dice Juan a este respecto?: «Y es que aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7, 37-39). Habían recibido ya el bautismo, pero

todavía no habían recibido el Espíritu santo que envió Dios desde el cielo el día de pentecostés, pues antes de que se diera el Espíritu se esperaba la glorificación del Señor. Por eso, antes de ser glorificado y antes de enviar el Espíritu, invitaba a la gente a que se preparara para recibir el agua, de la que dice: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba», y también: «De lo más profundo de aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva». ¿Qué quiere decir «ríos de agua viva»? ¿qué es esa agua? No me lo preguntéis a mí, preguntádselo al evangelio. «Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él». Una cosa es, pues, el sacramento y otra el agua que es signo del Espíritu de Dios. El agua del sacramento se puede ver, el agua del Espíritu es invisible. Esta lava el cuerpo y es signo de lo que acontece en el alma, pues por este Espíritu la propia alma es purificada y fertilizada. Se trata del Espíritu santo que no pueden recibir los herejes ni los que se separan de la Iglesia. Y tampoco tienen ese Espíritu los que no se separan abiertamente, sino que se separan por su maldad; ni tampoco aquellos que, estando dentro, son como paja que se lleva el viento y no grano. El Señor escogió el signo del agua para este Espíritu y hemos oído en la carta que comentamos: «No deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu». Esto se confirma, además, con las palabras de Salomón: «Prívate del agua ajena». ¿Qué es el agua? El Espíritu. ¿Es que el agua siempre es signo del Espíritu? No, no siempre; en algunos lugares significa el Espíritu, en otros el bautismo, en otros a los pueblos y en otros la sabiduría. En un pasaje de la Escritura se dice: «La sabiduría da vida a quien la posee» (Prov 16, 22). Luego el agua significa varias cosas en la Escritura. Y sabemos que también es signo del Espíritu santo, no porque nosotros lo interpretemos así, sino porque, así lo dice el evangelio: «Esto lo decía del Espíritu santo, que recibirían los que creyeran en él». Luego si el agua es signo del Espíritu santo, y si esta carta nos dice: «No deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu. Haced, más bien, un discernimiento para ver si viene de Dios», hemos de entender que el sabio habla en el mismo sentido cuando afirma: «Prívate del agua ajena y no bebas en fuente de otro». ¿Qué significa «no bebas en fuente de otro»? Que no creas en el espíritu de cualquiera.

12. Nos queda por analizar cómo se prueba que se trata del Espíritu de Dios. Porque hay un signo, quizás complicado, pero vamos a verlo. Volvemos al amor; él es quien nos enseña, porque él es la unción de Dios. Pero, ¿qué nos dice?: «Haced un discernimiento para ver si viene de Dios, porque han irrumpido en el mundo muchos falsos profetas». Allí todos

son ya herejes y cismáticos. Y sigue: «En esto conoceréis que poseen el Espíritu de Dios». ¡Alerta los oídos del corazón! Lo pasamos mal y decimos: ¿quién puede saberlo?, ¿quién es capaz de discernir? He aquí el signo: «Si reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre, son de Dios; pero si no lo reconocen, no son de Dios. Son más bien del anticristo, del cual habéis oído que tiene que venir, y ahora ya está en el mundo». Nuestros oídos han sido creados para discernir los espíritus, pero lo que acabamos de oír no nos parece lo más adecuado para facilitar el discernimiento. Porque, ¿qué es lo que dice?: «Si reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre, son de Dios». Así que, si los herejes confiesan que Jesucristo es verdaderamente hombre, ¿su espíritu es de Dios? Porque es posible que se vuelvan contra nosotros y nos digan: «Vosotros no tenéis el Espíritu de Dios», aunque nosotros confesamos que Jesucristo ha venido en la carne. Sin embargo, Juan ha dicho que los que no confiesan que Jesucristo ha venido en la carne no son de Dios. Pregunta a los arrianos: te dirán que Jesucristo ha venido en la carne. Pregúntaselo a los eunomianos: te dirán que Jesucristo ha venido en la carne. Pregúntaselo a los macedonianos: te dirán que Jesucristo ha venido en la carne. Interroga a los catafrigios: te dirán que Jesucristo ha venido en la carne. Interroga a los novacianos: te dirán que Jesucristo ha venido en la carne. Luego ¿todos estos herejes tienen el Espíritu de Dios?, ¿es que no hay ni un solo falso profeta?, ¿no hay en ellos ningún engaño, ninguna seducción? Sin embargo, todos ellos son anticristos que han salido de entre nosotros, aunque no eran de los nuestros.

13. ¿Qué hacemos, pues?, ¿cómo discernimos? Prestadme un poco de atención: vayamos todos a una y llamemos. El propio amor está alerta, porque él llamará y también abrirá: lo entenderéis en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Habéis oído hace un poco: «Si reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre, son de Dios; pero si no lo reconocen, no son de Dios. Son más bien del anticristo». Nos preguntamos entonces quiénes son los que no lo reconocen, porque ni nosotros ni ellos dejamos de reconocerlo³⁴. Y vimos que algunos no lo reconocen con sus obras y aportamos el siguiente testimonio del apóstol: «Dicen que conocen a Dios, pero sus obras los desmienten» (Tit 1, 16). Hagamos nosotros lo mismo y ciñámonos a los hechos y no a las palabras.

¿Cuál es el espíritu que no viene de Dios? «El que no reconoce que Jesucristo es verdaderamente hombre». ¿Y cuál es el espíritu que viene de

³⁴ Cf. Tratado III, 7-9.

Dios? «El que reconoce que Jesucristo es verdaderamente hombre». ¿Quién es el que confiesa que Jesucristo es verdaderamente hombre? Venga, hermanos, fijémonos en las obras y no en el ruido de las palabras. Preguntémonos por qué Cristo ha venido en la carne y sabremos quiénes son los que lo niegan. Porque si sólo te fijas en las palabras, verás qué enorme cantidad de herejes dicen que Cristo ha venido en la carne, pero la verdad demuestra que mienten. ¿Por qué Cristo ha venido en la carne?, ¿acaso no era Dios?, ¿no se ha escrito de él: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto Dios y el Verbo era Dios?» (Jn 1, 1), ¿no es el que apacentaba y sigue apacentando a los ángeles?, ¿acaso no vino aquí abajo sin alejarse del cielo?, ¿acaso no ascendió sin abandonarnos?, ¿por qué, pues, vino en la carne? Porque era preciso que nos mostrara la fe en la resurrección. Era Dios y se hizo hombre. Dios no podía morir, mas la carne sí. Luego vino en la carne para morir por nosotros. Pero ¿cómo murió por nosotros? «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). El amor lo movió a venir en la carne. Luego el que no tiene amor no reconoce que Cristo ha venido en la carne. Ahora vete y pregunta a todos los herejes: ¿ha venido Cristo en la carne? «Claro, creo y confieso que ha venido». ¡Qué va!, no lo crees. «¿Que lo niego?, ¿no ves que lo afirmo?». En absoluto, estoy convencido de que lo niegas. Lo dices con la boca, pero lo niegas con el corazón; lo dices con palabras, pero lo niegas con las obras. «¿Que lo niego con las obras? Dime cómo». Porque Cristo vino en la carne para morir por nosotros. Y murió por nosotros porque ha querido mostrar mucho amor: «Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos». Tú no tienes amor, porque divides la comunidad por razones de amor propio. A partir de este principio, comprended cuál es el Espíritu de Dios. Golpead, tocad estos vasos de arcilla para ver si por casualidad no se rompen y suenan mal; ved si suenan a íntegros y si en ellos hay amor. Te separas de la unidad del orbe, divides a la Iglesia con los cismas, desgarras el cuerpo de Cristo. Él vino para juntar, tú gritas para desparramar. Luego el mismo Espíritu de Dios es quien dice que Jesús ha venido en la carne. Y no lo dice con la lengua, sino con las obras; no con gritos, sino con amor. El que dice que Cristo no ha venido en la carne no es el Espíritu de Dios. Y lo niega no con su lengua, sino con su vida; no con palabras, sino con sus obras. Está claro, pues, cómo podemos conocer a los hermanos. Hay muchos en la Iglesia que no están en ella más que aparentemente. Al contrario, no hay nadie fuera de la Iglesia que no esté totalmente fuera de ella.

14. Una cosa más para que sepáis que Juan se refiere a las obras: «Y todo espíritu que destruye a Cristo diciendo que no ha venido en la carne no es de Dios»³⁵. Destruir es algo que tiene que ver con las obras. ¿A quién te muestra con esto? Al que niega, porque dice «destruye». Él vino a juntar, tú a dispersar. Tú quieres descuartizar los miembros de Cristo. ¿Así que no niegas que Cristo ha venido en la carne y, sin embargo, rompes la unidad de la Iglesia que él congregó? Te alineas, pues, contra Cristo; eres un anticristo. Tanto si estás dentro como si estás fuera eres un anticristo; sólo que, si estás dentro, eres un clandestino; y si estás fuera te muestras a plena luz del día. Destruyes a Cristo al negar que ha venido en la carne y no eres de Dios. Por eso dice en el evangelio: «Por eso, el que incumpla uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a hacer lo mismo a los demás será el más pequeño en el reino de los cielos». ¿Qué significa incumplir y qué significa enseñar? Incumplir tiene que ver con las obras; enseñar, en cambio, tiene que ver con las palabras. «Tú, que proclamas que no se debe robar, ¿por qué robas?» (Rom 2, 21). El que roba incumple el mandamiento en el hecho de robar y, al hacerlo, es como si enseñara eso mismo con palabras: «Será el más pequeño en el reino de los cielos», es decir, en la Iglesia de hoy. De ese es de quien se dijo: «Obedecedles y haced lo que os digan, pero no imitéis su ejemplo, porque no hacen lo que dicen» (Mt 23, 3). «Pero el que los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos» (Mt 5, 19). Por tanto, cuando el Señor utiliza aquí la palabra «cumplir», se opone a la palabra «incumplir» [*solvere*]. Incumple, pues, el que no hace, el que no cumple. ¿No nos quiere decir con ello que nos fijemos en las obras y no en las palabras?

Como todo esto es muy oscuro, nos vemos obligados a decir muchas cosas para que incluso la gente menos preparada entienda lo que el Señor nos quiere revelar, porque todos han sido comprados con la sangre de Cristo. Temo que no terminemos estos días con la carta, como había prometido. Pero, si Dios quiere, es mejor dejar algo que sobrecargar de comida vuestros corazones.

³⁵ La palabra latina «solvere» tiene varios sentidos. San Agustín juega con diferentes significados del original, empleándolos contra los donatistas.

SÉPTIMO TRATADO

1 Jn 4, 4-12

Resumen

1. Dios, compañero de camino del cristiano
 1. Como el pueblo de Israel en el desierto, también nosotros caminamos hacia la patria
2. Vivir en el amor
 2. Quien no ama como Cristo niega a Cristo. El que es de Dios vence al «mundo», pero no por sus fuerzas, sino por Cristo
 3. Los anticristos son del «mundo», porque no actúan con el amor de Cristo
 4. Los que han conocido a Dios no son del «mundo», porque practican el amor fraterno
 5. Quien no ama al hermano peca contra Dios
 6. El amor que Dios ha derramado en nuestros corazones es su mismo Espíritu
3. Cristo nos ha revelado el amor de Dios
 7. Dios ha mostrado el amor que nos tiene enviándonos a su Hijo
 8. La calidad de nuestros actos depende de si los hacemos o no con amor. «Ama y haz lo que quieras»
 9. Dios envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados
 10. Quien tiene un corazón limpio, es decir, un corazón que ama, ve a Dios
 11. Sobre el amor auténtico

1. *Dios, compañero de camino del cristiano*

1. Para todos los creyentes que buscan la patria, este mundo es parecido a lo que fue el desierto para el pueblo de Israel. Iban vagando de un lado para otro en busca de su patria, pero, como Dios era su guía, no podían equivocarse. Su camino fue el mandamiento de Dios. En efecto, anduvieron errantes durante cuarenta años, como todo el mundo sabe,

constando su itinerario de pocas etapas. Si tardaban, era porque Dios los probaba, no porque los abandonara. Luego lo que Dios nos promete es inefablemente dulce y bueno, como dice la Escritura y como os hemos recordado a menudo, a saber: «Lo que el ojo no vio ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tenerlo preparado para los que lo aman» (1 Cor 2, 9)³⁶. Sin embargo, nos ejercitamos en los trabajos de esta vida y nos instruyen las tentaciones a que en ella somos sometidos. Y si no os queréis morir de sed en este desierto, bebed en el amor, porque es la fuente que el Señor quiso poner aquí, para que no desfallezcamos en el camino. Cuando lleguemos a la patria, beberemos todavía más.

Acabamos de leer el evangelio. ¿De qué otra cosa nos hablan las últimas palabras que hemos oído sino del amor? En nuestra oración hemos hecho un pacto con Dios: si queremos que él nos perdone nuestros pecados, nosotros también debemos perdonar los que se hayan cometido contra nosotros. Quitada de tu corazón el amor y verás que el odio que en él queda es incapaz de perdonar. En cambio, si hay amor, este es seguro que perdona, porque no es estrecho. Toda esta carta que os estamos comentando lo único que nos recomienda es el amor. Y no hemos de temer que, a fuerza de hablar de él, acabemos odiándolo. Porque ¿qué podríamos amar si odiáramos al amor?, ¿cómo hay que amar al amor que hace que se ame a todo lo demás como hay que amarlo? Por tanto, si se trata de una realidad que no podemos quitar de nuestro corazón, tampoco la quitamos de nuestra boca.

2. Vivir en el amor

2. «Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido». ¿A quién, sino al anticristo? Ya había dicho antes: «Todo el que divide a Jesucristo y niega que ha venido en la carne, no es de Dios». Ya os explicamos, si os acordáis, que todos los que violan el amor niegan que Cristo ha venido en la carne. No era necesario que Cristo viniera, a no ser por amor. Por tanto, se nos recomienda también a nosotros el mismo amor que él recomienda en el evangelio: «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). ¿Y cómo iba a dar el Hijo de Dios su vida por nosotros, si no se revestía de la carne para poder morir? Por tanto, el que viola el amor, diga lo que diga con su lengua, niega con su vida que Cristo ha venido, y es un anticristo adondequiera que vaya y

³⁶ Cf. Is 64,4.

adondequiera que entre. ¿Qué les dice Juan a los que ya son ciudadanos de esa patria por la que nosotros suspiramos?: «Vosotros lo habéis vencido». ¿Y por qué lo han vencido? «Porque es más grande el que está en vosotros que el que está en el mundo». Y para que no crean que han vencido por sus propias fuerzas y no sean vencidos por la arrogancia de su orgullo —pues el diablo vence cuando logra que alguien sea soberbio— ¿qué es lo que les dice para que sigan siendo humildes? «Lo habéis vencido». Porque todo el que escucha: «Lo habéis vencido», yergue su cabeza y quiere que lo alaben. Cuidado con encumbrarte, fíjate quién es el que ha vencido en ti. ¿Por qué has vencido? «Porque es más grande el que está en vosotros que el que está en el mundo». Sé humilde y lleva a tu Señor; sé el jumento que lleva a su jinete. Pues te conviene que sea él quien lleve las riendas, el que conduzca. Pues si no le tienes a él como jinete, ya puedes erguir la cabeza y dar las coces que quieras. ¡Ay de ti si no lo llevas como jinete! Porque esta libertad te arroja a las bestias para que te devoren.

3. «Ellos son del mundo». ¿Quiénes? Los anticristos. Ya habéis oído quiénes son. Y si vosotros no sois de ellos, sabéis quiénes son; pero si lo sois, no lo sabéis. «Ellos son del mundo, por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha». ¿Quiénes son los que hablan según el mundo? Fijaos bien: los que hablan contra el amor. Habéis oído que el Señor dijo: «Si vosotros perdonáis a los demás sus culpas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas» (Mt 6, 14-15). Es palabra de verdad; y si crees que no es así, atrévete a contradecirla. Si eres cristiano y crees en Cristo, él mismo dijo: «Yo soy la verdad» (Jn 14, 6). Estas palabras son verdad, son firmes. Y ahora escucha a los que hablan según el mundo: «¿Es que no te vas a vengar y vas a permitir que el otro se pavonee de lo que te ha hecho? ¡Venga, hazle ver que se la está jugando con un hombre!». Son cosas que pasan a diario. Los que las dicen hablan según el mundo, y el mundo los escucha. No las dicen los que no aman al mundo; a los únicos que se les escuchan es a los que aman al mundo. Y ya sabéis que el que ama al mundo y desprecia el amor niega que Cristo ha venido en la carne. ¿Acaso obraba así el Señor que ha venido en la carne?, ¿o acaso quiso vengarse cuando le abofetearon?, ¿es que no dijo cuando pendía de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»? Pues bien, si el que todo lo puede no amenazó en absoluto, ¿vas a hacerlo tú, que dependes de otro poder? Él murió porque quiso y no

profirió ninguna amenaza. ¿Y vas a amenazar tú, que no sabes cuándo vas a morir?

4. «Nosotros somos de Dios». Veamos por qué; fijaos si es por algo que no sea el amor: «Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha. El que no conoce a Dios no nos escucha. En esto reconocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error». Porque el que nos escucha tiene el espíritu de la verdad, y el que no nos escucha tiene el espíritu del error. Veamos qué nos enseña, y escuchemos sobre todo al que enseña en el espíritu de la verdad. No escuchemos, pues, a los anticristos, ni a los que aman al mundo, ni al mundo mismo. Si hemos nacido de Dios, «hijos míos», sigue Juan, mirad lo que dice: «Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha. El que no conoce a Dios no nos escucha. En esto reconocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error». Por tanto, ya nos ha advertido que el que escucha conoce a Dios y el que no conoce a Dios no escucha. Esto es, pues, por lo que se discierne el espíritu de la verdad y el espíritu del error. Veamos ahora lo que nos quiere enseñar, lo que debemos escucharle. «Queridos míos, amémonos los unos a los otros». ¿Por qué?, ¿porque nos lo dice un hombre? No, sino «porque el amor procede de Dios». Decir que el amor «procede de Dios» ya es un elogio extraordinario. Pero escuchemos con atención, porque aún dirá mucho más. Acaba de decir: «El amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios». ¿Por qué? «Porque Dios es amor»³⁷. Hermanos, ¿qué más se puede decir? Si no se volviera a alabar ya al amor en lo que queda de esta carta, ni de ello se dijera nada en todas las demás Escrituras, y sólo oyéramos la voz del Señor diciendo: «Dios es amor», ¿para qué más?

5. Fijaos bien que obrar contra el amor es obrar contra Dios. Que nadie diga: «Cuando no amo a mi hermano, peco contra el hombre. Que quede claro: pecar contra el hombre tiene poca importancia; Dios es el único contra el que no puedo pecar». ¿Es que puedes pecar contra el amor y no pecar contra Dios? «Dios es amor». ¿Es esto lo que decimos? Si dijéramos: «Dios es amor», es posible que se escandalizara alguno de vosotros y dijera: «¿Qué es lo que ha dicho?, ¿qué es lo que ha querido decir con la frase 'Dios es amor'?». Dios ha dado el amor, es él quien lo ha regalado. «El amor procede de Dios: Dios es amor». Hermanos, aquí tenéis las Escrituras de Dios. Esta es una carta canónica que se lee en

³⁷ Idea dominante en el pensamiento de Agustín. La repite con frecuencia, como en *De Trinitate* VIII, 8-12.

todos los pueblos, que goza de autoridad en todos los pueblos, que ha edificado el mundo entero. Y oyes que el Espíritu de Dios te dice en ella: «Dios es amor». Pues bien, ahora vamos a ver si te atreves a obrar contra Dios y te niegas a amar a tu hermano.

6. Pero, ¿cómo conciliar lo que se ha dicho anteriormente: «El amor procede de Dios», con: «Dios es amor»? Dios es Padre, Hijo y Espíritu santo. El Hijo, Dios de Dios; el Espíritu santo, Dios de Dios. Pero no son tres dioses, sino un solo Dios. Y si el Hijo es Dios y el Espíritu santo es Dios, y si ama a aquel en quien habita el Espíritu santo, está claro que el amor es Dios, pero es Dios porque procede de Dios. En la carta tienes las dos cosas: «El amor procede de Dios» y «Dios es amor»³⁸. Cuando la Escritura habla sólo del Padre no dice que procede de Dios. Por tanto, cuando escuchas que dice «de Dios», se trata o del Hijo o del Espíritu santo. Pero como el apóstol dice: «Al darnos el Espíritu santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones» (Rom 5,5). Hemos de entender que el Espíritu santo es amor. Es el Espíritu santo que no pueden recibir los malos; es la fuente de que habla la Escritura: «Que tus arroyos sean sólo para ti, sin compartirllos con extraños» (Prov 5,16-17). Todos los que no aman a Dios son gente extraña, anticristos. Y, por mucho que entren en las basílicas, no se pueden contar entre los hijos de Dios, no les pertenece esa fuente de la vida. Puedes estar bautizado y ser malo, profetizar y ser malvado. Sabemos que el rey Saúl tuvo el don de profecía, pero persiguió a David, que era inocente; fue llenado del espíritu de profecía y empezó a profetizar³⁹. Se puede recibir el sacramento del cuerpo y sangre del Señor y ser malo. De estos se ha dicho: «Porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propio castigo» (1 Cor 11, 29). Se puede llevar el nombre de Cristo y ser malo; es decir, puede uno decir que es cristiano y ser malo. De estos se ha dicho: «Profanaron mi santo nombre» (Ex 36, 20). Por tanto, puedes tener todas estas cosas y ser malo; en cambio, si tienes amor, no puedes ser malo. Este es el don propio, la fuente singular. El Espíritu santo os exhorta a beber de ella; el Espíritu santo os invita a beberle a él.

3. Cristo nos ha revelado el amor de Dios

³⁸ En *De Trinitate*, san Agustín trata extensamente de la armonía de estas expresiones. Cf. XV, 17-27; 19, 37.

³⁹ Cf. 1 Sam 19.

7. «Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene». Fijaos que nos exhorta a que amemos a Dios. ¿Acaso podríamos amarle si no nos hubiera amado él primero? Venga, si somos perezosos para amar, no lo seamos para devolverle amor por amor. Él nos amó primero, y ni aún así le amamos nosotros. Amó a los malvados, pero destruyó el pecado; nos amó siendo pecadores, pero no nos ha reunido para que pequemos. Amó a los enfermos, pero los visitó para curarlos. Está claro, pues, que «Dios es amor. Dios ha manifestado el amor que nos tiene, enviándonos a su Hijo único, para que vivamos por él». El propio Señor lo dice: «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos». Y la prueba más grande del amor de Cristo es que murió por nosotros. ¿Y qué prueba tenemos del amor del Padre? Que por nosotros envió a su Hijo a la muerte. Dice el apóstol Pablo: «El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él?» (Rom 8, 32). No lo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros. Dice el mismo apóstol: «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2, 20). Si el Padre entregó al Hijo y el Hijo se entregó a sí mismo, ¿qué fue lo que hizo Judas?. El Padre hizo una entrega, el Hijo y Judas también. Los tres hicieron lo mismo. ¿Qué es lo que distingue al Padre que entrega a su Hijo, al Hijo que se entrega a sí mismo y a su discípulo Judas que entrega a su maestro? Que el Padre y el Hijo lo hicieron por amor y Judas lo hizo por traición. Lo que hay que mirar, por tanto, no es lo que se hace, sino el espíritu e intención con que se hace. Vemos cómo Dios Padre y Judas realizan un mismo acto; y, sin embargo, bendecimos al Padre y maldecimos a Judas. ¿Por qué bendecimos al Padre y maldecimos a Judas?⁴⁰ Porque bendecimos el amor y maldecimos la iniquidad. Vamos a ver, ¿cuántos bienes debe el género humano a la entrega de Cristo? ¿Acaso pensó Judas en esto al entregarlo? Al redimimos, Dios pensó en nuestra salvación; Judas, en cambio, pensó en el precio que recibiría al venderlo. Que los actos sean distintos depende de la intención. El acto es uno y el mismo, pero si tenemos en cuenta las intenciones, en un caso hay que amarlo y en el otro hay que odiarlo; en uno, glorificarlo; en otro, detestarlo. ¡Hasta ahí llega el valor del amor! Fijaos cómo sólo él discierne, mirad cómo sólo él distingue los actos de los hombres.

8. Acabamos de hablar de actos parecidos. Cuando se trata de actos diferentes, vemos que alguien puede castigar por amor, y mimar con

⁴⁰ San Agustín vuelve sobre este tema con pasajes paralelos en *Enarrationes in Psalmos* 66, 7.

mala intención. Un padre puede castigar a su hijo y un comerciante de esclavos puede mimar a su esclavo. Si propones ambas cosas, los castigos y los mimos, ¿habrá alguien que no evite los primeros y escoja los segundos? Si te fijas en las personas, el amor castiga y la iniquidad mima. Lo que queremos subrayar es que lo que distingue los actos de los hombres es el amor que hay en su raíz. Se pueden hacer muchas cosas que parecen buenas, pero que no proceden de la raíz del amor. Las espinas tienen también flores; hay actos que parecen duros y crueles, pero que quieren corregir, inspirados en el amor. De una vez por todas se te manda este breve precepto: Ama y haz lo que quieras⁴¹. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que en el fondo de tu corazón esté la raíz del amor, pues de esta raíz lo único que puede salir son cosas buenas.

9. «Dios es amor. Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros». No le amamos nosotros primero, sino que él nos amó justamente para que le amáramos. «Y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados», como víctima de propiciación y como sacrificador. Él lo sacrificó por nuestros pecados. ¿Dónde encontró la ofrenda?, ¿dónde encontró la víctima pura que quería ofrecer? No en otro, por supuesto, sino que se entregó a sí mismo. «Queridos míos, si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros». Dijo: «'Pedro, ¿me amas?'. Y él respondió: 'Sí, te amo'. 'Apacienta mis ovejas' (Jn 21, 15-17)».

10. «Nadie ha visto jamás a Dios». Es invisible, no hay que buscarlo con los ojos, sino con el corazón. Pero, igual que para ver nuestro sol purificamos los ojos de nuestro cuerpo para poder ver la luz, si queremos ver a Dios, purguemos los ojos con los que podemos ver a Dios. ¿Dónde están estos ojos? Escucha lo que dice el evangelio: «Bienaventurados los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Pero que nadie confíe en los ojos para hacerse una idea de Dios. Porque o bien se imagina una forma inmensa, una grandeza infinita que se despliega a través del espacio, como la luz que ven nuestros ojos y que aumenta

⁴¹ Para algunos, este texto significa un desenfreno contra la ley. Pero no es eso lo que piensa san Agustín. El amor-caridad no dispensa de cumplir los mandamientos. Es plenitud de gracia, liberación de las pasiones, no una coartada para el desenfreno y el libertinaje. La gracia lleva a la plenitud del amor. Por eso da por supuesto el perfecto cumplimiento de la ley que lleva a la cima del amor. Cf. *In Joan. Evang.* XLI, 8.

cuanto puede a través del universo⁴², o que también se representa bajo la figura de un anciano de aspecto venerable. No pienses nada de esto. Si quieres ver a Dios, lo único que debes pensar es que «Dios es amor». ¿Qué aspecto tiene el amor?, ¿cuál es su forma?, ¿qué estatura, qué pies, qué manos tiene? Nadie puede decirlo. Y, sin embargo, tiene pies, porque llevan a la Iglesia; y manos, porque socorren a los pobres; y ojos, porque le permiten preocuparse del pobre y del indigente: «Dichoso el que socorre al desvalido» (Sal 40, 2). Tiene oídos, de los que dice el Señor: «Quien tenga oídos para oír, que oiga» (Lc 8, 8). No se trata de miembros esparcidos por el espacio. Lo que sucede es que el que tiene amor ve todo a la vez por el pensamiento. Habita en él y él habitará en ti; permanece en él y él permanecerá en ti.

Pero, hermanos, ¿quién ama lo que no ve?, ¿por qué os levantáis, aclamáis y alabáis cuando se habla del amor?, ¿qué os he enseñado?, ¿qué colores os he presentado?, ¿os he ofrecido oro o plata?, ¿acaso he desenterrado las joyas de un tesoro?, ¿he presentado a vuestros ojos algo así?, ¿cambiaba mi rostro mientras os hablaba? Yo llevo mi carne, tengo el mismo aspecto que cuando he entrado y vosotros también el mismo que cuando habéis llegado. Se habla bien del amor y vosotros no hacéis más que aclamar. Por tanto, está claro que no veis nada. Pero si os gusta alabarlo, que os guste también tenerlo en vuestro corazón. Ojo a lo que voy a decir, hermanos: con toda la fuerza que me da la gracia de Dios, os animo a buscar un gran tesoro. Si se os enseñara una pequeña vasija cincelada, dorada, perfectamente hecha, capaz de encantar vuestros ojos y de complacer vuestro corazón, que os sedujera por el trabajo del artista, el peso de la plata o el brillo del metal, ¿no diríais cada uno de vosotros: «¡Ojalá tuviera esa vasija!»? Lo diríais inútilmente, porque esa vasija no sería para vosotros. Y si alguno desea hacerse con ella, soñaría con robarla en la casa de alguien. Ahora, sin embargo, alabamos el amor. Y si queréis, será vuestro, lo poseeréis. No necesitáis robárselo a nadie ni pensar en comprarlo, pues es gratuito. Tomadlo y abrazadlo, pues nada hay más dulce que él. Y si es así cuando se habla de él, ¿cómo será cuando se le posee?

11. Hermanos, si queréis tener siempre amor, no creáis en absoluto que es lánguido y ocioso, y que se conserva por una especie de mansedumbre,

⁴² Cf. *Confesiones VII*, 1, 1 y 10, 16. En este lugar, san Agustín expone cómo, cuando era maniqueo, sólo podía representarse a Dios en forma corporal.

más aún, por una especie de indolencia y negligencia. No, así no se conserva. No creas que amas a tu siervo porque no le pegas, que quieres a tu hijo porque no le castigas o que amas a tu prójimo porque no le corriges. Eso no es amor, sino tibieza. ¡Que el amor sea ferviente a la hora de corregir y reprender! Si las costumbres son buenas, que haya alegría; y si son malas, que se corrijan. En el hombre no ames el error, sino al hombre; al hombre lo hizo Dios, pero el error es cosa del hombre. Ama lo que ha hecho Dios, no lo que ha hecho el hombre. Amar a este es destruir aquello; querer a este es purificarlo. Y si alguna vez tienes que castigar, que sea por querer corregir.

He aquí por qué el amor es simbolizado por la paloma que vino sobre el Señor⁴³. Es el mismo símbolo en que vino el Espíritu santo para derramar el amor en nosotros. ¿Por qué? La paloma no tiene hiel, pero lucha por su nido con su pico y con sus alas, golpea sin amargura. Es lo mismo que hace el padre: cuando castiga a su hijo, lo castiga por su bien. Ya he dicho que cuando el traficante de esclavos quiere vender, acaricia con amargura; cuando el padre corrige, castiga sin hiel. Sed así con todos. Aquí tenéis, hermanos, una gran lección, una gran norma de conducta. Todos vosotros o tenéis hijos o queréis tenerlos. Y si habéis decidido no tener hijos según la carne, desead al menos tenerlos según el espíritu. ¿Y hay alguien que no quiera corregir a su hijo?, ¿hay algún hijo al que su padre no haya corregido alguna vez?⁴⁴. Parece ciertamente que castiga. El amor castiga, la caridad castiga: castiga de algún modo sin hiel como la paloma, no como el cuervo.

Esto me anima a deciros, hermanos, que los que provocan el cisma violan el amor, igual que los que odian el amor odian también la paloma. Pero la paloma los ha convencido de su culpa. Ella viene del cielo, los cielos se han abierto, y se posa sobre la cabeza del Señor. ¿Para qué? Para que oiga: «Este es el que bautiza» (Jn 1, 33). Retiraos, ladrones; huid, invasores de la posesión de Cristo. En vuestros dominios, donde pretendéis ejercer vuestro poder, os habéis atrevido a exhibir vuestros títulos de propiedad. Pero él conoce bien sus títulos y reivindica su posesión. No destruye los títulos, sino que entra y toma posesión. Así que, cuando alguien vuelve a la Iglesia católica, su bautismo no ha sido suprimido, por miedo a que se suprima también el título de posesión de su

⁴³ Cf. Mt 3, 16.

⁴⁴ Cf. Heb 12, 7.

Rey⁴⁵. ¿Pero qué se hace en la Iglesia católica? Se reconoce ese título. Su poseedor legítimo entra con sus títulos donde entraba el ladrón con títulos ajenos.

⁴⁵ Alude a la práctica de los donatistas, que obligan a repetir el bautismo cuando alguien ha sido bautizado por un ministro hereje. La Iglesia católica consideró siempre válidos esos bautismos, porque es Cristo quien bautiza. El ministro, hereje o no, sólo es un instrumento y no causa de la gracia.

OCTAVO TRATADO

1 Jn 4, 12-16

Resumen

1. Perseverar en el amor

1. Que el amor de Cristo inspire todas nuestras obras
2. Que nuestro amor se base en la humildad de reconocer que nos viene de Dios
3. Que aunque nuestras obras tienen un principio y un final, el amor que las inspira no debe cesar nunca

2. Sobre el amor al enemigo

4. Juan habla mucho del amor fraterno, pero ¿no dice nada del amor al enemigo que mandó Jesús?
5. El amor auténtico es dadivoso y desinteresado. Quien socorre las necesidades del prójimo puede caer en el peligro de sentirse superior
6. La soberbia y la avaricia son el origen de todos los males, destruyen en nosotros la imagen de Dios y nos convierten en esclavos de las criaturas
7. Servir a Dios es reinar. Ejemplos y paradojas de esta afirmación
8. El cristiano no debe creerse superior a nadie, sino ver a todos como iguales
9. Puesto que la soberbia también puede inspirar acciones aparentemente buenas, debemos examinar nuestra conciencia
10. El amor perfecto consiste en transformar al enemigo en hermano
11. Ama a tu enemigo como persona, ruega para que sane del pecado que hay en él y soporta con paciencia el mal que te hace, pues a veces Dios lo permite por tu bien.

3. El amor, signo y prueba de la salvación

12. Si en tu corazón hay amor, es que el Espíritu santo habita en ti

13. Mantengamos la esperanza en nuestra salvación
14. Dios permanece en el que ama. Amemos, pues aunque Dios no necesita de nosotros, nosotros sí necesitamos de él

1. Perseverar en el amor

1. Amor, dulce palabra, pero realidad todavía más dulce. No podemos hablar de él siempre, pues llevamos entre manos muchas cosas y nos tensan muchas ocupaciones que nos impiden que nuestra lengua hable continuamente del amor, que sería lo mejor que podría hacer. Pero aunque no podamos hablar siempre de él, lo que sí podemos hacer es vivir siempre en él. Pasa lo mismo con el aleluya que ahora cantamos: ¿es que podemos cantarlo siempre? Ni siquiera lo cantamos una hora entera, sino sólo algunos minutos, y luego nos dedicamos a otras cosas. Ya sabéis que aleluya significa «alabad a Dios». El que alaba a Dios con la lengua, no puede hacerlo continuamente; pero el que lo alaba con sus costumbres, ese sí puede. Las obras de misericordia, los sentimientos caritativos, la piedad santa, la castidad incorruptible y la templanza con medida hay que observarlas siempre, tanto si estamos en un lugar público como si estamos en casa, si estamos con gente o a solas en nuestra habitación, si hablamos o si callamos, si hacemos algo o si estamos desocupados. Son virtudes que siempre debemos mantener, porque todas las que he enumerado son interiores. Pero ¿basta con enumerarlas? Son como el ejército de un general que está dentro de tu alma. E igual que un general hace con su ejército lo que le place, también Jesucristo nuestro Señor, desde que empieza a habitar en tu hombre interior, es decir, dentro de tu alma por la fe, se sirve de estas virtudes como si fueran servidores suyos. Estas virtudes son invisibles para los ojos, y por eso las alabamos cuando hablamos de ellas. No las alabaríamos si no las amáramos, y no las amaríamos si no las viéramos. Y si está claro que no las amaríamos si no las viéramos, es que las vemos con la ayuda de otros ojos, es decir, con la mirada interior del corazón. Estas virtudes invisibles hacen que los miembros se muevan visiblemente, por ejemplo, que los pies echen a andar. Pero ¿adónde? A donde lleve la buena voluntad que está a las órdenes de un buen general. También mueven a las manos a hacer cosas. Pero ¿qué? Lo que mande el amor, que el Espíritu santo inspira interiormente. A los miembros se les ve cuando se mueven, pero al que

manda por dentro, a ese no se le ve. Quien manda por dentro casi solo lo sabe el que manda y el que recibe las órdenes por dentro.

2. Porque acabáis de escucharlo, hermanos, cuando se ha leído el evangelio, si no sólo habéis prestado los oídos corporales, sino también los de vuestro corazón. ¿Qué dice?: «No hagáis el bien para que os vean los hombres» (Mt 6, 1). ¿Acaso quiere decir que, cuando hagamos el bien, tratemos de evitar los ojos de la gente y procuremos que no nos vean? Si tienes miedo de que te vean, no tendrás quien te imite. Por tanto, debes procurar que te vean, pero no debes hacer las cosas para que te vean. El fin de tu gozo y la meta de tu alegría no debe consistir en pensar que ya has logrado todo el fruto de tu buena obra si te ve la gente y habla bien de ti. Nada de eso. Despréciate cuando te alaban; que alaben en ti al que obra por ti. El bien que haces, no lo hagas para que te alaben a ti, sino para que alaben al que te capacita para que hagas el bien. Porque por ti mismo lo único que puedes es hacer mal; si haces el bien se lo debes a Dios. Al contrario, fijaos cómo la gente perversa piensa al revés. Pues lo que hacen bien, quieren atribuírselo a sí mismos; pero, cuando actúan mal, tratan de echarle la culpa a Dios. ¿Es que quieres poner a Dios debajo y a ti arriba? Te precipitas, no te elevas, pues él siempre está arriba. ¿Qué pasa, pues?, ¿para ti el bien y para Dios el mal? Si quieres ser sincero, di más bien: «Para mí el mal y para Dios el bien, pues es malo todo lo que hago por mi cuenta». Esta confesión robustece el corazón y sienta las bases del amor. Pues si hemos de esconder nuestras obras buenas para que no las vean los hombres, ¿en qué se queda aquel precepto del Señor en el sermón del monte, poco antes del texto que acabo de citar: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres»? Pero el Señor no se conformó con eso, no terminó ahí y continuó: «Y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo» (Mt 5, 16). ¿Y qué dice el apóstol? «Por entonces las iglesias cristianas de Judea no me conocían aún personalmente; lo único que oían decir que el perseguidor de otro tiempo anunciaba ahora la fe que antes combatía. Y daban gloria a Dios por mi causa» (Gál 1, 22-24). Fijaos cómo Pablo, al darse a conocer, no persigue su alabanza, sino la alabanza de Dios. Lo realmente suyo es ser un devastador de la Iglesia, un perseguidor envidioso y maligno. Lo dice él mismo, no es que le acusemos nosotros. A Pablo le gusta que hablemos de sus pecados, para dar gloria así al que le curó de esa enfermedad. La mano del médico cortó en vivo la enormidad del mal y se curó. Aquella voz del cielo enterró al perseguidor y descubrió

al predicador; mató a Saulo y dio la vida a Pablo⁴⁶. Porque Saulo era perseguidor de una persona inocente⁴⁷. Ese era el nombre del apóstol cuando perseguía a los cristianos. Después, Saulo se convirtió en Pablo⁴⁸. ¿Qué significa Pablo? Pablo quiere decir «pequeño». Luego cuando se llamaba Saulo era orgulloso; cuando se empieza a llamar Pablo, es humilde y pequeño. Por eso solemos decir: «Te veré un poco [*paulo*] más tarde», es decir, dentro de un poco [*modicum*]. Escuchad cómo él mismo dice que se ha hecho pequeño: «Yo, que soy el menor de los apóstoles» (1 Cor 15, 9). Y en otro pasaje: «A mí, el más insignificante de todos los creyentes» (Ef 3, 8). Entre los apóstoles era como el fleco de un vestido, pero la Iglesia de las naciones, que se parece a la mujer que tenía flujo de sangre, lo tocó y se curó.

3. Hermanos, lo que os he dicho, lo que os digo y lo que, si puedo, os diré sin cesar es que unas veces hagáis unas cosas y otras veces otras, según el tiempo, los días y las horas. ¿Es que es posible hablar sin parar?, ¿acaso se puede estar siempre callado?, ¿o reparar continuamente las fuerzas corporales, o ayunar, o dar pan al necesitado, o vestir al desnudo, o visitar a los enfermos, o poner de acuerdo a los que difieren, o sepultar a los muertos? No, sino que una vez unas cosas y otra vez otras. Son obras que tienen un comienzo y un final; pero el principio que las sustenta ni tiene un principio ni debe tener un final. Que la caridad interior no cese jamás, que las obras externas de caridad se realicen en su momento justo. «Perseverad en el amor fraterno» (Heb 13, 1).

2. **Sobre el amor al enemigo**

4. Es posible que, después de haberos comentado esta carta de san Juan, algunos os preguntéis por qué el único punto en que ha insistido es la caridad. Habla del que «ama a su hermano» (1 Jn 2, 10) y de que «nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que él nos dio» (1 Jn 3, 23). Habla sin cesar del amor fraterno, pero no omite del todo el amor de Dios, es decir, el amor-caridad que hemos de tener a Dios. Sin embargo, del amor al enemigo apenas dice nada en el transcurso de la carta⁴⁹. Nos predica con fuerza y nos recomienda la caridad, pero no nos habla de amar a los enemigos. Pero al leer el evangelio hemos escuchado lo

⁴⁶ Cf. Hch 9.

⁴⁷ Cf. 1 Sam 19.

⁴⁸ Cf. Hch 13, 9.

⁴⁹ Hasta ahora no se ha tocado el tema del amor a los enemigos. Pero a partir de aquí constituye el contenido de todos los tratados.

siguiente: «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?, ¿no hacen también eso los publicanos?» (Mt 5, 46). ¿Cómo se explica, pues, que el apóstol Juan nos recomiende tanto el amor fraterno cuando el Señor nos dice que no basta con amar a nuestros hermanos, sino que hay que extender este amor hasta nuestros enemigos? El que llega a amar a sus enemigos no se salta a sus hermanos. Es como el fuego, que primero quema lo que está cerca y luego se propaga a lo que está lejos. Y tu hermano está más cerca de ti que cualquier otro hombre. También tiene más que ver contigo alguien a quien no conoces, pero que no es tu adversario, que un enemigo que además se te opone. Extiende tu amor a los próximos, pero no digas que eso es «extender». Porque si amas a los que están cerca de ti, en realidad es a ti a quien estás amando. Extiende tu amor a los desconocidos que no te han hecho ningún mal. Y vete más allá, hasta que ames incluso a los enemigos. Es evidente que esto es lo que manda el Señor. Entonces, ¿por qué Juan no habla del amor a los enemigos?

5. Toda dilección [*dilectio*], incluso la camal, que no suele llamarse dilección, sino amor (pues la palabra «dilección» se usa más para referirse a los sentimientos espirituales, se les llama así). Sin embargo, toda dilección [*dilectio*], queridos hermanos, incluye también cierta benevolencia hacia aquellos que se ama. En efecto, no debemos amar tiernamente [*diligere*] a los hombres —podemos decir amar tiernamente [*diligere*] o amar [*amare*], porque el verbo «amar» es el que empleó el Señor cuando dijo: «Pedro, ¿me amas?» (Jn 21, 17)— como vemos que dicen los comilones: «Amo (me gustan) los tordos». Pero tú dirás: «¿Y por qué no?». Porque los aman para matarlos y comerlos. Dicen que los quieren, pero los quieren para que no existan, para que dejen de existir. Todo lo que queremos para alimentarnos lo queremos para destruirlo y reponer nuestras fuerzas. ¿Amaremos también a los hombres para consumirlos? Hay un amor, un amor de benevolencia, que nos lleva, si es preciso, a dar a los que amamos. ¿Y si no tenemos nada para darles? Al que ama le basta con la benevolencia.

No debemos desear que haya gente en la miseria para poder ejercitar las obras de misericordia. Das pan al hambriento, pero sería mejor que no hubiera hambrientos y no tuvieras que dar a nadie. Vistes al desnudo, pero ¡ojalá todo el mundo fuera vestido y no hubiera esta necesidad! Entierras al muerto, pero ¡a ver si llega pronto una vida en que no muera nadie! Pones paz entre gente que litiga; ¡ojalá que llegue el día en que reine la paz

de la Jerusalén eterna donde nadie esté en desacuerdo! Porque todos esos servicios responden a determinadas necesidades. Que desaparezca la miseria y desaparecerán también las obras de misericordia. Desaparecerán las obras de misericordia, pero, ¿se extinguirá también el ardor de la caridad? Cuando amas a alguien que es feliz y que no necesita de tus dones, tu amor es más auténtico, más puro y mucho más sincero. Porque cuando prestas algún servicio a alguien infeliz, puede que quieras elevarte sobre él y que se sienta en deuda para contigo ese que es el motivo de tu buena obra. Él tenía necesidad y tú le has dado parte de tus bienes. Y, al darle, te parece como si fueras más que él por el simple hecho de darle. Anhela que sea tu igual para que ambos estéis bajo aquel al que nada se le puede dar.

6. En esto es donde al alma soberbia ha sobrepasado la medida y donde en cierto modo se ha hecho avara, porque «la avaricia es la raíz de todos los males» (1 Tim 6, 10). Y también se ha dicho: «La soberbia es el comienzo de todo pecado» (Eclo 10, 13). A veces nos preguntamos cómo conciliar estas dos frases: «La avaricia es la raíz de todos los males», y: «La soberbia es el comienzo de todo pecado»⁵⁰. Si la soberbia es el comienzo de todo pecado, es que la soberbia es la raíz de todos los males. Es cierto que la avaricia es la raíz de todos los males, pues la encontramos hasta en la soberbia. El hombre se ha pasado. ¿Qué es ser avaro? Ir más allá de lo que es suficiente. A Adán lo perdió su soberbia; se ha dicho: «El comienzo de todo pecado es la soberbia». ¿Pasa lo mismo con la avaricia?, ¿puede haber alguien más avaro que el que no tiene bastante con Dios? Leemos, hermanos, que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. ¿Qué dijo Dios de él?: «Que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra» (Gn 1, 26). ¿Acaso dijo: «Que domine sobre los hombres»? Lo que dice es que «domine», es decir, que domine conforme a su naturaleza. Que domine ¿sobre qué? «Sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra». ¿A qué se debe este poder natural del hombre sobre estas bestias? A que el hombre tiene ese poder porque ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿En qué ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios? En la inteligencia, en el espíritu, en el hombre interior, en que conoce la verdad, distingue la justicia y la injusticia, sabe quién lo ha hecho y es capaz de comprender y alabar a su

⁵⁰ Cf. De Trinitate IX, 14. En este lugar, san Agustín y sus comentaristas hacen la escala siguiente: el cuerpo se somete al alma en la medida en que esta se mantiene sumisa a Dios. Cuando, por soberbia, el alma se separa de él, lógicamente se hace esclava del cuerpo, como lo refleja la concupiscencia.

creador. Tiene esta inteligencia el que posee la sabiduría. Por eso, al borrar muchos hombres la imagen de Dios que hay en ellos por sus malos deseos y al apagar la llama de la inteligencia con sus costumbres perversas, les dice a gritos la Escritura: «No seáis irracionales como caballos o mulos» (Sal 31, 9). Es decir: «Te he puesto por encima del caballo y del mulo, te he hecho a mi imagen, te he dado poder sobre estos animales». ¿Por qué? Porque los animales no tienen alma racional, pero tú captas la verdad y sabes lo que hay por encima de ti porque sí la tienes. Sométete a lo que está por encima de ti, y aquellos sobre los que has sido constituido estarán debajo de ti. Pero como ha abandonado por el pecado a aquel bajo el que debía estar, ha sido sometido a aquellos por encima de los que debía estar.

7. Fijaos bien en lo que voy a decir: Dios, hombre, animales. Esto es: por encima de ti, Dios; por debajo, los animales. Reconoce al que está por encima de ti, para que te reconozcan los que están debajo de ti. Daniel reconoció a Dios por encima de él, por eso los leones lo reconocieron por encima de ellos. Si no reconoces al que está por encima de ti, desprecias a alguien que es superior y te sometes a otro inferior. ¿Cómo se venció la soberbia de los egipcios? A base de plagas de ranas y moscas. Dios podía haber mandado también leones, porque, por valiente que sea un hombre, puede temer a un león. Cuanto más soberbios eran los hombres, tanto más se sirvió Dios de cosas despreciables para doblegar su cerviz. Pero los leones reconocieron a Daniel porque era sumiso a Dios.

¿Qué pasa, pues?, ¿es que los mártires que lucharon con las fieras y fueron despedazados por los mordiscos de las fieras no eran sumisos a Dios?, ¿o sí eran siervos de Dios los tres jóvenes y no los macabeos? ¿Por qué reconoció el fuego a los tres jóvenes, a quienes no quemó ni consumió sus vestidos, y no reconoció a los macabeos? Pues sí, hermanos, también reconoció a estos⁵¹. Pero hacía falta un castigo, permitido por el Señor, del que dice la Escritura: «Él castiga a quien recibe como hijo» (Heb 12, 6).

¿Creéis, hermanos, que el hierro habría traspasado el costado del Señor si él no lo hubiera permitido, o que le habrían clavado en la madera si él no hubiera querido? ¿Es que no lo reconoció su criatura?, ¿o es que prefirió ofrecer a sus fieles un ejemplo de paciencia? Por tanto, Dios liberó a unos visiblemente y a otros no los liberó visiblemente, pero a todos los liberó espiritualmente. Espiritualmente no abandonó a nadie. Visiblemente parece que abandonó a unos y salvó a otros. Salvó a algunos para que

⁵¹ Cf 2 Mac 7.

nadie piense que no puede salvar a nadie. Demostró que podía hacerlo para que, cuando no lo haga, percibas una voluntad oculta y no sospechas que tiene dificultades. Hermanos, y ahora ¿qué? Cuando superemos todas las trampas de esta vida mortal, cuando pase el tiempo de la tentación, cuando haya transcurrido el río de este mundo y cuando recuperemos el primer vestido, es decir, la inmortalidad perdida por el pecado; cuando esta carne se haya revestido cae incorruptibilidad y este cuerpo de inmortalidad⁵², entonces todas las criaturas reconocerán en nosotros unos perfectos hijos de Dios, en los que la tentación no tiene nada que hacer, pues todas las cosas nos estarán sometidas si somos aquí súbditos de Dios.

8. Así debe ser el cristiano para que no se crea superior a los demás hombres. Dios le ha concedido estar por encima de los animales; es decir, lo ha hecho superior a ellos. Es un don natural y, por taxito, siempre estarás por encima de ellos. Pero si pretendes ser superior a otro hombre, lo envidiarás cuando veas que es igual a ti. Debes querer que todos los hombres sean iguales a ti y, si superáis a alguien en sabiduría, debes querer que él también sea sabio. Mientras vaya retrasado respecto a ti, está en tu escuela; mientras sea ignorante, te necesita; tú pareces su maestro y él tu discípulo. Tú eres superior, pues eres su maestro, y él es inferior porque es tu discípulo. Si no quieres que sea igual a ti, es que pretendes que sea siempre tu discípulo. Y si quieres que sea siempre tu discípulo, es que eres un maestro envidioso. Y si eres un maestro envidioso, ¿eres realmente un maestro? Te ruego que no le enseñes a ser envidioso como tú. Escucha lo que dice el apóstol hablando de las entrañas de la caridad: «Quisiera yo que todos los hombres siguiesen mi ejemplo» (1 Cor 7,7). ¿Cómo podía querer que todos fueran iguales a él? Él era superior a todos, justamente porque el amor le movía a desear que todos fueran iguales a él. Por tanto, el hombre se ha pasado de la raya. Demasiado avaro, él, que fue creado superior a los animales, quiso situarse por encima de los hombres. Y claro, eso es pura y simple soberbia.

9. Mirad ahora qué cosas tan grandes hace la soberbia. Pensad en vuestro corazón cómo las hace parecidas y casi iguales a las de la caridad. La caridad da de comer al hambriento, y la soberbia también. La caridad lo hace para dar gloria a Dios; la soberbia, para su propia gloria. La caridad viste al desnudo, y la soberbia también lo hace. ¿Que ayuna la

⁵² Cf. 1 Cor 15, 53-54.

caridad? Pues la soberbia también. ¿Que la caridad entierra a los muertos? La soberbia también lo hace. Todas las obras buenas que quiere hacer y hace la caridad, las fustiga la soberbia todo lo que puede. Pero el amor va por dentro y no se sirve de los manejos de la soberbia mal impulsada; bueno, digamos que en este caso la soberbia no es algo que impulsa al mal, sino algo mal impulsado. ¡Desgraciado el hombre que tiene a la soberbia por guía, pues se precipitará irremisiblemente en el abismo!

Pero, ¿cómo se sabe que las obras buenas no se deben a la soberbia?, ¿cómo comprobarlo?, ¿cuáles son los signos? Nosotros vemos las obras. La misericordia da de comer y la soberbia también; la misericordia es hospitalaria, y la soberbia también; la misericordia intercede por el pobre, y la soberbia no se queda atrás. Entonces, ¿qué? Por las obras no las distinguimos. Me atrevería a decir —pero no lo digo yo, sino Pablo— que el amor lleva a la muerte, es decir, que quien tiene amor confiesa el nombre de Cristo y va hacia el martirio. Pero la soberbia también confiesa y también va hacia el martirio. Aquel tiene amor y esta no tiene amor. Que el que no tenga amor escuche lo que dice el apóstol: «Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve» (1 Cor 13, 3). Por consiguiente, la Escritura nos llama a pasar de la agitación que domina fuera a nuestro interior; nos llama a dejar a un lado lo exterior que se mueve en la superficie ante los ojos de los hombres. Vuelve a tu conciencia, que ella te interroga. No mires lo que florece por fuera, sino la raíz que se hunde en la tierra. ¿Es la codicia la raíz? Entonces puede que parezca que hay buenas obras, pero la verdad es que es imposible que las haya. ¿Es acaso el amor la raíz? Ten la seguridad de que de ahí no saldrá nada malo. La soberbia halaga, el amor castiga. Una viste, el otro golpea. La primera viste para complacer a los hombres, el segundo golpea para corregir mediante la disciplina. Es preferible la plaga del amor a la limosna de la soberbia. Hermanos, entrad en vuestro interior y ved cómo Dios es testigo de todo lo que hacéis. Y si él lo ve, fijaos con qué espíritu lo hacéis. Si vuestro corazón no os acusa de hacer las cosas para que os vean, entonces estupendo, estad tranquilos. Cuando hacéis el bien no tengáis miedo de que os vean. Lo que has de temer es hacer las cosas para que te alaben; que las vean los demás, para que alaben a Dios. Pues si te escondes de los ojos de los hombres, impides que te imiten y privas a Dios de su alabanza. Dos son los hombres a los que das limosna; dos tienen hambre, uno de pan y otro de justicia. Y como se ha dicho: «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque Dios los saciará» (Mt 5, 6), tú estás entre ellos dos para hacer el bien. Si es el

amor el que te mueve a obrar, se compadece de los dos, quiere socorrer a ambos. A uno dale de comer y al otro ofrécele tu ejemplo; en realidad, das limosna a los dos. Del primero habrás hecho un hombre que te estará agradecido por matarle el hambre; al otro lo habrás convertido en imitador del ejemplo que le has dado.

10. Compadeceos de la gente siendo sensibles a la miseria de los demás, porque, al amar a los enemigos, en realidad estáis amando a hermanos. No creáis que Juan no mandó nada sobre el amor a los enemigos, lo hizo al hablar del amor cristiano. Amáis a hermanos. Preguntas: «¿Cómo que amamos a hermanos?». Y te pregunto yo: ¿por qué amas a tu enemigo?, ¿para qué lo amas? ¿Para que tenga salud durante esta vida?, ¿y si no le conviene? ¿Para que sea rico?, ¿y si las riquezas lo ciegan? ¿Para que se case?, ¿y si el matrimonio le amarga la vida? ¿Para que tenga hijos?, ¿y si le salen malos? Por tanto, los bienes que deseas para bien de tu enemigo son inciertos; sí, inciertos. Deséale que comparta contigo la vida eterna; anhela que sea hermano tuyo. Porque si amando al enemigo quieres que sea hermano tuyo, entonces es que lo amas, que amas a un hermano. No amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea.

Queridos hermanos, si no me equivoco, creo que ya hice una vez esta comparación: tenemos un trozo de madera de roble. Lo vio un buen artesano aún sin tallar, cortado en el bosque, y le gustó. No sé lo que quiere hacer, pero no le gustó para dejar que siga siempre como está. Su arte le hace ver lo que puede ser esta madera, su amor no se queda en lo que es, sino lo que se puede hacer con él. Pues bien, así nos amó Dios a nosotros, pecadores. Porque dice: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (Mt 9, 12). ¿Acaso nos amó cuando éramos pecadores para que lo siguiéramos siendo? El artesano nos vio como una madera en bruto procedente del bosque y pensó en lo que podía hacer con ella, no en la madera bruta. Lo mismo pasa contigo, pues ves a tu enemigo que se te opone, que se ceba contigo, que te agobia con palabras mordaces, que se te enfrenta, que te persigue con odio; pero tú tienes claro que se trata de un hombre. Ves todo lo que ha hecho contra ti, pero ves también que ha sido hecho por Dios. Lo que es como hombre es obra de Dios; que te odie es cosa suya, que te envidie depende de él. ¿Qué te dice tu alma?: «Señor, sé bueno con él, perdónale sus pecados; infúndele algo de temor, cámbialo». No amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea. Por tanto, cuando amas a un enemigo, amas a un hermano.

Así pues, el amor perfecto es el amor al enemigo; esta perfección del amor está implicada en el amor fraterno. Y que nadie diga que el apóstol Juan nos insistió menos en este punto que Cristo nuestro Señor en el evangelio, porque Juan nos mandó que amemos a nuestros hermanos, y Cristo nos dijo que amemos también a los enemigos⁵³. ¿Acaso para que sigan siendo siempre nuestros enemigos? Si te mandó amarlos para que sigan siendo tus enemigos, entonces no los amas, sino que los odias. Fíjate cómo los amó él para que no siguieran siendo perseguidores, como se ve en estas palabras: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Querer que se les perdone es querer que cambien; querer que cambien es que dejen de ser enemigos y se digne hacerlos hermanos. Y eso es lo que hizo. Él fue muerto, fue sepultado, resucitó, subió al cielo y envió el Espíritu santo a los discípulos. Estos empezaron a predicar confiadamente su nombre y hacían milagros en nombre del crucificado y muerto. Los que habían matado al Señor vieron estas cosas; los mismos que lo habían perseguido y derramado su sangre, la bebieron luego creyendo.

11. Hermanos, me he alargado demasiado en estas cosas. Pero, como era preciso mostrar vigorosamente a vuestra caridad cuál es el precio del amor, eso me obligaba a mostrarlo. Si en vosotros no hay nada de amor, entonces no hemos dicho nada. Pero si lo hay, es como si hubiéramos echado un poco de aceite al fuego, y puede ser que ello haya contribuido a que en algunos crezca el que ya había y en otros empiece a haber el que no había. Hemos dicho estas cosas para que no seáis perezosos a la hora de amar a vuestros enemigos. ¿Que alguien se ceba contigo? Pues que se cebe, pero tú ora; que él odie, tú compadécete. Lo que te odia es la fiebre de su alma; cuando recupere la salud te lo agradecerá. ¿Cómo quieren los médicos a sus enfermos?, ¿es que los quieren como enfermos? Si los quieren así, es que quieren que siempre estén enfermos. Pero los quieren no para que estén siempre enfermos, sino para que dejen de estar enfermos y se curen. ¿Y cuánto no sufren a menudo a causa de los frenéticos?, ¿cuántas injurias y a veces incluso golpes? El médico persigue la fiebre y perdona al hombre. ¿Qué diré, hermanos?, ¿que ama a su enemigo? En absoluto, sino que odia la enfermedad, que es su enemigo. A esta es a la que odia, pero ama al hombre afectado por ella; es decir, odia la fiebre. ¿Qué es lo que le afecta? El mal, la enfermedad, la fiebre. ¿Qué se

⁵³ Cf Mt 5, 44.

gana con devolver mal por mal? Lloro por un solo enfermo que te odie; pero si tú también le odias, entonces tengo que llorar por dos. Él persigue algo tuyo; te quita no sé qué bien que tienes aquí abajo. Te lo hace pasar mal aquí en la tierra, por eso le odias. No lo pases mal, vete arriba al cielo. Allí ensancharás tu corazón, de manera que con la esperanza de la vida eterna ya no te sentirás angustiado. Considera que no te quitaría lo que te quita si no lo permitiera aquel «que castiga al que recibe como hijo» (Heb 12, 6). Tu enemigo es como el hierro del que Dios se sirve para curarte. Si Dios cree que es bueno que tu enemigo te despoje, se lo permite; si cree que es bueno que te den algunos golpes, permite que te peguen. Lo utiliza para curarte. Desea tú, pues, que él también se cure.

3. *El amor, signo y prueba de la salvación*

12. «Nadie ha visto jamás a Dios». Mirad, queridísimos hermanos: «Si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección». Empieza a amar y serás perfecto. ¿Has empezado a amar? Pues Dios ya ha empezado a habitar en ti. Ama al que ya ha empezado a habitar en ti para que, habitando aún más perfectamente, te haga perfecto. «En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que él nos ha dado su Espíritu». Magnífico, demos gracias a Dios. Sabemos que habita en nosotros. ¿Y por qué sabemos que habita en nosotros? Nos lo dice el mismo Juan: «En que él nos ha dado su Espíritu». ¿Y cómo sabemos que «nos ha dado su Espíritu»? ¿cómo sabes que te ha dado su Espíritu? Pregunta a tu corazón. Si está lleno de amor, es que tienes el Espíritu de Dios. ¿Cómo sabemos que este es el signo de que el Espíritu de Dios habita en ti? Pregúntaselo al apóstol Pablo: «Porque, al darnos el Espíritu santo, Dios ha derramado el amor en nuestros corazones» (Rom 5, 5).

13. «Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo como salvador del mundo». Estad tranquilos los que estáis enfermos. ¿Seguís desesperados siendo quien es el médico que viene? Las enfermedades eran graves; las heridas, incurables; el mal, desesperante. ¿Así que te fijas en lo grande que es tu mal y no en lo omnipotente que es tu médico? Tú estás desesperado, pero él lo puede todo; testigos de ello son los primeros que fueron curados y ellos son quienes nos han hablado de este médico. En realidad, han sido curados más en esperanza que de hecho. Pues así dice el apóstol: «Porque ya

estamos salvados, aunque sólo en esperanza» (Rom 8, 24). Nuestra salvación empieza, pues, por la fe, pero se consumará cuando este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad y nuestro cuerpo mortal se revista de inmortalidad⁵⁴. Se trata aún de esperanza, no de realidad. Pero quien se alegra en la esperanza, poseerá también la realidad. Y el que no tenga esperanza, no podrá llegar a la realidad.

14. «Si uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios». Expliquémoslo brevemente: «Si uno confiesa» no de palabra, sino con sus obras; no con la lengua, sino con su vida. Porque muchos confiesan con las palabras y niegan eso mismo con sus hechos. «Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene». Una vez más, ¿cómo lo sabes? «Porque Dios es amor». Ya lo dijo antes y lo repite ahora. Es imposible valorar más el amor que diciendo que es Dios. Es posible que tengas la tentación de despreciar el don de Dios. Pero ¿serías capaz de despreciar a Dios? «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él». Habitan mutuamente el uno en el otro, el que contiene y el contenido. Tú habitas en Dios, pero para ser contenido; Dios habita en ti, pero para contenerte y evitar que caigas. No pienses, pues, que eres la casa de Dios igual que tu casa acoge tu cuerpo. Pues, si se hunde la casa donde estás, tú también te precipitas; pero si eres tú quien se hunde, a Dios no le pasa nada. Si le abandonas, él sigue íntegro, e íntegro está cuando vuelves. Tú recuperas la salud sin que él gane absolutamente nada; eres tú quien es purificado, quien es recreado, quien es corregido. Él es la medicina para el enfermo, la regla para el malo, la luz para el que está en tinieblas, el hogar para el que no tiene asilo. Tienes, pues, todas las ventajas. No pienses que le das algo a Dios cuando vas a él, ni siquiera la propiedad de ti mismo. ¿Acaso Dios no va a tener quien le sirva si tú te niegas y todo el mundo se niega? Dios no necesita para nada de los servidores; son los servidores quienes le necesitan a él. Por eso dice el salmista: «No necesitas de mis bienes» (Sal 15, 2). Tú necesitas de los buenos oficios de tu siervo. Tu siervo necesita también de tus buenos oficios para que le alimentes, y tú necesitas de los suyos para que te ayude. No puedes ir a buscar agua, cocer los alimentos, correr delante de tu caballo, cuidar tu asno. Te das cuenta de que necesitas de los buenos oficios de tu siervo, de sus servicios. No eres, pues, un verdadero dueño, porque necesitas de un inferior. El verdadero dueño no busca nada

⁵⁴ Cf. 1 Cor 15, 53.54.

en nosotros, pero ¡ay de nosotros si no le buscamos! No busca nada en nosotros, pero nos ha buscado incluso cuando nosotros no le buscábamos. Se le perdió una sola oveja; la encontró y la trajo sobre sus hombros⁵⁵. ¿Es que no necesitaba la oveja al pastor más que el pastor a la oveja?

Cuanto más contento me siento por hablar del amor, tanto menos quisiera que se acabara esta carta. Ninguna como esta habla del amor con más intensidad. Es imposible que se nos dé nada más dulce de entender, nada más saludable de beber, siempre que consolidéis en vosotros el don de Dios mediante una vida auténtica. No seáis desagradecidos con la inmensa gracia de aquel que, teniendo un Hijo único, no ha querido que fuera sólo él su hijo, sino que, para que tuviera hermanos, ha adoptado a otros que puedan poseer con él la vida eterna.

⁵⁵ Cf. Lc 15, 4-5.

NOVENO TRATADO

1 Jn 4, 17-21

Resumen

1. El verdadero amor es la caridad
 1. Quien permanece en Dios permanece en el amor
2. Sobre el temor y el amor
 2. La justificación comienza por el temor al juicio divino, pero llega a su perfección cuando el amor expulsa el temor y nos hace desear la llegada del Reino
 3. Nuestra confianza ante el día del juicio nace de que, por el amor a los enemigos, nos hacemos semejantes a Dios mismo
 4. Función del temor
 5. Hay un temor positivo que debemos tener siempre, y un temor negativo que debemos ir desterrando de nosotros
 6. Explica la diferencia entre estos dos tipos de temor comparándolos con la actitud de dos mujeres hacia sus maridos
 7. Aplica la comparación a la relación del creyente con Dios
 8. El temor positivo nos mueve a evitar el pecado para no perder a Dios
3. Sobre el amor a Dios y al prójimo
 9. Dios nos amó cuando no teníamos belleza por nuestros pecados, y nos ha hermoseado al concedernos la gracia de amarle
 10. «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve»
 11. Amar a Dios es cumplir con el mandamiento de amar al hermano

1. *El verdadero amor es la caridad*

1. Vuestra caridad recuerda que nos queda por tratar y exponer la última parte de la carta de Juan, si el Señor nos da su gracia para ello⁵⁶. Nosotros recordamos nuestra deuda, y vosotros debéis acordarnos de exigir su pago. Porque el amor-caridad, que es el principal y casi único objeto de esta carta, nos convierte a nosotros en los más fieles de los deudores y a vosotros en los más dulces de los acreedores. Sí, en los más dulces de los acreedores, porque donde no hay amor el acreedor es duro, pero donde lo hay el que exige es dulce, y aquel al que se dirige esa exigencia debe ciertamente trabajar, pero el amor hace que ese trabajo sea suave y casi imperceptible.

¿Es que no vemos incluso en los animales mudos e irracionales, que no tienen amor espiritual, sino sólo camal y natural, cómo sus hijos pequeños les exigen vivamente a sus madres que les den la leche de sus ubres? Y, aunque al mamar golpeen sus ubres, las madres prefieren eso a que queden sin mamar o a que no exijan lo que se les debe por amor. Vemos a menudo cómo temerosos ya bastante grandes golpean las ubres de las vacas hasta el punto de llegar a levantar el cuerpo de sus madres, y sin embargo estas no los apartan dándoles coces. Más aún, si su hijo tarda en venir a mamar, ellas le llaman con sus mugidos para darles su leche. Así pues, si nosotros tenemos esa caridad espiritual de la que dice el apóstol: «Nos comportamos afablemente con vosotros, como una madre que cuida de sus hijos con amor» (1 Tes 2, 7), os amaremos cuando lo exijáis. No amamos a los insolentes, porque tememos a los tibios.

La repetición anual de algunas lecturas propias de estos días de fiesta, que no podíamos dejar de leer ni de comentar, nos obligaron a interrumpir la explicación de esta carta. Continuamos hoy con el comentario y esperamos que vuestra santidad escuche atentamente lo que nos queda por decir.

No sé si puede haber mejor elogio del amor que decir: Dios es amor. Elogio breve, pero grande. Breve en palabras, pero grande en sentido. ¡Qué poco se tarda en decir: Dios es amor! Es una frase breve. Si cuentas las palabras, se dicen de un solo golpe; pero si sopesas el sentido, ¡qué profundo! «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». Que Dios sea tu casa y tú casa de Dios; permanece tú en Dios y que Dios permanezca en ti. Dios permanece en ti para tenerte

⁵⁶ Amor gratuito, no interesado. En este sentido, Agustín emplea a menudo la palabra *caritas*, que respetamos en nuestra traducción. Con mayor propiedad podría decirse *amor puro*, que nos ha parecido mejor expresar con *amor-caridad*.

dentro de él y tú permaneces en Dios para no desfallecer, porque el apóstol dice del amor: «El amor nunca desfallece». ¿Cómo va a desfallecer el que está dentro de Dios?

2. *Sobre el temor y el amor*

2. «Nuestro amor alcanza la plenitud cuando esperamos confiados el día del juicio, porque también nosotros compartimos en este mundo su condición». Juan nos dice cómo puede comprobar cada uno cómo ha progresado en el amor; mejor dicho, cómo el amor ha progresado en él. Porque si el amor es Dios y si en Dios no hay ni progreso ni retroceso, sólo podemos decir que progresa el amor en ti porque tú progresas en él. Pregúntate, pues, cuánto has progresado en el amor y escucha lo que te responde tu corazón para saber hasta dónde has progresado.

Juan prometió decimos cómo podemos saberlo, y dice: «Nuestro amor alcanza la plenitud». ¿Cuándo? «Cuando esperamos confiados el día del juicio». Si alguien espera confiado el día del juicio, es que su amor es perfecto. ¿Qué significa esperar confiados el día del juicio? No tener miedo de que llegue. Hay quien no cree en el día del juicio y, por tanto, no pueden esperar confiados algo que no creen que llegará. Dejémoslos a un lado, que Dios los despierte a la vida. Y de los muertos, ¿para qué hablar? No creen en el juicio que ha de llegar y, por consiguiente, no temen ni desean algo en lo que no creen. Pero si alguien empieza a creer en el día del juicio, desde ese mismo momento empieza a temer. Pero si teme, es que todavía no espera confiado ese día y por tanto su amor no es aún perfecto. ¿Es que hay que desesperar? ¿Por qué desesperas del fin al ver el comienzo? Pero preguntas: «¿Qué comienzo es el que veo?». El temor. Escucha la Escritura: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios» (Eclo 1, 16). Empieza uno temiendo el día del juicio, y el temor le impulsa a corregirse. Empieza a vigilar a sus enemigos, es decir, a sus pecados; comienza a revivir por dentro y a mortificar sus miembros terrenos, como dice el apóstol: «Mortificad vuestros miembros terrenos». Llama miembros terrenos a los deseos culpables, como explica en seguida: «La avaricia y la inmundicia» (Col 3, 5), y todos los demás vicios que enumera a continuación. Y en la misma medida en que el que empieza a temer el día del juicio mortifica sus miembros terrestres, empiezan a surgir y a fortalecerse los miembros celestiales, que son todas las obras buenas. Y una vez que surgen los miembros celestiales, empieza a desear lo que

temía. Antes temía que viniera Cristo y encontrara en él un impío a quien condenar; ahora quiere que venga, porque encontrará una persona piadosa a quien coronar. Desde que el alma casta empieza a desear que Cristo venga, a suspirar por los abrazos del esposo, renuncia a los amores adúlteros y se convierte interiormente en virgen por la fe, la esperanza y la caridad. Espera ya confiada el día del juicio. Ya no lucha consigo misma cuando ora diciendo: «Venga tu Reino» (Mt 6, 10), porque el que tiene de miedo que venga el reino de Dios, teme que se le escuche. Pero ¿qué clase de oración es la que teme ser escuchada? Sin embargo, el que ora con la confianza del amor quiere que venga el Reino. Sobre ese mismo deseo decía ya alguien en un salmo: «Señor, ¿hasta cuándo? Vuélvete, Señor, y líbrame» (Sal 6, 4-5). Lamentaba el retraso. Hay hombres que mueren con paciencia, y hay también algunos perfectos que viven con paciencia.

¿Qué quiero decir? El que todavía ama esta vida, cuando le llega el día de la muerte la soporta con paciencia. Lucha consigo para aceptar la voluntad de Dios; y hace tocado lo que puede para preferir lo que Dios quiere a lo que desea su voluntad humana. Pero, porque quiere seguir viviendo aquí, lucha con la muerte, y es paciente y fuerte para morir con serenidad. Muere pacientemente. Pero el que desea, como dice el apóstol, «la muerte para estar con Cristo» no muere pacientemente, pero vive con paciencia, y muere con agrado. Mira con qué paciencia vive el apóstol; no ama esta vida, pero la tolera pacientemente. Y sigue diciendo: «Por una parte, deseo la muerte para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; por otra, seguir viviendo en este mundo es más necesario para vosotros» (Flp 1, 23-24). Por tanto, hermanos, trabajad, obrad en vuestro interior para desear el día del juicio. No hay mayor prueba de caridad perfecta que empezar a desear que llegue ese día. Ahora bien, el que lo desea es porque lo espera confiado, porque su amor es perfecto y sincero.

3. «Nuestro amor alcanza la plenitud cuando esperamos confiados el día del juicio». ¿Y por qué esa confianza? «Porque también nosotros compartimos en este mundo su condición». Fíjate cuál es la razón de tu confianza: que «también nosotros compartimos en este mundo su condición». ¿No parece que dice algo imposible?, ¿es que el hombre puede ser como Dios?

Ya os expliqué una vez que la palabra «como» no siempre significa igualdad, sino que expresa cierta semejanza. ¿Por qué dices: «Esa imagen tiene orejas como yo»? ¿Es que sois iguales? Y, sin embargo, dices «como». Si hemos sido hechos a imagen de Dios, ¿por qué no somos como

Dios? No en plan de igualdad, sino según nuestra medida. ¿Cuál es pues la razón de esperar confiados el día del juicio? Pues que «también nosotros compartimos en este mundo su condición». Es preciso que refiramos estas palabras al amor y entender lo que se dice. El Señor dice en el evangelio: «Porque si amáis a los que os animan, ¿qué recompensa merecéis?, ¿no hacen eso también los publicanos?». ¿Qué espera, pues, de nosotros? «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen». Y si nos manda amar a nuestros enemigos, ¿a quién nos pone como ejemplo? Al mismo Dios, pues dice: «De este modo seréis dignos hijos del Padre celestial». ¿Y cómo nos da Dios ejemplo? Pues amando a sus enemigos y «haciendo salir el sol sobre buenos y malos, y mandando la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5, 44-46). Si Dios nos llama a ser tan perfectos que amemos a nuestros enemigos como él ama a los suyos, la razón de que esperemos confiados el día del juicio es que «nosotros también compartimos su condición en este mundo». Y si él ama a sus enemigos haciendo salir el sol sobre buenos y malos, y mandando la lluvia sobre justos e injustos, nosotros, que no podemos darles el sol ni mandarles la lluvia, les ofrecemos nuestras lágrimas cuando oramos por ellos.

4. Fijaos ahora en lo que Juan dice de la misma confianza. ¿En qué se reconoce el amor perfecto? En que «en el amor no hay lugar para el temor». ¿Qué diremos, pues, del que empieza a temer el día del juicio? Que si su amor fuera perfecto no lo temería. Pues el amor perfecto haría perfecta la justicia y no tendría motivos para temer; al contrario, los tendría para desear que desaparezca la iniquidad y venga el reino de Dios. Luego «en el amor no hay lugar para el temor». Juan sigue diciendo que «el amor perfecto echa fuera el temor». Que empiece, pues, el temor, porque «el principio de la sabiduría es el temor del Señor». Lo que hace el temor es preparar de algún modo el sitio al amor. Y cuando el amor empieza a habitar, expulsa al temor que le preparó el sitio. Todo lo que el amor crece, decrece el temor; cuanto más dentro penetra el amor, más fuera es arrojado el temor. A más amor, menos temor; a menos amor, más temor. Y si no hay ningún temor, no hay manera de que entre el amor. Cuando se cose algo, vemos que la aguja introduce el hilo. Primero entra la aguja, y hasta que esta no sale, no entra el hilo. Pues lo mismo pasa con el temor. Él es el que primero ocupa la mente, pero no permanece en ella, porque ha entrado justamente para introducir el amor. Y cuando el alma está ya segura, ¿cuál será nuestra alegría tanto en este mundo como en el

otro? ¿Y quién nos podrá hacer daño en este mundo si estamos llenos de amor? Fijaos bien lo alegre que se pone el apóstol cuando habla del amor: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?» (Rom 8, 35). Y Pedro dice: «¿Quién os hará mal si buscáis con entusiasmo el bien?» (1 Pe 3, 13).

«En el amor no hay lugar para el temor. Al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor supone castigo». La conciencia de los pecados atormenta el corazón; todavía no se ha realizado la justificación. Hay en él algo que le carcome y que le pica. Por eso, ¿qué se dice en el salmo de la perfección de la justicia?: «Tú cambiaste mi luto en danzas, me quitaste el sayal y me vestiste de fiesta; por eso te canto sin descanso, Dios mío, y no me compunja» (Sal 29,12-13). ¿Qué significa «no me compunja»? Que no me aguijonee mi conciencia. El temor aguijonea. Pero si no temo, aparece el amor, que cura la herida causada por el temor. El temor de Dios hiere, igual que el bisturí del médico; elimina la gangrena y hasta parece que agranda la herida. Mientras estaba la gangrena en el cuerpo, la herida era más pequeña, pero peligrosa. Ahora viene el médico y corta con el bisturí; resulta que la herida nos dolía menos antes de intervenir en ella que ahora que el médico interviene. Duele más cuando se cura que cuando no se cura. Pero si duele más cuando se le aplica un tratamiento, es para que no vuelva a doler cuando esté curada. Que el temor, pues, se apodere de tu corazón para que haga sitio al amor, que la herida se cicatrice tras la intervención del bisturí del médico. Pero tenemos un médico de tal categoría que no queda ni la cicatriz; alégrate de caer en manos de este médico. Porque si no tienes temor, no podrás ser justificado. Dice la Escritura: «Pues el que carece de temor, no podrá ser justificado» (Eccl 1, 28). Por tanto, hay que procurar que primero entre el temor para que por él venga el amor. El temor es la medicina, el amor la salud. «En el amor no hay lugar para el temor». ¿Por qué? «Porque el temor supone castigo», igual que la incisión del médico produce dolor.

5. Hay otro texto que, mal entendido, parece que contradice a este. Es el texto de un salmo: «El temor del Señor es puro, estable para siempre» (Sal 18, 10). El salmista nos habla de un temor eterno, pero puro. Y si nos habla de un temor eterno, ¿no contradice a esta carta que dice: «En el temor no hay lugar para el amor. Al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor»?

Interroguemos a ambas palabras de Dios. No hay más que un solo Espíritu, aunque haya dos libros, dos bocas y dos lenguas. Un texto es de Juan, el otro de David. Ahora bien, si con un mismo soplo se pueden llenar dos flautas, ¿no va a poder llenar el Espíritu santo dos corazones y mover dos lenguas? Pues si con un mismo espíritu, esto es, con un solo soplo, se llenan dos flautas y suenan perfectamente entonadas, ¿cómo pueden desentonar dos lenguas llenas con el Espíritu de Dios? Por tanto, entre esos dos textos hay alguna clase de consonancia y de concordia, que requiere alguien que sea capaz de percibirla. El Espíritu de Dios inspiró y llenó dos corazones, dos bocas, y movió dos lenguas. De una de ellas hemos oído: «En el temor no hay lugar para el amor. Al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor». Y de la otra: «El temor del Señor es puro, estable para siempre». ¿Qué sucede?, ¿es que no desentonan? En absoluto. Abre los oídos y trata de escuchar la melodía. No sin razón se puso aquí la palabra «puro» y allí no, porque hay un temor que se llama «puro» y otro no. Distingamos estos dos temores y sabremos por qué las dos flautas suenan correctamente entonadas. ¿Cómo entenderlos y discernirlos? Esté atenta vuestra caridad. Hay hombres que temen a Dios para que no los mande al infierno a arder con el diablo en el fuego eterno. Este es el temor que posibilita el acceso al amor, pero se va tan pronto como viene. Porque si temes a Dios por miedo al castigo, es que aún no amas al que temes. No deseas el bien, sino que huyes del mal. Pero, al huir del mal, te corriges y empiezas a desear el bien. Y cuando empiezas a desear el bien, tu temor es puro. ¿Cuál es el temor puro? El temor de perder los bienes. Poned atención: una cosa es temer a Dios para que no te mande al infierno con el diablo, y otra muy distinta temer a Dios para que no se separe de ti. El temor por el que tienes miedo de ser arrojado al infierno con el diablo todavía no es puro, porque no viene del amor a Dios, sino del temor a la pena. Pero cuando temes a Dios porque tienes miedo de que te abandone su presencia, entonces lo abrazas y quieres gozar de él.

6. Quizás la mejor forma de distinguir estos dos temores, el que echa fuera el amor y el que permanece para siempre, sea compararlos con dos mujeres casadas. Una de ellas desea cometer un adulterio y complacerse en el mal, pero teme que su marido la castigue. Teme a su marido, pero lo teme porque todavía ama el mal. A esta la presencia de su marido no le agrada, sino que le molesta, y si se comporta mal teme que él llegue. Pues los que temen el juicio son exactamente iguales. La otra ama a su marido, reserva para él sus abrazos más puros, y no se mancha con la

inmundicia del adulterio. Esta sí desea que su marido esté presente. Ahora bien, ¿cómo se distinguen estos dos temores? Porque temen tanto la una como la otra. Pregúntales y te responderán lo mismo. Pregúntale a la primera si teme al marido y te responderá que sí. Pregúntaselo a la segunda y te dirá lo mismo. Las dos dicen lo mismo, pero el sentido es muy distinto. Porque si se les pregunta por qué, la primera responderá: «Temo que venga», mientras que la segunda dirá: «Temo que se vaya». La primera: «Temo que me castigue», y la segunda: «Temo que me abandone». Pon estos mismos sentimientos en el corazón de los cristianos y descubrirás un temor que echa fuera al amor y un temor puro que permanece para siempre.

7. Hablemos primero a los que temen a Dios como la mujer que se complace en el mal y que teme que su marido la repruebe. Háblémosles: ¡Oh alma que temes a Dios por miedo a que te repruebe, como esa mujer que se complace en el mal y que teme a su marido por miedo a que la repruebe! ¿Verdad que esta mujer te desagrada? ¡Pues desagradate tú también a ti mismo! Si tienes esposa, ¿quieres que te tema porque teme tu reprobación, o que se complazca en el mal, pero que el mucho miedo que le inspiras la contenga y no el odio al mal? Lo que tú quieres es una mujer pura que te ame y no que te tema. Pues sé tú con Dios lo que quieres que tu mujer sea contigo. Y si todavía no la tienes, pero deseas tenerla, quieres que así sea. ¿Qué diré hermanos? La mujer que teme a su marido por miedo a que la repruebe, puede que no cometa el adulterio, no sea que su marido se entere y le quite esta luz temporal. Pero ese hombre puede también ser engañado, porque es un ser humano, como ella puede engañar. Ella le teme, aunque pueda estar a cubierto de su mirada, ¿y tú no temes los ojos de tu Esposo siempre fijos en ti? «Los ojos del Señor están vueltos hacia los que hacen el mal» (Sal 33, 17). Aquella se da cuenta de que no está su marido y siente un fuerte impulso hacia el placer del adulterio, pero se dice: «No lo haré. Es verdad que no está, pero es difícil que no se entere de algún modo». Y se tranquiliza pensando que su marido puede enterarse, aunque también puede no llegar a saber nada, o aunque se le puede engañar, de forma que tenga por buena a una mujer mala y por casta a una adúltera. ¿Y no vas a temer tú los ojos que nadie puede engañar?, ¿no vas a temer la presencia que no puedes evitar? Pide a Dios que te mire y que aparte sus ojos de tus pecados. «Aparta tu mirada de mis pecados» (Sal 50, 11). Pero ¿merecerás que él aparte su mirada de tus pecados si tú no apartas tu mirada de los tuyos? El mismo salmo nos dice:

«Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado» (Sal 50, 5). Tú reconoce, que él perdona.

8. Hemos hablado al alma que todavía tiene un temor que no dura para siempre, sino un temor que el amor excluye y manda fuera. Hablemos ahora al alma que tiene ya un temor casto que dura para siempre. ¿Creemos que la vamos a encontrar para poderle hablar?, ¿crees que está en este pueblo, o en esta sala, o en esta tierra? Es imposible que no esté, pero está oculta. Es invierno y el verdor está dentro, en sus raíces. Puede que nuestras palabras lleguen a sus oídos. Pero donde quiera que esté, ojalá la pudiera encontrar, y no sería ella la que prestara sus oídos a mis palabras, sino yo los míos a las suyas. Ella me enseñaría a mí y no yo a ella. ¡Un alma santa, un alma de fuego, que anhela el reino de Dios! No soy yo quien le habla, sino el mismo Dios, y he aquí cómo la consuela porque lleva con paciencia su vida en la tierra: «Quieres que venga ya, y sé que quieres que venga. Sé quién eres y que esperas con confianza mi venida. Sé qué es lo que te apena, pero espera un poco más, aguanta, porque vengo y llego pronto». Pero al que ama, el tiempo se le hace largo. Escucha cómo canta como un lirio entre las espinas. Oye cómo suspira diciendo: «Cantaré y seguiré el camino de los rectos. ¿Cuándo vendrás a mí?» (Sal 100, 1-2). Pero en el camino de los rectos no hay por qué temer, porque «el amor perfecto echa fuera el temor». Y cuando llega a abrazarse con el Esposo, teme, pero con paz absoluta. ¿Qué es lo que teme? Tendrá mucho cuidado y desconfiará de su iniquidad por miedo a pecar otra vez, y no por miedo a ser arrojada al fuego, sino por temor a ser abandonada por Dios. ¿Y qué es lo que habrá en ella? «El temor puro, que dura para siempre».

Hemos oído a dos flautas que suenan entonadas. Las dos hablan del temor, pero una del temor del alma a ser reprobada, y la otra del temor a ser abandonada. El primero es el temor al que echa fuera el amor; el segundo es el temor que permanece por los siglos de los siglos.

3. *Sobre el amor a Dios y al prójimo*

9. «Nosotros debemos amarnos, porque Dios nos amó primero». ¿Cómo podríamos amarnos si él no nos hubiera amado primero? Amándole, nos hemos hecho amigos suyos; pero nos amó siendo sus enemigos para hacernos amigos. Primero nos amó él y luego nos dio la gracia de amarle. Todavía no le amábamos, pero amándole nos volvimos

bellos. ¿Qué pasa si un hombre deforme y con un rostro desagradable ama a una mujer bella? ¿Y si una mujer deforme, fea y negra ama a un joven bien plantado?, ¿acaso se volverá hermosa a fuerza de amar? ¿Y el joven?, ¿se volverá hermoso por mucho que ame? Ama a una mujer hermosa, pero, cuando se ve en el espejo, enrojece por dirigir su rostro hacia el de la mujer hermosa a la que ama. ¿Qué hará para ser hermoso? ¿Esperará a que le llegue la belleza por arte de magia? Al contrario, si espera, lo que le llegará será la vejez y cada vez será más torpe. No hay nada que hacer, no hay consejo que se le pueda dar, a no ser el de que renuncie y no ose amar como igual a una que no es igual, o que si acaso insiste en amarla y la quiere como esposa, ame en ella la castidad, no su rostro. Hermanos míos, nuestra alma era fea para el pecado, pero al amar a Dios se vuelve bella. ¿Cuál es el amor que hace hermosa a la amante?

Dios es siempre bello, nunca es deforme ni cambia⁵⁷. El que siempre es bello nos amó primero; ¿y a quién amó, sino a seres feos y deformes? Y no para dejarlos en su fealdad, sino para convertirlos de feos en hermosos. ¿Cómo seremos hermosos? Amando a quien siempre es hermoso. Pues bien, cuanto más crezca en ti el amor, más bello serás, porque el amor es la belleza del alma.

«Nosotros debemos amarnos, porque él nos amó primero». Escucha al apóstol Pablo: «Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores» (Rom 5, 8.9), al justo por los injustos, al hermoso por los feos. «Eres el más hermoso de los hombres, en tus labios se derrama la gracia» (Sal 44, 3). ¿Por qué? Veamos una vez más por qué es hermoso: «Eres el más hermoso de los hombres» porque «en el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios» (Jn 1, 1). Y como el Verbo asumió la carne, es como si hubiera asumido tu fealdad, es decir, tu mortalidad, para adaptarse, acomodarse a ti y animarte a amar la belleza interior. ¿Dónde advertimos, pues, que Jesús es feo y deforme igual que vemos que es hermoso y bello ante los hijos de los hombres? ¿Dónde vemos que es deforme? Pregúntaselo a Isaías: «No había en él belleza ni esplendor, su aspecto no era atractivo» (Is 53, 2). Tenemos, pues, dos flautas que suenan de distinto modo, pero en ambas sopla el Espíritu. Una dice: «Eres el más

⁵⁷ Siempre llamó la atención de san Agustín el estudio de la belleza como filosofía y teología (ver *Confesiones* IV, 13-20). Su primera obra se titula *De pulchro et apto*. Distingue belleza corporal, belleza espiritual y belleza divina (ver *Confesiones* X, 27, 38). «Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova» («Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva»). El PseudoDionisio Areopagita nos ha dejado bellas páginas sobre la *Hermosura* en el capítulo IV de su libro *De los nombres de Dios* (ver T. H. Martín, *Obras completas del Pseudo Areopagita*, BAC, Madrid 1995). San Juan de la Cruz canta preciosamente a la *Hermosura*, que es Cristo (cf. *Cántico espiritual* 11, 6, en *Obras completas*, Sígueme, Salamanca 32002). Es un tema divinamente tratado en el neoplatonismo de los primeros siglos del cristianismo.

hermoso de los hombres»; y la otra: «No había en él belleza ni esplendor, su aspecto no era atractivo». El mismo Espíritu sopla en ambas flautas, luego no suenan distintamente. No apartes los oídos y utiliza la inteligencia. Preguntemos al apóstol Pablo y pidámosle que nos explique por qué las dos flautas suenan igual. Oigamos lo siguiente: «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres»; «El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios». He aquí por qué él es «el más hermoso de los hijos de los hombres». Y oigamos también: «Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres y asumió su condición de hombre». «No había en él ni belleza ni esplendor», para darte a ti la belleza y el esplendor. ¿Qué belleza?, ¿qué esplendor? El amor de la caridad, para que corras al amar y ames al correr. Ya eres hermoso, pero no te contemples demasiado a ti mismo, no sea que pierdas lo que has recibido; contempla más bien a quien te ha hecho bello. Sé bello para que él te ame. Pon toda tu atención en él, corre hacia él, busca sus abrazos, teme alejarte de él para que haya en ti un temor casto que dure por todos los siglos. «Nosotros debemos amarnos, porque él nos amó primero».

10. «Si alguno dice: 'Yo amo a Dios'». ¿A qué Dios? ¿Por qué le amamos? «Porque él nos amó primero» y porque nos ha dado la gracia de amarle. Amó a los impíos para hacerlos piadosos, a los injustos para hacerlos justos, a los enfermos para sanarlos. Luego «nosotros debemos amarnos, porque él nos amó primero». Pregúntale a alguno que te diga si ama a Dios. Verás como te responde y confiesa: «Él sabe muy bien que lo amo». Pero hay algo más que preguntar. Pues dice: «Si alguno dice: 'Yo amo a Dios', y odia a su hermano, es un mentiroso». ¿Y cómo pruebas que es un mentiroso? Escucha: «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve». ¿Qué pasa, pues?, ¿que el que ama a su hermano ama también a Dios? Es necesario que ame a Dios, que ame al mismo amor. ¿Es que se puede amar a Dios y no amar al amor? Es preciso que ame también al amor. ¿Entonces es que al amar al amor, ama también a Dios? Por supuesto que sí. Amar al amor es amar a Dios. ¿O es que ya te has olvidado de lo que acabas de decir, que «Dios es amor»? Así que si Dios es amor, el que ama al amor ama a Dios. Ama, pues, al hermano y estate seguro. No puedes decir: «Amo al hermano, pero no amo a Dios». Igual que mientes cuando dices: «Amo a Dios», si no amas a tu hermano; mientes también cuando dices: «Amo al hermano», si piensas que no amas a Dios. Si amas a tu hermano es necesario que ames al mismo amor.

Ahora bien, el «amor es Dios», luego es necesario que el que ama a su hermano ame también a Dios. Pues «si no amas a tu hermano, a quien ves, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves?». ¿Y por qué no ve a Dios? Porque no tiene el mismo amor. No ve a Dios porque no tiene amor; no tiene amor porque no ama al hermano; por tanto no ve a Dios porque no tiene amor. Pues si tuviera amor, vería a Dios, porque «Dios es amor»; y esos ojos se purifican más y más con el amor para ver esa sustancia inmutable, cuya presencia le hará feliz para siempre cuando goce de ella junto con los ángeles. Pero corra también ahora para que un día se alegre en el cielo. No ame la peregrinación, no ame el camino. Que todo le sepa amargo menos el que nos llama, hasta que llegue el día en que estemos junto a él y digamos con el salmo: «Los que se apartan de ti perecen, tú exterminas a los que te traicionan». ¿Quiénes son los que te traicionan? Los que se separan y aman al mundo. ¿Y tú, qué? Sigue diciendo: «Pero mi felicidad consiste en estar junto a Dios» (Sal 72, 27-28). Todo mi bien está en juntarme a Dios gratuitamente. Pues sí te preguntas: «¿Por qué te juntas a Dios?», y respondes: «Para que me dé». ¿Qué es lo que te va a dar? «Él hizo el cielo y la tierra», ¿qué te va a dar, pues? Ya estás junto a él; si encuentras algo mejor, él te lo dará.

11. «Pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandato: que el que ama a Dios, ame también a su hermano». Decías con seguridad: «Amo a Dios», ¡pero odias a tu hermano! Eres un homicida, ¿cómo puedes amar a Dios? ¿No has oído antes en la misma carta: «El que odia a su hermano es un homicida»? Tú replicas: «Pero ciertamente amo a Dios, aunque odie a mi hermano». Y, sin embargo, es imposible que ames a Dios si odias al hermano. Él nos dijo: «Y este es su mandamiento, que nos amemos unos a otros» (1 Jn 3, 15.23). ¿Cómo puedes amar a aquel que te ha dado un mandamiento que tú odias? ¿Quién se atreverá a decir: «Amo al emperador, pero odio sus leyes»? Porque el emperador comprobará que se le ama si en las provincias se cumplen sus leyes. ¿Cuál es la ley de nuestro emperador?: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros» (Jn 13, 34). Por tanto, si dices que amas a Cristo, cumple su mandamiento y ama a tu hermano. Pero si no amas a tu hermano, ¿cómo vas a amar a aquel cuyo mandamiento desprecias?

Hermanos, no me canso de hablaros del amor en nombre de Cristo. Y cuanto más avaros seáis de este bien, más esperamos que crezca en vosotros el amor y que este eche fuera el temor, para que permanezca para

siempre el temor casto que dura por los siglos de los siglos. Soportemos el mundo, soportemos las tribulaciones, soportemos los escándalos de las tentaciones. No nos apartemos del camino. Mantengamos la unidad de la Iglesia, tengamos a Cristo, tengamos el amor. No nos dejemos desgajar de los miembros de su esposa, no nos dejemos desgajar de la fe, para ser glorificados en su presencia. Entonces permaneceremos en él sin inquietud, ahora por la fe, después por la visión, de la que el don del Espíritu santo es para nosotros una gran prenda.

DÉCIMO TRATADO

1 Jn 5, 1-3

Resumen

1. La fe actúa por el amor

1. La fe siempre va unida al amor
2. No se puede amar al Padre sin amar al Hijo
3. No se puede amar al Hijo sin amar a la Iglesia
4. No se puede amar a la Iglesia sin amar a Dios y cumplir

sus mandamientos

2. El amor activo

5. La plenitud de los mandamientos es el amor a Dios y al prójimo. Invitación a tener como principal fin de nuestra vida amar a Dios
6. El amor nos ensancha el corazón, nos consuela del mal que los enemigos puedan causarnos y nos deleita más que los placeres mundanos
7. Quien ama no puede hacer sino el bien. Que todas nuestras obras nazcan del amor. Que nuestro amor abrace a todos los hombres

3. Amar a la Iglesia

8. Quien se separa de la Iglesia o le hace mal no ama a Cristo, porque ella es su cuerpo
9. Cristo nos ha mandado amar a la Iglesia
10. Invectiva contra los que crean divisiones entre los cristianos. La Iglesia continúa en la tierra la misión de Cristo: perdonar los pecados

1. ***La fe actúa por el amor***

1. Los que estuvisteis ayer⁵⁸ creo que recordáis hasta dónde llegamos en esta carta. Y fue: «El que no ama a su hermano, a quien ve,

⁵⁸ Este sermón se pronunció el día siguiente al anterior, probablemente, pues, el domingo siguiente de la octava de la ascensión, después de cantar el salmo 118 (cf. X, 4, 5 y 6).

¿cómo va a amar a Dios, a quien no ve? Y este es el mandamiento que hemos recibido de él, que el que ama a Dios ame también a su hermano». Veamos ahora lo que viene a continuación.

«Todo el que cree que Jesús es Cristo, ha nacido de Dios». ¿Quién es el que no cree que Jesús es Cristo? Son muchos los que dicen «creo», pero la fe sin obras no salva. Y la obra de la fe es el amor, como dice Pablo: «La fe que actúa por el amor» (Gál 5, 6). Antes de creer, tus obras o eran nulas o, si eran buenas, no servían para nada. Si eran nulas, eras como un hombre sin pies o como alguien que tiene parálisis y no puede andar. Y si parecían buenas antes de creer, es verdad que corrías, pero fuera del camino, y por tanto te equivocabas y no llegabas. Tenemos, pues, que correr, pero por el camino. Porque el que corre fuera de él, corre inútilmente, más aún, se cansa de correr. Cuanto más corre fuera del camino, tanto más se equivoca. ¿Cuál es el camino por donde tenemos que correr? Cristo lo dijo: «Yo soy el camino». ¿Cuál es la patria adonde corremos?: «Yo soy la verdad» (Jn 14, 6). Corres por él, corres hacia él, descansas en él. Pero, para que corriéramos por él, vino hasta nosotros. Estábamos lejos y peregrinábamos lejos. Es demasiado poco decir que peregrinábamos lejos, pues estábamos tan débiles que no nos podíamos mover. El médico vino a los enfermos, y el camino se dirigió hacia los viajeros. Dejémonos salvar por él, caminemos por él.

He aquí lo que es creer que Jesús es Cristo. Así es como creen los cristianos que no lo son sólo de nombre, sino con sus obras y su vida. No así los demonios. Pues los demonios «creen y se estremecen», como dice la Escritura (Sant 2, 19). ¿Acaso pudieron creer más los demonios que para decir: «Sabemos quién eres: el Hijo de Dios?». Lo que dijeron los demonios lo dijo también Pedro. El Señor preguntó una vez quién era y qué decía la gente de él. Y «los discípulos le respondieron: 'Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas'. Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?', insistió Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: 'Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo'. Jesús le dijo: 'Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos'. Fijaos bien en la alabanza que sigue a esta fe: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 14-18). ¿Qué significa «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»? Sobre esta fe, sobre aquello que dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Sobre esto es sobre lo que edificaré mi Iglesia. ¡Qué alabanza tan extraordinaria! Pedro dice: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Y los demonios también dicen: «Sabemos quién eres:

el Santo, el Santo de Dios». Lo primero lo dijo Pedro; lo segundo, el diablo. Las palabras son las mismas, pero no el ánimo. Pero ¿cómo sabemos que Pedro decía eso con amor? Porque la fe del cristiano va unida siempre al amor, mientras que la fe del demonio carece de él. ¿Y por qué carece de él? Pedro lo dijo para acercarse a Cristo; los demonios, para que Cristo se alejara de ellos. Porque antes de decir: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo? Sabemos quién eres: el Santo de Dios», habían dicho: «Has venido a perdernos antes del tiempo señalado» (Mt 8, 29; Mc 1, 24). Una cosa es confesar a Cristo para tenerle, y otra muy distinta confesarlo para rechazarlo lejos de ti.

Fijaos que, cuando Juan dice «el que cree», se refiere a una fe muy concreta, no a la que muchos hombres tienen. Por tanto, hermanos, que ningún hereje os diga: «Nosotros también creemos». Os he puesto el ejemplo del demonio para que nunca os conforméis con las palabras de los que pretenden creer, sino para que analicéis los hechos de su vida.

2. Veamos, pues, qué significa creer en Cristo, creer que el mismo Jesús es Cristo. Así sigue la carta: «El que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios». ¿Pero qué significa creer eso? «Todo el que ama al que le da el ser, debe amar también al que lo recibe de él». Une inmediatamente el amor a la fe, porque la fe sin amor no sirve para nada. La fe con amor es la del cristiano; la fe sin amor es la del demonio. Y los que no creen son peores y más tardíos que los demonios. No conozco a nadie que no quiera creer en Cristo, pero si hay alguien, ni siquiera ese está en la misma situación que los demonios. Ya cree en Cristo, pero le odia. Confiesa la fe, pero por temor al castigo, no por amor a la corona. Los demonios también temían recibir un castigo. Añade a esta fe el amor para que sea la fe de la que habla el apóstol Pablo: «La fe que actúa por medio del amor» (Gál 5, 6). Has encontrado al cristiano, has hallado al ciudadano de Jerusalén, al ciudadano de los ángeles, te has cruzado en el camino con un viajero que suspira por el final del camino. únete a él, pues es tu compañero, y corre con él, si es que tú eres lo mismo que él. «Y todo el que ama al que le da el ser, ama también al que lo recibe de él». ¿Quién es el que engendró? El Padre. ¿Y quién es el engendrado? El Hijo. ¿Qué quiere, pues, decir? Que todo el que ama al Padre, ama al Hijo.

3. «En esto conocernos que amamos a los hijos de Dios». ¿De qué se trata, hermanos? Hace un momento Juan hablaba del Hijo de Dios, no de los hijos de Dios. Cristo era el único que se ofrecía a nuestra

contemplación cuando decía: «El que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios, pues todo el que ama al que le da el ser —es decir, al Padre— ama a quien lo recibe de él», o sea, al Hijo y Señor nuestro Jesucristo. Y continúa: «En esto conocemos que amamos al Hijo de Dios», como si dijera: en esto sabemos que amamos al Hijo de Dios. El que poco antes decía «Hijo de Dios», dice ahora «hijos de Dios», porque los hijos de Dios son el cuerpo del Hijo único de Dios. Y como él es la Cabeza y nosotros los miembros, no hay más que un único Hijo de Dios. Luego el que ama a los hijos de Dios ama al Hijo de Dios. Y el que ama al Hijo de Dios ama al Padre. Porque es imposible amar al Padre si no se ama al Hijo. Y si se ama al Hijo, se ama también a los hijos de Dios.

¿A qué hijos de Dios? A los miembros del Hijo de Dios. Y, al amar, él mismo pasa a ser miembro y, por el amor, se incorpora a la unidad del cuerpo de Cristo. Pues si se ama a los miembros, se ama también al cuerpo. «¿Que un miembro sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Que un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría». ¿Qué es lo que dice a continuación?: «Ahora bien, vosotros formáis el cuerpo de Cristo y cada uno por su parte es un miembro» (1 Cor 12, 26.27). Al hablar un poco antes del amor fraterno, Juan decía: «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve». Si amas a tu hermano, ¿cómo es posible que le ames a él y no ames a Cristo? Por tanto, si amas a los miembros de Cristo, amas también a Cristo. Si amas a Cristo, amas al Hijo de Dios. Y si amas al Hijo de Dios, amas también al Padre. El amor no se puede dividir. Elige qué vas a amar, porque, una vez que lo eliges, lo demás viene por sí mismo. Si dices: «Sólo amo a Dios, a Dios Padre», estás mintiendo. Porque si amas, no le amas sólo a él. Si amas al Padre, amas también al Hijo. O si dices: «Amo al Padre y al Hijo, pero sólo a Dios Padre y a Dios Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, al Verbo por el que todo fue hecho, al Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros», vuelves a mentir. Porque si amas a la Cabeza, amas también a los miembros; y si no amas a los miembros, tampoco amas a la Cabeza. ¿Es que no te estremece la voz de la Cabeza que grita por los miembros: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch 9, 4). Dijo que el que perseguía a los miembros le perseguía también a él, y que el que amaba a sus miembros le amaba también a él. Pues bien, hermanos, ya sabéis cuáles son sus miembros: la Iglesia de Dios.

«Por tanto, si amamos a los hijos de Dios, es señal de que amamos a Dios». ¿Cómo es posible?, ¿es que no son una cosa los hijos de Dios y otra

muy distinta Dios? Pero el que ama a Dios, ama sus mandamientos. ¿Y cuáles son sus mandamientos?: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros» (Jn 13, 34). Que nadie se excuse de un amor en virtud del otro amor, porque este amor es absolutamente coherente. Y del mismo modo que está perfectamente ensamblado, a todos los que dependen de él los convierte en una sola cosa, como si el fuego los hubiera fundido. He aquí el oro, la masa se ha fundido, no hay más que una sola cosa. Pero si no la calienta el fervor del amor, es imposible que la multitud se convierta en una sola cosa. «Por tanto, si amamos a los hijos de Dios, es señal de que amamos a Dios».

4. ¿Y en qué conoceremos que amamos a los hijos de Dios? «En que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos». Y ahora suspiramos porque es difícil cumplir el mandamiento de Dios. Escucha con atención lo que sigue. Hombre, ¿por qué te cuesta tanto amar? Porque amas la avaricia. Lo que amas cuesta mucho amarlo, pero amar a Dios no cuesta nada. La avaricia te va a traer problemas, trabajos, peligros, tormentos y preocupaciones, y sin embargo la obedeces. ¿Para qué la obedeces? A cambio de tener con qué llenar tu arca, pierdes la tranquilidad. No cabe duda de que estabas más tranquilo cuando no tenías nada que cuando has empezado a tener. Fíjate bien qué te trae la avaricia: has llenado tu casa, pero tienes miedo a los ladrones; ahora tienes oro, pero has perdido el sueño. La avaricia te dijo: «Haz esto», y lo hiciste. ¿Qué es lo que Dios te manda?: «Ámame. Si amas el oro, lo buscarás y puede que no lo encuentres; en cambio, si alguien me busca a mí, estoy con él. Si amas el honor, es posible que no lo consigas. Pero, ¿hay alguien que me haya amado a mí y no me haya conseguido?». Dios te dice: «Quieres tener un protector o un amigo poderoso, y tratas de conseguirlo por medio de otro inferior. Ámame —te dice Dios—; para llegar a mí no necesitas de ningún intermediario, porque el amor me hace presente en ti». Hermanos, ¿hay algo más dulce que este amor? «Los pecadores me han contado sus placeres, pero no hay nada como tu ley, Señor» (Sal 118, 85). ¿Y cuál es la ley de Dios? Su mandamiento. Y este mandamiento, ¿cuál es? El mandamiento nuevo, que se llama nuevo porque renueva: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros». Esta es realmente la ley de Dios, pues dice el apóstol: «Ayudaos mutuamente a llevar las cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6, 2). El amor es, pues, el culmen de todas nuestras obras. Ahí está el fin. Por él corremos, hacia él nos dirigimos. Y cuando lleguemos a él, descansaremos.

2. *El amor activo*

5. Habéis oído lo que dice el salmo: «He visto que toda perfección tiene su límite» (Sal 1 1 8, 96). El salmista ha dicho: «He visto que toda perfección tiene su límite». ¿Qué es lo que ha visto? ¿Acaso creeremos que ha subido a la cumbre de alguna montaña y que recorriendo el horizonte con su mirada ha visto la superficie de la tierra y los círculos del universo, y ha dicho: «He visto que toda perfección tiene su límite»? Si esto es digno de alabanza, pidamos al Señor unos ojos camales tan agudos y busquemos la montaña más alta que haya en la tierra, desde cuya cumbre podamos ver el límite de toda perfección. No vayas lejos. Lo único que te digo es que subas a la montaña y contemples los límites. Cristo es el monte. Ven, pues, a Cristo y verás desde él cómo toda perfección es limitada. ¿Cuál es este límite? Pregúntaselo a Pablo: «El fin de esta advertencia es buscar el amor que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera» (1 Tim 1, 5). Y en otro lugar dice: «El amor es la plenitud de la ley» (Rom 13, 10). ¿Acaso hay algo más acabado y perfecto que la plenitud? En efecto, hermanos, la palabra «límite» se entiende aquí en su mejor acepción. No penséis que tiene algo que ver con corrupción, sino con acabamiento. Una cosa es decir: «He acabado el pan», y otra muy distinta: «He acabado la túnica»⁵⁹. He acabado el pan comiéndomelo; pero la túnica la he acabado tejiéndola. En ambos casos se habla de fin, pero mientras el pan se termina porque se consume, la túnica se acaba porque se completa. El pan se termina y deja de ser, mientras que la túnica se acaba y queda completa. Así es como hay que entender la palabra «fin» cuando al leer un salmo oís: «Fin del salmo de David». Esto lo oís continuamente en los salmos y debéis saber qué es lo que oís. ¿Qué significa «el fin»? «Cristo es el fin de la ley, por el que Dios concede la salvación a todo el que cree» (Rom 10, 4). ¿Qué quiere decir que «Cristo es el fin de la ley»? Pues que Cristo es Dios, que el fin del mandamiento es el amor y que Dios es amor, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu santo son una sola cosa. Aquí es donde está tu fin; todo lo demás es camino. Cada etapa que terminas es una menos que te queda para llegar al fin. ¿Cuál es este fin?: «Mi felicidad consiste en estar junto a Dios» (Sal 72, 28). ¿Te has unido a Dios? Entonces has acabado el camino y permanecerás en la patria.

⁵⁹ Cf. 2a. Enarrat. In Ps. 31, 5 (PL 36, 260-261).

Escuchadme atentamente. Alguien va tras el dinero. Que eso no sea el fin para ti. Pasa como un peregrino. Busca por dónde pasar, no dónde quedarte. Porque si amas el dinero, es que te ha enredado la avaricia, y la avaricia es como si llevaras una cadena en los pies, que no te deja dar ni un solo paso. Pasa, pues, también por ese obstáculo y busca el fin. Buscas la salud del cuerpo, pero no te quedes ahí. Porque ¿qué es esa salud corporal que la muerte destruye, que la enfermedad debilita, una salud frágil, perecedera y pasajera? Búscala, pero más bien para evitar que una salud precaria te impida hacer el bien. Por tanto, si la buscas por otros motivos, es que no es para ti el fin. Pues si algo se busca por otra cosa, es que no es fin. Lo que se busca por otra cosa no es fin; sí lo es, en cambio, lo que se busca por sí mismo. Puede que persigas los honores, pero para conseguir otra cosa, para llevar algo a cabo, para agradar a Dios. No ames nunca el honor, para que no te quedes en él. ¿Buscas la alabanza? Muy bien, siempre que se trate de la alabanza de Dios. Mal, si buscas tu alabanza, pues te quedas en el camino. Puede que seas amado o alabado. En ese caso, no te felicites cuando la alabanza termina en ti. Prefiere que se te alabe en el Señor para que puedas cantar: «Mi alma se gloria en el Señor» (Sal 33, 3). Pronuncias un buen discurso y toda la gente lo alaba. No tomes esas alabanzas como si se dirigieran a ti, pues no es ese tu fin. Y es que si pones ahí tu fin, entonces es que ahí está tu fin, pero no el fin que te perfecciona, sino el fin que te destruye. Recibe, pues, las alabanzas no como si ese discurso viniera de ti, no como si ese discurso fuera tuyo. ¿Cómo se han de recibir entonces? Pues como dice el salmo: «En Dios alabaré mis discursos, en Dios alabaré mis palabras» (Sal 55, 5). Entonces se cumplirá en ti la promesa del salmo: «En Dios, en el Señor cuya palabra alabo, en Dios confío y no temo. ¿Qué podrá hacerme el hombre?» (Sal 55, 11). Pues cuando todas tus obras sean alabadas en Dios, no hay miedo de que desaparezca la alabanza de que eres objeto, porque Dios nunca falla. Pasa, pues, también de la alabanza⁶⁰.

6. Fijaos, hermanos, por cuántos bienes pasamos en los que no está el fin. Los utilizamos como quien va de camino, reparamos con ellos nuestras fuerzas como en las posadas, y luego seguimos. ¿Dónde está, pues, el fin? «Queridos, ahora ya somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos». Estas palabras se dicen también en esta carta. Todavía estamos de camino, de manera que, si llegamos cualquier

⁶⁰ La necesidad de trascender todo lo creado para llegar a Dios es la ley misma de la vida espiritual, que san Agustín subraya sobre todo en los comentarios a los salmos.

sitio, aún debemos pasar hasta que lleguemos al fin. «Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). El fin es la alabanza perpetua, el aleluya sempiterno sin interrupción⁶¹.

A este fin es al que se refiere el salmo: «He visto que toda perfección tiene su límite». Y como si se le fuera a preguntar cuál es el fin que ha visto, dice el salmista: «Sólo tu mandato no tiene fronteras» (Sal 118, 96). Este es el fin, la amplitud del mandato. La amplitud del mandato es el amor, porque donde está el amor no hay nada estrecho. En esta amplitud estaba el apóstol cuando decía: «Nos hemos desahogado con vosotros, corintios; y se nos ha ensanchado el corazón. No os amamos con un corazón estrecho» (2 Cor 6, 11.12). He aquí por qué: «Sólo tu mandato no tiene fronteras». ¿Cuál es este mandato sin fronteras?: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros». El amor, pues, no nos estrecha. ¿No quieres vivir con estrechez en la tierra? Pues habita en la amplitud. El hombre te podrá hacer todo lo que quiera, pero no podrá ponerte en apuros, porque amas algo contra lo que el hombre nada puede. Amas a Dios, amas la fraternidad, la ley de Dios, la Iglesia, que será eterna. Sufres en la tierra, pero alcanzarás la recompensa prometida. ¿Quién te podrá quitar eso que amas? Si nadie te puede quitar lo que amas, dormirás tranquilo; más aún, velarás tranquilo, seguro de que mientras duermes no perderás lo que amas. No en vano dice el salmista: «Conserva la luz de mis ojos, para que no caiga en el sueño de la muerte» (Sal 12, 4). Los que cierran sus ojos a la caridad se duermen en las concupiscencias de los placeres carnales. Estos placeres son comer, beber, la lujuria, el juego, la caza. De estas vanidades vienen todos los males. ¿Es que no sabemos que son placeres?, ¿habrá alguien que niegue que agradan? Pero amamos más la ley de Dios. Grita contra estos placeres seductores: «Los pecadores me han contado sus placeres, pero no hay nada como la ley de Dios». Este es un placer que perdura. No sólo perdura para que tú vengas a él, sino que te llama cuando lo rehúyes.

7. «El amor a Dios consiste en guardar sus mandamientos». «En estos dos mandamientos se basan toda la Ley y los Profetas». ¿Cómo ha evitado el Señor que disperses tu atención por tantas páginas como tiene la Escritura? «En estos dos mandamientos se basan toda la Ley y los Profetas». ¿En qué dos mandamientos? «Amarás al Señor tu Dios con

⁶¹ El canto del aleluya expresa la alegría de la vida eterna, en la que esperamos desde aquí abajo.

todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente», y «amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se basan toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 37-40). Estos dos son los mandamientos de los que trata toda esta carta. Tened, pues, amor y estaréis seguros. ¿Por qué vas a temer que puedes hacer mal a alguien?, ¿quién puede hacer mal a la persona que ama? Ama, porque entonces no podrás hacer sino el bien.

¿Corriges a alguien? Lo hace el amor, no la dureza. ¿Le castigas? Lo haces para que se porte bien, porque el mismo afecto no te permite que siga portándose mal. A veces sucede en cierto modo que los efectos son como opuestos y contrarios a las causas, de manera que el odio es blando y el amor es duro. De hecho sucede que alguien odia a su enemigo y, sin embargo, finge ser su amigo. Le ve hacer algo mal y le alaba. Quiere que se pierda, quiere que camine a ciegas por el sendero escarpado de sus concupiscencias, de donde es posible que no salga. Lo alaba «porque el malvado se jacta de su ambición» (Sal 9, 3). Lo envuelve con la unción de su adulación; lo odia, pero lo alaba. También hay gente que ve a un amigo suyo cometer una falta y le llama la atención. Y si no le hace caso, lo amenaza, lo juzga y, si es necesario, incluso lo lleva a los tribunales. ¡Fijaos bien! Resulta que el odio es blando y la caridad litiga. No te fijes en lo que dice el que es blando ni en la aparente severidad del que os echa una reprimenda. Observa bien la fuente, busca la raíz de donde nacen estas actitudes. Aquel es blando para que caigas, este litiga para que te corrijas.

No necesitáis, hermanos, que intentemos dilatar vuestros corazones; pedid a Dios que os améis unos a otros. Amad a todos, incluso a vuestros enemigos. No porque sean vuestros hermanos, sino para que sean vuestros hermanos, de manera que todos ardáis en amor fraterno tanto por el que ya es vuestro hermano como por el que es vuestro enemigo, para que, a fuerza de amor, lo convirtáis en vuestro hermano. Siempre que amáis a un hermano amáis a un amigo. Desde ahora está contigo, desde ahora está ligado a ti en una unidad que se extiende a todos los hombres. Si vives como es debido, tu amor convierte en hermano a quien era tu enemigo. Puede que ames a alguien que no cree en Cristo o que, si cree, crea como los demonios; en este caso, repróchale la vanidad de su error, pero ámale, y ámale con amor fraterno. Todavía no es tu hermano, pero ámale para que lo sea. Nuestro amor fraterno se dirige, pues, a todos los cristianos, a todos los miembros de Cristo. Hermanos, la regla de la caridad, su fuerza, sus flores, sus frutos, su hermosura, su encanto, su comida, su bebida, sus alimentos, sus abrazos no saben qué es la saciedad. Y si así nos deleita

mientras somos peregrinos en este mundo, ¿cuál no será nuestra alegría cuando estemos en la patria?

3. *Amara la Iglesia*

8. Corramos, pues, hermanos, démonos prisa en amar a Cristo. ¿A qué Cristo? A Jesucristo. ¿Quién es? El Verbo de Dios. ¿Y cómo ha venido a los que estaban enfermos? «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Se cumplió lo que había predicho la Escritura: «Estaba escrito que el Cristo tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día». ¿Dónde yace su cuerpo?, ¿dónde actúan sus miembros?, ¿dónde debes estar para ponerte bajo la Cabeza? «En su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados» (Lc 24, 46.47). Por ahí es por donde debe extenderse el amor. Dice Cristo y también el salmo, es decir, el Espíritu de Dios: «Sólo tu mandato no tiene fronteras». No sé quién pone en África las fronteras de la caridad. Si quieres amar a Cristo, extiende el amor por todo el mundo, porque los miembros de Cristo están en todo el mundo. Si amas una parte, estás dividido. Si estás dividido, no estás en el cuerpo. Y si no estás en el cuerpo, no estás bajo la Cabeza.

¿De qué te sirve creer si al mismo tiempo blasfemas? Lo adoras en la Cabeza y blasfemas de él en el cuerpo. Él ama su cuerpo. Puede que tú te separes de su cuerpo, pero la Cabeza jamás se separa de su cuerpo. La Cabeza grita desde arriba: «¡Me honras sin motivo, me honras sin razón!». Es como si alguien quisiera besarte en la cabeza mientras te pisa los pies. Si alguien te machacara los pies con calzado de hierro mientras te coge la cabeza para besarte, ¿no le dirías: «Pero ¿qué estás haciendo? Me estás pisando»? No le dirías: «Me estás pisando la cabeza», porque la honraba; pero la cabeza gritaría más fuerte por los miembros machacados que por sí misma, que es honrada. ¿Acaso no gritaría la cabeza: «¡No quiero para nada tus honores, deja de pisarme!»? Entonces tú podrías decir: «¿Cómo que te piso?»; dile a la cabeza: «Pero si quiero besarte y abrazarte». Si lo dices, eres tonto. ¿Es que no te das cuenta de que lo que quieres abrazar forma una unidad solidaria con lo que estás pisando? «Por arriba me honras, por abajo me pisas». Y duele más lo que pisas que alegra lo que honras, porque lo que honras sufre por lo que estás pisando. ¿Qué es lo que grita la lengua?: «¡Me duele!». No dice: «Le duele a mi pie», sino: «Me duele». Pero, vamos a ver, lengua, ¿quién te ha tocado?, ¿quién te ha golpeado?, ¿quién te ha herido? «Nadie, pero estoy unida a los que están

siendo pisados. ¿Cómo quieres que no me duela, si no estoy separada de ellos?».

9. He aquí por qué nuestro Señor Jesucristo, cuando subió al cielo cuarenta días después de su resurrección, nos recomendó su cuerpo, que debía permanecer aquí abajo. Se dio cuenta de que muchos le honrarían a él, que subió al cielo. Y también vio que el honor que le dispensaban sería inútil si pisoteaban a sus miembros en la tierra. Y para que nadie se equivoque adorando a la Cabeza que está en el cielo mientras pisotea a los miembros que están en la tierra, dijo dónde están sus miembros. A punto de subir al cielo dijo sus últimas palabras y ya no volvió a pronunciar ninguna más en la tierra. La Cabeza que iba a subir al cielo encomendó a sus miembros en la tierra y se alejó. Ya no encontrarás a Cristo hablando en la tierra; le oirás hablar, pero desde lo alto del cielo. ¿Y por qué desde el cielo? Porque sus miembros eran pisoteados en la tierra. Al Pablo perseguidor le dijo desde arriba: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch 9, 4). He subido al cielo, pero aún sigo en la tierra. Aquí estoy sentado a la derecha del Padre, pero allí sigo teniendo hambre y sed, y sigo siendo peregrino». Estando a punto de subir al cielo, ¿cómo nos ha recomendado su cuerpo que se queda en la tierra? Cuando sus discípulos le preguntaron: «Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?», él les respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu santo y seréis mis testigos» (Hch 1, 6-8). Fijaos bien hasta dónde extiende su cuerpo, observad atentamente dónde quiere que no le pisoteen: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra». Fijaos dónde me quedo, yo que subo al cielo. Subo porque soy la cabeza, pero mi cuerpo sigue aquí abajo. ¿Dónde? En toda la tierra. ¡Ojo con golpearlo, violarlo o pisotearlo! Estas son las últimas palabras de Cristo cuando se iba a ir al cielo.

Imaginaos a alguien postrado en el lecho, en su casa, consumido por el sufrimiento, cercano a la muerte, próximo a dar el último suspiro, con su alma ya en cierto modo a flor de piel, que quizás se acuerda con preocupación de algo que le es muy querido y apreciado, y llama y dice a sus herederos: «Os ruego que hagáis esto o aquello». Esa persona hace todo lo posible por seguir viviendo, para no morir antes de que quede constancia firme de sus palabras. Y cuando esto sucede, entrega su alma y su cuerpo se sepulta. ¿Cómo se acordarán los herederos de las últimas palabras del moribundo? Si alguien viene y les dice: «No las cumpláis»,

¿qué le responderán? Seguramente le dirán: «¿Es que no voy a cumplir lo último que mi padre me mandó cuando estaba a punto de entregar su alma, lo último que sonó en mis oídos antes de que mi padre se marchara de aquí? Con todo lo demás que dijo podré actuar de otra manera, pero sus últimas palabras me obligan a más. Fue la última vez que lo vi, la última vez que le oí».

Hermanos, pensad con entrerías de cristianos. Si las palabras de alguien que se va a ir a la tumba son tan dulces, tan queridas y tan importantes para sus herederos, ¿qué no serán para los herederos de Cristo las últimas palabras que pronunció cuando se disponía no a volver al sepulcro, sino a subir al cielo? Cuando muere alguien que ha vivido, su alma es llevada a otros lugares y su cuerpo se queda en la tierra. Que su última voluntad se cumpla o no ya no depende de él. Él ya hace o sufre otra cosa. O está alegre en el seno de Abrahán o está en el fuego eterno suspirando por una gota de agua (Le 16, 22). Su cadáver yace en la tumba y no siente nada. ¡Y, sin embargo, se cumple la última voluntad del moribundo! ¿Qué esperan, pues, los que no cumplen la última voluntad del que está sentado en el cielo y que ve desde arriba si se la desprecia o no?, ¿qué esperan del que dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», y que guarda para el día del juicio todo lo que ve sufrir a sus miembros?

10. Ellos dicen: «¿Qué es lo que hemos hecho? Nosotros hemos padecido la persecución, no la hemos organizado»⁶². ¿Que no la habéis organizado? Miserables, la habéis organizado, en primer lugar, porque habéis dividido a la Iglesia. La lengua es una espada más acerada que el hierro.

Agar, la sierva de Sara, fue orgullosa y su señora la castigó por su soberbia. Fue más una corrección que un castigo. Por eso, cuando se alejó de su señora, el ángel le dijo: «Vuelve a tu señora»⁶³. Por tanto, alma carnal, si alguna vez te toca sufrir algo, como a esta sierva orgullosa, para que te emniendes, ¿a qué vienen esos llantos insensatos? Vuelve a tu señora, conserva la paz del Señor. Resulta que se te presenta el evangelio y en él leemos por dónde está extendida la Iglesia, y ahora van y se nos enfrentan y nos llaman «traidores»⁶⁴. ¿Traidores de qué? Cristo nos

⁶² Alusión a las leyes imperiales contra los donatistas. Cf. *Epist.* LXXXVIII, 8 (PL 33, 307).

⁶³ Cf. Gn 16, 4-0.

⁶⁴ «Traidores» son los cristianos que, en tiempo de persecución, entregaban a los perseguidores las sagradas Escrituras. En este caso, los donatistas decían que Ceciliano, obispo católico de Cartago, había sido consagrado por un traidor, el obispo Félix, lo que resultó ser una calumnia. No reconocían la validez de las ordenaciones realizadas por «traidores». Cf. *Epist.* LXXXVIII, 4-5 (PL 33, 304-305).

recomienda su Iglesia y tú no le crees, ¿y voy yo a creerte a ti cuando hablas mal de mis padres?, ¿quieres que te crea a propósito de los traidores? Empieza tú por creer en Cristo. ¿Qué es lo que procede hacer? Cristo es Dios y tú eres hombre, ¿a quién hay que creer primero? Cristo ha extendido su Iglesia por todo el mundo, ¿y voy a decir: «Desprécialo»? El evangelio habla, ¿y voy a decir: «Desconfía»? ¿Qué es lo que dice el evangelio?: «Estaba escrito que el Cristo tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se anunciará a todas las naciones la conversión y el perdón de los pecados». Donde hay perdón de los pecados, allí está la Iglesia. ¿La Iglesia? Sí, porque a ella se le ha dicho: «Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 16, 19). ¿Hasta dónde llega este perdón de los pecados? «A todas las naciones, comenzando por Jerusalén» (Lc 24, 47). ¡Cree, pues, en Cristo! Pero sabes que, si crees en Cristo, no tienes nada que decir de estos «traidores». Quieres que yo crea más en tus calumnias contra mis padres que lo que tú crees en las enseñanzas de Cristo.